



BOMBAY ULTIMA VENGANZA

UN THRILLER DE
**DAVID
RIBAS**

ALFREDO DE BRAGANZA

BOMBAY, ÚLTIMA VENGANZA

ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Bombay, Última Venganza*
© 2020, Alfredo de Braganza

Del diseño de la portada y edición: Alfredodebraganza.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Redes sociales del autor:





Suscríbete a mi lista de correo para obtener una copia digital GRATIS de *El operativo* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones. Haz clic [AQUÍ](#)

ÍNDICE

Prefacio

I. LA TRAICIÓN

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

II. LA IMPLACABLE REACCIÓN

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

III. LA CONFIANZA EN DAVID RIBAS

- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31

IV. LA RESOLUCIÓN

- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Notas

«¿Qué mejor manera de morir puede tener un hombre que la de enfrentarse a su terrible destino,
defendiendo las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses?»
Thomas Macaulay, «Horacio Cocles», *Cantos de la Antigua Roma*

A Ben-Ygal
A Dino y Ariam, con cariño

PREFACIO

Dentro de unos minutos comenzaría el desfile por la calle principal de la esperada cabalgata de Reyes.

En una calle lateral dos musulmanes terminaron de rezar en el interior de una furgoneta. Ansiaban convertirse en mártires de la lucha contra los enemigos del islam. Eran jóvenes y habían sido fácilmente influenciados.

Jamil Ahmed volvió al asiento frente al volante y Zaidan Al-Nasser al de copiloto. Se tomaron unas pastillas para paliar el nerviosismo.

Un grupo de jóvenes pasaron alegremente por la acera hablando muy alto. Uno de ellos empujó a otro entre risas, golpeando la espalda contra la carrocería de la furgoneta y asustando a los dos pasajeros de su interior. Se marcharon jovialmente sosteniendo anchos vasos de plástico con cerveza.

En aquel suburbio de Madrid el ambiente en la calle no podía ser más alegre y entusiasta.

Zaidan recibió una llamada al móvil. Un hombre con voz profunda, habló en árabe:

—Os repito de nuevo las instrucciones. No os mostréis nerviosos cuando salgáis a la calle. Tomaos vuestro tiempo. Jamás corráis cruzando una calle, porque llamaréis la atención. Que Alá os acompañe.

El agente de policía García caminaba observando todo a su alrededor. Saludó a un par de conocidos y se felicitaron las fiestas. El ser alto lo consideraba una ventaja. Cuando se enfundaba sus botas aumentaba unos centímetros a su metro noventa y cinco.

Sus compañeros se lo tomaban con sorna, ya que decían que podían ver su cabeza destacada sobre un tumulto de gente. Su altura era una ventaja ya que servía de punto focal a cualquier compañero perdido entre una multitud.

Alertados sobre la posibilidad de un ataque terrorista, se habían implantado medidas especiales. El comisario les advirtió antes de salir de patrulla:

—Pretenden hacer cuanto más daño posible de la forma más espectacular posible. Por ello quieren atentar contra las costumbres culturales de nuestro país. Más que nunca tenéis que estar ojo avizor. Pueden ser terroristas suicidas a pie de calle, me parece lo más probable. Pero también pueden hacer uso de vehículos, una moto, un coche, una furgoneta o un camión.

Se quedó quieto estudiando todo a su alrededor. Un grupo de turistas embobados se mezclaba con público local indiferente a la algarabía de la calle.

El ayuntamiento había permitido a regañadientes la instalación de cámaras de vídeo temporales en la calle. Argumentaban que era una forma de controlar a la ciudadanía y que iba en contra el derecho a la privacidad. Pero la policía las veía necesarias, ya que cubrían los puntos ciegos que dejaban al girar y de ese modo nadie podría colarse.

El sonido era ensordecedor, el público había aumentado considerablemente.

Al cruzar un paso de peatones, se fijó en una furgoneta gris aparcada extrañamente al lado de un contenedor de basura. El grupo de turistas le abordó; uno de ellos sujetaba un plano urbano.

En el interior de la furgoneta, Jamil Ahmed y Zaidan Al-Nasser se abrazaron.

—Que Alá te acompañe —entonó Jamil. Su compañero musitó la misma bendición.

En el interior de la comisaria un joven policía recién graduado llamó la atención a su superior.

—Acabamos de recibir una llamada anónima. Dice que va a producirse un atentado en la cabalgata.

—Déjame escucharla.

Desde un ordenador reprodujeron la grabación.

—Escúchenme, porque no lo repetiré más, Dentro de unos minutos estallará una bomba en la cabalgata. Concretamente, en la calle Poveda a la altura de la sucursal del BBVA. Tienen que prevenirlo deteniendo a dos jóvenes de origen marroquí.

A pesar de la urgencia de las órdenes que circularon por radio, el denso tráfico de peatones hacía casi imposible el movimiento de una calle a otra en un corto periodo de tiempo.

El agente García se encontraba hablando en un inglés macarrónico con el grupo de turistas americanos, que prestaban con sonrisas su jovial uso del idioma, cuando Jamil se percató a través del parabrisas de su presencia, y se quedó absolutamente petrificado. Solo le bastó al policía alzar la cabeza para chocar su mirada con la de los pasajeros del interior del vehículo sospechoso.

En aquellos momentos el desfile estaba llegando a la altura de la sucursal bancaria.

—Tenemos que actuar, ya —dijo Jamil.

—Todavía no es el momento.

El agente García alertó a través de su walki-talkie. Apartó con su enorme brazo al americano que sostenía el plano urbano, generando comentarios en inglés por sus sorprendidos compañeros ante aquella reacción tan inesperada. Con la mano sobre la pistola enfundada comenzó a caminar deprisa, avanzando hacia el vehículo.

—Arranca —ordenó Zaidan—. Ahora es el momento.

No podían esperar más. Jamil giró la llave del encendido y la furgoneta cobró vida.

Viendo que el vehículo comenzaba a moverse, el agente García salió de la acera hacia el asfalto gritando con aspavientos a todos los transeúntes para que se alejaran. No había duda: dos jóvenes de aspecto sospechoso en un vehículo dispuestos a usarlo como herramienta para cometer un atentado. El reguero de gente no se tomaba en serio sus indicaciones, no se movían con apremio. Sacó el arma y efectuó dos tiros al aire. La gente corrió en todas direcciones.

Jamil pisó el acelerador revolucionando el motor al máximo. Giró con violencia el volante y se dirigió directamente hacia el policía situado en medio de la calzada.

El agente García se colocó en posición de tiro. Disparó, una bala en dirección al conductor, luego puso la rodilla en el suelo y efectuó otro tiro hacia la rueda derecha.

El primer disparo había perforado el cristal alcanzando en el cuello a Jamil. Estaban a punto de golpearle cuando el segundo disparo hizo estallar una rueda delantera. Ambos jóvenes sintieron que el pánico se apoderaba de ellos. Vieron al policía levantarse y disparar por tercera y cuarta vez contra el parabrisas. Una bala alcanzó la cabeza de Zaidan y otra se alojó en el pecho de Jamil.

Jamil perdió el control del volante e instintivamente su peso corporal presionó el freno. Entre chirrido de neumáticos la furgoneta giró a la izquierda. Trazando una curva, golpeó con violencia el bordillo, chocó contra un bolardo y salió disparada por el aire, hasta caer volcada sobre el

lado derecho con un golpe sordo en la calle principal.

Un grupo de policías corrieron y comenzaron a gritar para dispersar al público y urgiendo a la gente para que se apartasen de los balcones y las ventanas.

Se empezaron a oír los sonidos de las sirenas.

Cuando la noticia se propagó como la pólvora, la primera respuesta inmediata fue de alivio al saber que no habían muerto personas inocentes.

Se alabó al agente García, al comisario y a todo el cuerpo de policía de la comisaría. Se concedieron diferentes medallas y premios, bien merecidas. Hubo entrevistas en radio, prensa y televisión. En su círculo de colegas el agente García argumentó que la premonición había jugado un papel fundamental en todo aquello, así como la suerte.

Sin embargo, la reacción en la sombra de los cuerpos de seguridad del Estado y en los medios de inteligencia fue muy distinta. En la furgoneta no había explosivos. No sabían si alegrarse por haber evitado una matanza o afligirse porque casi habían permitido que ocurriera. ¿Negligencia? La asunción de responsabilidades no tardó en llegar.

Del suspiro se pasó luego a un ambiente de ansiedad, donde periodistas y jefes de la oposición buscaban culpables. Exigían responsabilidades. ¿Por qué no habían detectado a esa célula terrorista? ¿Y si hubieran llevado explosivos? ¿Y si en vez de usar la furgoneta se hubieran inmolado a pie en la cabalgata? La impresión de lo que hubiera podido suceder era espeluznante. Hubo miedo.

Durante los siguientes días fueron ya pocos los medios periodísticos que aplaudieron a los servicios de seguridad, relegando al ostracismo al agente García, a quien se le achacó el haber matado a sangre fría a dos jóvenes inmigrantes inocentes. Las pruebas que aducían era que no llevaban armas ni explosivos. Argumentaron que la presencia intimidatoria del agente García los asustó tanto que tan solo pretendían huir del lugar. Incluso diferentes organizaciones pro derechos humanos y de ayuda al refugiado criticaron al ministro del Interior.

Se organizó una concentración frente al ayuntamiento de la localidad, en la que participó un numeroso grupo de miembros de la comunidad musulmana de Madrid. Llamaron fascista y asesina a la policía, se leyeron discursos y poemas de protesta y se enarbolaron banderas y pancartas de distintas procedencias y de todo tipo.

Pero el suceso tuvo una vida corta. Tras la festividad navideña se reanudó la liga española de fútbol. Un tren descarriló cerca de Londres y cuatro estudiantes españoles resultaron heridos. Un grupo pop de Corea del Sur ofreció un concierto en Madrid y otro en Barcelona durante una gira. Y de ese modo, el valor de lo sucedido pocos días atrás fue menguando entre la opinión pública.

La impotencia e indefensión en la inteligencia española y en los miembros de los cuerpos de seguridad del Estado era abrumadora. Se quedaron mortalmente preocupados sobre cuándo y dónde podría prepararse un nuevo golpe.

Los terroristas habían demostrado a las autoridades españolas que tenían el control sobre la vida o la muerte de personas inocentes.

I

LA TRAICIÓN

La sombra de los árboles aportaba frescor a la calle. El tráfico de Madrid era particularmente lento. Laura García cruzó el paso de peatones, giró a la izquierda en la siguiente calle y caminó rápidamente hasta el bar.

A las nueve y media de la mañana el local estaba lleno de clientes, como era habitual. El bar estaba situado muy cerca de la estación de tren de Atocha, y muchos clientes entraban y salían con prisas. Unos recogían sus pedidos, bocadillos para llevar envueltos en papel de aluminio; otros consumían en sus mesas tomándose su debido tiempo o en la barra ojeando uno de los varios periódicos nacionales y deportivos; otros miraban las pantallas del móvil o simplemente con cara somnolienta y cuerpo desmadejado daban vueltas a la cucharilla del primer café del día.

Una vez dentro, Laura esperó sentada en un taburete de la barra a que le sirvieran un café cortado.

—He visto una furgoneta blanca Citroën Berlingo aparcada en la acera. Cotejad la matrícula. —dijo como un murmullo, dejándose oír a través del pinganillo. El alto ruido ambiental y las múltiples conversaciones superpuestas hacían que sus palabras pronunciadas pasaran desapercibidas como las de un hábil ventrílocuo, sin apenas mover los labios ni los músculos de la cara.

Al cabo de unos segundos pudo oír a alguien informando al respecto.

—Está limpia.

—Hoy en día no puedes llamarte emprendedor si no tienes una furgoneta blanca —dijo otra voz de hombre.

—Ni que lo digas, como una marca de fábrica —contestó otro.

—Venga, chicos, ¿qué es esto? ¿Reunión de marujas? Atentos, en sus puestos —cortó Laura con énfasis.

Sentía el acelerado ritmo de su corazón como solía ocurrir cuando realizaba una operación peligrosa.

Laura García se había incorporado a su puesto aquella misma semana. Un año antes había sido víctima de un atentado terrorista perpetrado contra el consulado de España en Bombay. Fue expatriada y durante meses estuvo en rehabilitación. Había echado de menos la excitación de su trabajo; se sentía feliz de retomar su actividad habitual.

Desde donde estaba situada podía ver la calle y el local Las Mil Maravillas, regentado por tres hermanos pakistaníes. El rótulo sobre el establecimiento, verde y blanco con la media luna, no dejaba duda de la identidad religiosa de los dueños.

Habían estado vigilando aquel supermercado desde hacía semanas. Tenían fichadas a todas las personas que habían entrado e incluso llamado por teléfono o enviado un correo electrónico. Los

tres hermanos se turnaban cada ciertos días en atender el negocio. Mientras uno se quedaba trabajando los otros dos hermanos iban a la mezquita, donde permanecían todo el día, o deambulaban por las calles de Madrid, sin aparente rumbo fijo. Pero para los que vigilaban sus movimientos desde la sombra, sabían que esos paseos no eran tan inocentes como aparentaban.

Eran muy cautos. Evitaban aparatos electrónicos, sistemas criptográficos. Utilizaban otros medios de comunicación para contactar con sus compañeros islamistas radicales. Utilizaban medios personales, a pie de calle, como sentarse en un banco público y poner al lado algún objeto como una lata de Coca-Cola en vez de una de Fanta de naranja, dando a entender una u otra información de carácter distinto. También cogían un autobús público de una parada a otra yendo de pie dando la espalda a los pasajeros o de pie con la mirada al frente hacia el cristal del conductor, comunicándose así con otra persona en el interior del autobús.

Pero según las concisas investigaciones del Cervantes, la institución secreta de inteligencia y lucha contra el terrorismo, la más utilizada era el uso de la Cuesta de Moyano. Situada en el trayecto desde la plaza de Atocha hacia el paseo de Alfonso XII, aquella calle era el refugio permanente de libros de segunda mano. ¿Qué hacía un hombre de aspecto musulmán cogiendo un determinado libro, comprándolo o simplemente abriendo uno en particular y buscando una página concreta? Siempre había dos o tres de aspecto árabe guardando las distancias, ojeando cómics y libros. Se intercambiaban mensajes con letras subrayadas en el interior de los libros usados, puntas de hojas dobladas o incluso mediante notas escritas.

Como el tiempo pasaba, y este no perdona en cuestión de terrorismo, la organización el Cervantes decidió secuestrar a los tres hermanos. Bajo un interrogatorio severo, acabarían hablando sobre sus macabros propósitos. Pero sobre todo conseguir cortar la cabeza a la célula terrorista localizando al desconocido líder.

Mientras sorbía su café muy caliente bajo la capa de crema que casi desbordaba la taza, Laura vio a los dos hermanos caminando por la calle. En Madrid había tantos asiáticos como para que los sospechosos que buscaban pasasen inadvertidos. Acababan de cambiar de aspecto: pelo rapado, barba teñida y retocada, y habían cambiado el popular caftán blanco y las sandalias por pantalón vaquero y chaquetas de cuero negras de imitación, típicas de mercadillo dominguero, y deportivas de marca. Sin embargo no tenía duda de que eran ellos.

—Han llegado —dijo casi como un murmullo, dejándose oír a través de su camuflado pinganillo en una frecuencia segura.

—Han cambiado de aspecto —dijo uno a través de su micrófono.

—Son ellos, sin duda —dijo otra voz.

Laura se fijó en que llevaban mochilas de deporte. Laura alzó el cuello para ver mejor por encima de los clientes sentados frente al cristal de la cafetería.

—Llevan mochilas pesadas con una longitud capaz de guardar algún tipo de fusil de asalto —habló de nuevo como un imperceptible murmullo.

Uno de los dos hermanos, una figura delgada y alta, se dio la vuelta. Dirigió la mirada hacia la cafetería como si estuviese buscando algo. Su mirada se cruzó con la de Laura García, o eso creyó ella. Vio que sonreía en su dirección antes de volverse y caminar hacia el interior del supermercado.

Ella se sorprendió «¿Sabía que estaba aquí? ¿Buscaba el contacto visual conmigo? ¿Ha sido una casualidad?». Por su larga experiencia, las casualidades tenían muy poco margen, prácticamente no existían. Miró a su alrededor. Ningún cliente despertó en él la mínima señal de alarma. Quizá uno o dos y quizá tres, que le llamaban la atención por estar consumiendo de manera solitaria con ropa y ademanes fuera de lo común entre los demás parroquianos del local:

unas zapatillas de una marca poco usada, pantalones anchos sin ton ni son, camisas que no conjuntaban con el resto de la ropa... Pero no podía ser que tuvieran una operación de contravigilancia tan profesional. Sin duda, concluyó, era a ella a quien había dirigido su mirada y sonrisa.

—Alfa, creo que me han quemado —dijo Laura al tiempo que levantaba su taza, acercándosela a los labios.

En el interior del local el operativo Alfa caminaba por un pasillo simulando hacer una compra.

—¿Cómo que *creo*? O lo has sido o no lo has sido.

—Vamos abortar. Esto no me gusta —intervino de nuevo Laura.

—Demasiado tiempo fuera de campo te ha hecho perder tus cualidades. Ya es tarde —dijo Alfa mientras disimulaba leyendo los ingredientes de un paquete de masala cuando vio entrar a los dos hombres. Levantó el móvil. Sus imágenes quedaron grabadas y circularon al centro de operaciones del Cervantes.

A pocos kilómetros de allí, en una sala llena de ordenadores y pantallas planas, Goyo Lebreo monitorizaba la operación.

—La operación sigue adelante —anunció Goyo a través de su micrófono.

Mediante la potente cámara del móvil de Alfa, se veía como los dos hombres se quedaban conversando con el gerente, Abbud Hameed, vestido con caftán blanco y sandalias.

Varun Grover, el experto en informática de origen indio del Cervantes, estaba sentado frente a un monitor al lado de Goyo Lebreo. Cotejó las imágenes. Inmediatamente el perfil de los dos hombres salió en una pantalla gigante.

Goyo leyó en voz alta para que los operativos lo escuchasen.

—Confirmados. Nombres: Abdul Hameed y Muhammad Hameed, miembros del Estado Islámico. Origen: Pakistán. Edad: 38 y 42 años. Líderes del Grupo Salafista de Predicación y Combate argelino. Son estos.

—No los pierdas, Alfa —dijo Laura llevándose la mano a la boca, con el codo apoyado en la barra—. Tan pronto los veas a los tres reunidos dentro de la trastienda, entramos. —Dentro de una furgoneta aparcada en la acera, a escasos metros del supermercado, los operativos escucharon a través de sus pinganillos las instrucciones de Laura—. Grupo A, listos a mi llamada. —Todos se colocaron el pasamontañas y comenzaron a preparar sus armas de asalto. Estaban preparados para todo, el tiempo de espera les había incrementado la tensión.

Alfa dio la vuelta al pasillo empujando su carrito de ruedas por el suelo, sujetando el paquete de masalas y el móvil con la otra mano.

Vio que los dos hermanos con sus mochilas se giraban en su dirección para luego continuar hacia el interior del supermercado.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó Abbud Hameed, pillándole por sorpresa.

Alfa se volvió.

—Pues sí, quería saber el precio de este paquete de masala. ¿Es de la India?

—Eso pone en el envoltorio, «made in India», y el precio está escrito en la balda —dijo señalando al carrito lleno de productos—. Pero venga a la caja, que le cobro y le miro el precio.

Alfa se volvió a girar para seguirle por el pasillo cuando sintió el cañón de una pistola apretándole la espalda.

—No te muevas. —Uno de los hermanos Hameed le cacheó por la espalda mientras Abbud se apresuraba a ir a la parte de delante del local. Despachó a un grupo de clientes y anunció a dos personas que hacían amago de entrar que iban a cerrar.

—Pero si no es la hora —dijo uno.

—Una defunción en la familia.

—Vaya, nuestro más sincero pésame.

—Alfa, dime algo —dijo Laura dentro de la bulliciosa cafetería.

Alfa era llevado a la trastienda a punta de pistola.

—Quemado —se pudo escuchar la voz de Alfa tan baja como un murmullo.

Debajo de la caja registradora Abbud Hameed apretó un botón y la verja metálica de la entrada comenzó a bajar.

—Mierda —dijo Laura.

—¿Qué hacemos? —dijo un operativo a través de su pinganillo desde el interior de la furgoneta, viendo la fachada del supermercado a través de los cristales oscuros.

—Varun —dijo Laura —, sube la verja, vamos a entrar.

En el centro de operaciones Goyo Lebrede asintió a Varun, que esperaba su aprobación. Este tecleó en su consola y la verja comenzó a subir.

Abbud Hameed puso cara de espanto; sabía que ya estaban aquí.

—Allahu Akbar —gritó corriendo hacia el fondo del pasillo.

Cuando entró el Grupo A, como se denominaba al grupo armado de acción rápida del Cervantes, se produjo la explosión.

Hassena *madame*, como popularmente era conocida, llevaba a cabo aquella mañana una peculiar reunión, uno de los muchos foros o *majlis* que realizaba cada semana. Los vecinos acudían a ella y en un amplio salón de su residencia le expresaban sus pesares, problemas, disputas familiares y vecinales o, simplemente, pedían ayuda.

Ella era una mujer a la que admirar y respetar; había quien la idolatraba como una diosa: ofenderla o ir en contra de sus negocios e intereses suponía exponerse a ser asesinado o acabar desaparecido.

Los habitantes de Bombay, especialmente los del sur, buscaban consejos por cualquier cosa, incluso había mujeres que le pedían opinión sobre cuestiones relacionadas con el matrimonio. Ella aplicaba sentencias de muerte a quien hubiese atacado con ácido contra mujeres o hubiese cometido violaciones. Para todo crimen relacionado con mujeres y niños, no tenía compasión alguna: los culpables acababan en el fondo del mar con los pies dentro de una caja cuadrada de madera llena de cemento. La suya era la única autoridad diaria real y su condición de mujer le daba una imagen santa, aun siendo musulmana.

—Adelante, habla —dijo alzando la mano hacia la mujer que habían nombrado las demás para representarlas.

Un numeroso grupo de mujeres adultas habían entrado acompañadas de niñas de entre trece y dieciséis años. La ropa de las jóvenes proclamaba a gritos su marginación, golpeadas por una sociedad a la que no le podían seguir el ritmo. Los doce ventiladores de techo a su máxima potencia ayudaban a hacer el ambiente más respirable.

—Lamento molestarla esta mañana —comenzó a decir tras dar un dubitativo paso hacia delante con la mirada puesta en el suelo.

—O tienes la valentía de mirarme a los ojos o te vas por donde has venido. Como mujer jamás debes mostrarte débil. Tienes algo que denunciar, hazlo con valentía.

La mujer sonrió. Hubo un efecto de optimismo en su movimiento corporal. Alzó la cabeza, mantuvo la espalda recta y se la notó más relajada y decidida.

Comenzó a narrar el espeluznante crimen que una serie de hombres habían cometido en el vecino estado de Karnataka, donde habían secuestrado a una joven estudiante, la habían introducido en un autobús público y la habían violado. Durante horas fueron dando vueltas por la ciudad e iban invitando a amigos y conocidos a subir al autobús. Al final del día llegaron a un descampado a las afueras y con un cuchillo le abrieron las tripas y la lanzaron sobre un montón de escombros. Ratas, perros callejeros y otros animales como cerdos salvajes se comieron todo lo que pudieron hasta que unos empleados municipales que descargaron el remolque de su camión de basura se acercaron para ver qué tipo de presa era víctima de aquel festín.

La policía de Karnataka nunca supo la autoría del crimen, ya que no había pruebas. El cuerpo estaba en tal mal estado que era imposible llegar a una conclusión unánime. Una autopsia costaba tiempo y dinero para la administración; así pues la muerte se consideró accidental y así se archivó.

En las comisarías de policía era prácticamente imposible pedir auxilio. En su mayoría mandaban a las víctimas fuera, a la calle. En la mentalidad del hombre indio, a menudo, una *violación* no era más que un hecho consensuado por la propia joven. Si además esta era guapa e iba vestida con ropa de estilo occidental, la culpa había sido de ella. Así pues, no permitían que se realizase denuncia alguna.

Pero se ataron cabos. No había duda de que la joven había sido agredida sexualmente porque su cuerpo estaba desnudo: presentaba un corte profundo que le había desgarrado desde la ingle hasta el pecho y que solo hubiera podido hacerlo una persona diestra con cuchillos, un carnicero. En una licorería uno de los hombres que subió al autobús durante aquel día habló en estado de embriaguez sobre lo que había hecho. El boca a boca sobre el desgarrador suceso fue extendiéndose. Los impotentes familiares y vecinos se agolparon en la comisaría de la municipalidad para demandar justicia. La tragedia y la humillación social ante su comunidad se agravaron al ser repelidos por la policía a base de lathis.¹

Hassena, que había permanecido en silencio escuchándola con atención, levantó la mano.

—Conozco lo sucedido. Desgraciadamente, no es un caso único. A diario se producen en nuestro país trágicos sucesos. Yo no puedo intervenir en todos los rincones de la India. Ya nuestro estado de Maharashtra es como un país independiente. Es el segundo estado más poblado de la India, con más de ciento veinte millones de habitantes. Llevas mucho tiempo hablando y aún no me dices qué queréis. Tengo a más gente esperando fuera que desean impacientemente hacerse oír. Meterme en el estado vecino para hacer justicia cuando aquí más falta hace no lo voy a hacer.

La mujer dio otro paso más hacia adelante.

—Pero ahora los hombres que la secuestraron en la calle y la metieron en el autobús están rondando nuestro barrio. Cuando nos ven caminando por la calle hacen comentarios sucios y lascivos y se echan a reír cuando nos alejamos corriendo. Cuando ven a una joven le sacan fotos con sus móviles. Si nosotras no estamos a salvo de ellos, ¿cómo lo van a estar nuestras hijas, que no permitimos ya que salgan a la calle por precaución? Desde que llegaron esos hombres de Karnataka han desaparecido dos niñas en nuestro barrio y en Dharavi se habla de la desaparición cada vez más común de chicos.

Hassena levantó de nuevo la mano con la palma de la mano abierta, la mujer dejó de hablar. Llamó la atención a un hombre situado en un rincón de pie, como una esfinge, un guardaespaldas que velaba por su seguridad. Le susurró algo al oído y, al tiempo que Hassena hacía un gesto a la mujer para que continuase, el hombre le dio la orden a su vez a otra persona, llamado Bodhisattva, el fiel criado personal de Hassena, que en aquellos momentos dejaba una bandeja con un vaso de agua para ella sobre una mesita de cristal. Tras escuchar la orden, Bodhisattva hizo un ademán de reverencia antes de volatilizarse del salón de reuniones.

Al cabo de unos minutos David Ribas se descalzaba en la entrada, llena de sandalias. Dejó su calzado en un lateral y mirando la cantidad de mujeres con saris se hizo paso hasta situarse a la altura de Hassena. Esta le hizo un gesto para que esperase.

Cuando hubo terminado su intervención, la mujer que hablaba por las demás le dio las gracias juntando las palmas de las manos a la altura del pecho e hizo un gesto de reverencia con la cabeza. Todas hicieron lo mismo bajo un unísono murmullo de agradecimiento antes de salir de la habitación.

Hassena puso al corriente al español; un hombre que aun bordeando los cincuenta años estaba en perfecta forma física. Tenía una barba que, al igual que el cabello, era canosa y negra, espesa y rizada.

—Asegúrate de que esas alimañas reciben lo que se merecen —claudicó ella alzando el índice al aire.

España se encontraba asediada por la inmigración ilegal de musulmanes y el avance del terrorismo. Por eso, la amenaza de naturaleza extrema requería un seguimiento constante y urgente.

Ante la insistencia del presidente del gobierno, todas las agencias y departamentos gubernamentales relacionados con la lucha antiterrorista debían unir sus fuerzas y colaborar para erradicar «esa auténtica pandemia». Sin embargo, la organización del Cervantes actuaba de manera independiente, desde la sombra y sin rivalidades con nadie.

Su arquitectura era singular y discreta. Una placa metálica en la fachada informaba de que el inmueble albergaba la Sociedad Cervantina de Literatura Clásica Española. Así pues, entre los empleados no era de extrañar que comenzaran a llamarlo «el Cervantes». El personal era un grupo heterogéneo convertido en un equipo conjunto que luchaba por un bien común: la protección de la sociedad española y de sus intereses frente al escalonado terrorismo islámico.

Se publicaban catálogos sobre literatura hispanoamericana, libros sobre el arte español, en concreto sobre pintura y arquitectura, y recientemente, bajo contrato editorial con varios escritores e intelectuales, habían comenzado a publicar ensayos literarios sobre cada uno de los miembros de la generación del 98, comenzando con el llamado «grupo de los tres»: Maeztu, Azorín y Baroja. Estas obras eran publicadas por una conocida empresa editorial y tanto ella como los autores desconocían por completo el verdadero fin de la Sociedad Cervantina.

Hacía tiempo que una horda de asiáticos había migrado a España. Los chinos ya se habían establecido y pasaban casi desapercibidos: trabajaban a destajo, incluso los días festivos.

Luego llegaron los pakistaníes. Muchos de ellos se hacían llamar «del Punjab» al ser cuestionados por su procedencia, ya que de este modo evitaban cualquier opinión o atisbo de que fuesen musulmanes pakistaníes, despertando desconfianza.

Luego llegaron los indios, gente decente en su mayoría. Pero la horda de pakistaníes había desestabilizado el ambiente. Ni los propios españoles supieron diferenciar quién era indio o pakistaní. Los últimos eran ruidosos y vivían prácticamente en la calle como en Cataluña, formando sus zonas, agrupándose con otros musulmanes, como con los procedentes de Marruecos y Argelia, y no dejaban pasar la oportunidad para rezar incluso al aire libre con el uso de altavoces, para desánimo y angustia de las comunidades de vecinos, algunos de los cuales ya se habían sentido forzados a cambiar de vivienda.

Julián Fernández, director del Cervantes, tamborileaba su estilográfica sobre su mesa. Aquel, junto con los labios apretados, era el único signo de su frustración y su rabia.

Una de las pantallas planas colgadas en la pared retransmitía en directo con el sonido apagado el debate en el Congreso de los Diputados, cuyo tema era la legislación antiterrorista. La feroz oposición quería que se aprobase frente a un socavado y debilitado gobierno.

La vida en el Cervantes no había sido tan frenética desde hacía meses. No les extrañó que su director no se levantara cuando Laura y Goyo llamaron a la puerta y respondiera con un perentorio «pasen» desde el interior, al tiempo que la luz situada en el pasillo cambiaba de rojo a verde.

Cuando las cosas no salían conforme estaban planificadas y, por tanto, mal, él asumía la responsabilidad, pero entonces daba órdenes tajantes y pedía explicaciones.

—Ha salido muy muy pero que muy mal —dijo lanzando sobre el tablero de la mesa la estilográfica Parker. Suspiró y juntó las manos, inclinándose hacia delante—. Os voy a hacer una pregunta a los dos: ¿sabemos realmente qué demonios ha pasado para que acabase tan mal?

Laura dio un paso hacia adelante. Inspiró profundamente.

—Ha habido una infiltración —anunció.

Hubo un ominoso silencio.

Goyo Lebreo la miró de hito en hito, observándola con una mirada inquisitorial. A Laura no le pareció importarle aquel escrutinio, porque estaba muy segura de lo que decía.

—¡Qué infiltración! —exclamó él; con su impecable traje y modulación al hablar hubiese podido ocupar portadas de revistas de moda y ser al mismo tiempo un elocuente conferenciante—. Vieron a tus operativos, les invadió el pánico y se inmolaron —remató tranquilamente.

—Suerte tuvo el Equipo de Acción Rápida —añadió Julián—. ¿Cuál es el pronóstico?

—Solo contusiones leves y alguno tiene una costilla rota —se apresuró a contestar Goyo.

Laura le clavó la mirada.

—¿Ahora hay que minimizar la muerte del operativo Alfa?

—Era su trabajo —respondió de manera enfática.

—Percibo sarcasmo.

—Oye, Laura —repuso Goyo levantando el índice al aire—, soy tu superior. No puedo decir que lo siento tanto como tú, porque él estaba bajo tu mando y tenéis una relación más estrecha, pero como director de operaciones me siento apenado, triste y desolado.

Julián se levantó, puso las manos abiertas al aire, llamando a guardar la calma. Observando a Laura, inquirió:

—¿Qué te hace suponer que ha habido una filtración? —preguntó sin pretender poner en duda lo que había dicho, sino para comprender el hilo de su argumento.

—Puede ser un agente nuestro reclutado con halagos, promesas económicas...—respondió Laura. Goyo hacía ademanes desdeñosos con la mano, pero ella no cedió—. Le argumentarían que estaría realizando un servicio por lealtad a su país... Porque los únicos que conocíamos la operación éramos nosotros. La filtración se originó dentro del Cervantes.

—¿Un empleado del Cervantes comunicándose con terroristas? Venga ya —se apresuró a decir Goyo—. En nuestra seguridad interna tenemos una serie de cortapisas impresionantes. Se revisa varias veces al día el edificio para detectar escuchas electrónicas. De hecho, tenemos unos sistemas de seguridad tan sofisticados que superan a los de la CIA en Langley. ¿Cómo iba a ser posible?

—Con un mediador... —respondió, un tanto desconcertada con sus palabras. Luego pareció pensárselo mejor, y se reafirmó—. Con un mediador se debió de comunicar nuestro topo.

—Ahora hablas de topo —dijo Julián, sentado sobre la superficie de su escritorio.

—Topo, infiltrado, traidor... Estaría ofreciendo una información a alguien desconociendo a qué tercera persona se la haría saber.

—Lo que estás diciendo es muy grave, nuestras actividades son secretas —dijo Julián— La sociedad desconoce nuestra mera existencia. Si tenemos a alguien interno desvelando información hay que extirparlo como un tumor cancerígeno antes de que se convierta en metástasis.

—No podemos involucrarnos en una caza interna a ciegas —aseveró Goyo—. Este asunto creo que nos distraería del verdadero trabajo, la captura de los terroristas que les proporcionaron los explosivos.

—Te lo vuelvo a preguntar —dijo Julián a Laura, haciendo caso omiso al último comentario de Goyo Lebrede—. ¿Qué te ha hecho suponer que alguien los avisó?

Gracias a su atención al detalle y a su habilidad analítica, Laura García era una persona muy competente. Evaluaba toda información y le daba un sentido. El éxito en una operación era asunto de paciencia y de tiempo, ya que a menudo el momento propicio llegaba repentinamente y de la manera más inesperada, cogiendo por sorpresa.

El supermercado de los hermanos Hameed había sido un foco de adoctrinamiento islamista radical. Desde hacía días habían estado grabando conversaciones que mantenían en la trastienda. Reunían ahí a jóvenes españoles nacidos de familias de inmigrantes pakistaníes. Les hablaban de guerra santa, yihads y fetuas, y de usar próximamente terroristas suicidas. Les decían que era necesario morir por sus creencias. Como si estuvieran haciendo un curso, luego conectaban un *pen drive* a la parte trasera de una pantalla plana de cincuenta pulgadas, y les ponían vídeos.

Habían instalado dispositivos de escucha en el supermercado y de sobra conocían que los malévolos vídeos eran una serie de imágenes escalofriantes, siniestras y fríamente crueles. Varun Grover, el empleado de origen indio en el Cervantes, traducía palabras en código usadas en urdu, hindi y punjabí, establecía conexiones, procesaba identificaciones y no dejaba de hackear cuentas de islamistas radicalizados asentados en España que entraban y salían del comercio de los Hameed. El persistente mensaje que transmitía era el de odiar y matar a los infieles, a «los otros».

El mensaje de odio que intentaban ilustrar a base de imágenes era demasiado claro. Con una maestría digna de Hollywood en edición, ilustraban escenas violentas, formando una especie de argumento. Todos los mensajes tenían un mismo objetivo: la muerte. No solo estaban dispuestos a abrazar la muerte para ser recompensados en el más allá, sino que su diatriba no era la usual. Lo que pretendían era la llamada a las armas para instaurar un califato del Estado Islámico en España, soñando con liberar al Andalus. Por eso se tomó la decisión de secuestrar a los tres hermanos, interrogarles y socavar toda información habida y por haber sobre la célula a la que pertenecían, y así localizar al líder, que suponían no se encontraba en suelo español.

—Mi hipótesis es que los hermanos Hameed estaban preparando una atrocidad de algún tipo, recibieron un chivatazo de que andaban detrás de ellos fuerzas policiales y decidieron inmolarsé una vez que entrasen en el supermercado. —Goyo exteriorizó su estado: le dio rabia la practicidad de Laura, su tenacidad explosiva, el tono confiado de su voz. Ella tenía una habilidad especial para evaluar a la gente; podía detectar una información carente de significado y estéril para otros, y sacar de ahí una primicia. Continuó—: Hemos cotejado vídeos que difundían el deseo de la instauración de un califato en España, y sin información que lo contradiga, debemos asumir que el Estado Islámico sigue empeñado en preparar un ataque sangriento contra nuestro país bajo el mando de un líder carismático, que hasta hora desconocemos. —Laura alzó una ceja a Julián al tiempo que proseguía—: Pero lo que sí podemos asumir es que tenemos un topo en nuestra organización. La persona que pasó la información a los islamistas es el único que conoce hacia dónde se dirigen nuestros pasos.

Se reservó mencionar sobre el gesto de uno de los hermanos Hameed antes de entrar en el supermercado, al darse la vuelta y mirar hacia el ventanal de la cafetería, sonriendo a alguien, quizá a ella.

—Quiero al cabecilla de la célula, si está en España u operando desde el extranjero. Quiero que encontréis la aguja en el pajar. Esta es nuestra prioridad. Durante el proceso iremos

detectando al topo.

—¿Y si no hay ninguno? —preguntó Goyo.

—Pues mejor. —Señalando a Laura, añadió—: Entonces, que Laura destruya todo atisbo de lo que haya quedado de esa célula. Buena suerte.

—Gracias —dijo ella frunciendo los labios—. Creo que la necesitaré

Cuando las puertas del ascensor se cerraban, escuchó la voz de Goyo.

—Un momento.

Laura puso su mano a la altura del láser para detenerlas y hacer que volvieran a abrirse.

Él entró y le dedicó una sonrisa.

—Menudo día —dijo aflojándose el nudo de la corbata, intentando aparentar indiferencia—.

Tú desde luego tienes aspecto de estar agotada.

Laura le observó. Con su traje y porte, parecía un presentador de telediario salido de plató. Pero, como observadora que era, pudo apreciar que las bolsas bajo sus ojos le daban un aspecto particularmente inusual.

—¿Agotada? Estoy triste y desolada por haber perdido a un operativo.

—Si necesitas tomarte unos días para ordenar de alguna manera lo sucedido, por favor, tienes mi permiso.

Laura asintió ligeramente, aunque sentía la necesidad de salir del edificio y pegarse un baño caliente. Logró dedicarle una compungida sonrisa.

—No me serviría de nada. —Resopló—. Ahora mismo lo que deseo es volver a mi apartamento, recargar fuerzas y volver al rodeo.

Las puertas se abrieron y dejó que Laura saliese primero.

—Lo comprendo. Llevas unas horas de locura. Te vendrá bien. —Miró el reloj significativamente—. A decir verdad, a mí tampoco me irá mal descansar un poco.

Su chófer acercó el coche y Goyo se sentó en la parte de atrás. Desapareció por la rampa tras pasar el control de seguridad.

A Laura no le pasaba inadvertido que esa había sido la primera vez que ambos coincidían en el ascensor. Parecía inquieto por algo. Goyo nunca tomaba esa ruta interna del edificio para bajar al parking, tenía un ascensor privado. ¿Pretendía compartir con ella alguna confidencia? ¿Qué estaba sucediendo?

Era un bloque de cinco plantas típico de Bombay. Cada planta tenía doce apartamentos idénticos. Enfrente, a la izquierda y a la derecha, había edificios semejantes entre sí: vidas encerradas en hormigón.

En medio de los cuatro edificios, había un parque verde donde los vecinos, por la mañana temprano y a última hora de la tarde, hacían ejercicio dando vueltas en círculo. También se organizaban, previo consentimiento del presidente de la comunidad, clases de kárate y de yoga al aire libre. Cuando se producía una defunción, tras el oficial entierro, todos los familiares, conocidos y amigos iban al parque, donde se montaba una carpa y, ante un enorme retrato del fallecido, se organizaba un evento de condolencia en los que un imán soltaba su perorata a través de un carraspeante micrófono. Cuando el fallecido era hindú, después del crematorio iban al parque, donde el pandit hacía lo correspondiente.

En aquella comunidad se hablaba varios idiomas: hindi, marathi, bengalí y hasta guyaratí, pero el urdu era el que más predominaba. La comunidad musulmana había aumentado considerablemente, y muchos hindúes, evitando la escalada de discrepancias, habían vendido sus propiedades y se habían mudado a zonas donde su misma comunidad religiosa era la más numerosa.

David Ribas, con turbante sij y gafas de pasta gruesa con cristal sin graduar, estaba sentado en el asiento del copiloto de un taxi. A unos metros de distancia, en una zona usada como vertedero de basura, un grupo de jóvenes reían y daban caladas a una droga.

Un grupo de cuervos asustadizos emprendieron el vuelo y graznaron furiosos.

Cuatro hombres abandonaron el edificio.

—Ahí salen —dijo la mujer desde el asiento de pasajeros—. Son ellos.

—Mucho cuidado con el más alto, sé quién es —advirtió el conductor a David—. Se llama Irfaan. Es conocido porque suele usar armas blancas. Estuvo en la cárcel una temporada.

—Lo tendré —dijo David dándole una palmada en el hombro. Se giró hacia atrás—. No debéis volver a preocuparos por la seguridad de vuestras hijas.

—Gracias.

—Ahora, Ismael, te llevaré de vuelta a tu casa.

—Gracias —dijo de nuevo, con tono de servilismo.

David salió del coche, cruzó la calle y los siguió. No dudaba, era decidido, estaba en su salsa. Nadie se fijaba en él cuando caminaba por las calles de Bombay porque sabía cómo fundirse con el escenario.

Llegaron al aglomerado andén de metro. «Line 1 Versova-Andheri-Ghatkopar» anunciaban.

David sintió la vibración del tren y el impulso del aire caliente. El tren de doce vagones se

detuvo. Cuando se abrieron las puertas, se pudo sentir el aire fresco del interior; el aire acondicionado estaba a la máxima potencia. Una avalancha de gente entró. David se metió detrás del grupo de Irfaan y se sentó junto a la ventanilla. El reflejo del cristal le servía como espejo para mantenerlos vigilados. Las puertas se cerraron y el tren siguió su marcha tras una sacudida y ruidos estridentes de metal.

Descendieron hacia un túnel. El vagón traqueteaba y daba tumbos por las vías. Niños lloraban, hombres leían periódicos en idiomas locales, otros miraban sus pantallas móviles, quizá haciendo un solitario o entretenidos con algún otro juego digital. El vagón reservado para hombres estaba cargado de sudor rancio y aceite de almendra para acicalar el pelo. La mirada de David se cruzó en el reflejo del cristal con la de Irfaan. Le había descubierto. Era momento de actuar.

Irfaan se abalanzó sobre él con una navaja en la mano derecha. David se levantó de su asiento al tiempo que alargaba el brazo, le cogía la muñeca, invertía la dirección del arma y se lo clavaba en el cuello. Lo tiró contra el suelo con la sangre manando a borbotones. Los pasajeros corrieron precipitados al vagón contiguo. Alguno comenzó a realizar llamadas desde el móvil.

Los otros tres hombres se abalanzaron sobre David. Pegándose junto a la ventana, para detener su impulso, David tiró del dispositivo de emergencia. Los tres hombres volaron prácticamente por los aires golpeando la puerta trasera.

El tren frenó de inmediato tras un estruendoso chirrido sobre las vías. El vagón permaneció en silencio. Las luces de emergencia del suelo y de las paredes se encendieron. David recorrió el pasillo. Se acercó a los tres hombres tumbados en el suelo con algún hueso roto. Sacó una pistola y a cada uno le metió una bala en la cabeza. Entonces vio la cámara de seguridad.

Forzó la puerta y consiguió abrirla. Saltó a las vías.

Las luces chispeantes y resplandecientes del tren iluminaban el túnel. Moviéndose con rapidez sobre la gravilla, sacó su móvil. Necesitaba informar a Hassena de que debían borrar el sistema informático que almacenaba las imágenes grabadas del circuito de seguridad. No había cobertura. No había tiempo que perder. Se adentró por el túnel a oscuras.

Se quitó las gafas y las lanzó a un lado. Se desenroscó el turbante y lo dejó caer al suelo. Probó el móvil. Seguía sin cobertura. Sintió una humedad inusual en la palma de la mano derecha. Pensó que podría ser sudor. Pero al encender la linterna del móvil vio que tenía sangre. El corte no era profundo. Recogió el turbante, cortó un pedazo y envolvió con fuerza su mano. «¿Y si hubiera caído mi sangre dentro del vagón? ¿Y si tomaran muestras de ADN y dieran con mi identidad?».

Laura entró en su apartamento, encendió la luz, se quitó los zapatos y soltó un bufido de satisfacción viendo el orden tan impecable.

Echó una mirada al escaso contenido de su frigorífico y decidió que no tenía hambre. Después de cerrarlo, volvió a abrirlo y cogió una cerveza alemana Camba Pale Ale. Amante de la cerveza, realizaba regularmente pedidos *on-line* para aprovisionarse de ellas. Siempre se aventuraba a probar distintos tipos.

Estaba cansada, se sentó en el sofá y mientras degustaba la cerveza, repasó mentalmente lo sucedido.

En aquellos momentos ¿en quién podía confiar sus sentimientos? «En nadie», comprendió. Su trabajo le impedía toda posibilidad de poder llevar una vida personal con normalidad. «¿Qué es ser normal?». No tenía a nadie especial en su vida. En el pasado había mantenido una breve relación, pero intensa, con el operativo Alfa. Eran compatibles sexualmente, pero ya estaba.

Era guapo, culto sin aburrir con supuestas demostraciones de lector voraz. Era muy tenaz con su trabajo. «Sí, fue un tipo duro». Tenía un gran sentido del humor y no temía reconocer sus fallos. Un profesional.

Fue ella quien dio un paso hacia adelante rompiendo la relación. No quería que su juicio durante las decisiones difíciles se viera empañado por la relación íntima que mantenía con uno de sus operativos. Esa relación había sido un error desde el principio. La ecuación placer más trabajo suponía abrir la puerta a muchos problemas.

Ahora comprendía que era uno de esos momentos en los que una persona pasa por momentos difíciles en los que encontraría agradable tener a alguien con quien compartir cosas, aunque fuesen dramas. Sería agradable tener una pareja estable y, quién sabe, tal vez en un futuro podría convertirse en un marido. Y una familia. Pero tener una pareja fuera del Cervantes, aunque fuera más fácil, supondría muchas situaciones peculiares que harían imposible una vida en pareja. «¿Qué tal te ha ido hoy el trabajo, cariño?». Nunca podría responderle sinceramente. Tendría que mentir. Y jamás la comprendería a menos que perteneciera al mismo gremio.

Muchas personas consideraban este sentimiento normal, pero no encajaba con su personalidad. No a cualquier precio. Y tampoco al menos en un futuro inmediato, si eso significaba que tendría que contemplar dejar el trabajo que tanto la apasionaba y le hacía sentir alguien con una gran responsabilidad: salvaguardar a la sociedad, luchar contra el mal.

«Al diablo todo el mundo», se dijo. Estaba decidida a no dejarse arrastrar por la actual situación cayendo en lamentaciones por no tener a nadie en su vida en ese momento. Decidió disfrutar de un baño con sales. Se quitó la camisa de camino al cuarto de baño. Sonó su teléfono móvil.

Era Varun Grover. En el Cervantes él tomaba el papel de actor secundario. Parecía incluso indiferente, pero siempre era esencial con relación a todo lo concerniente a la tecnología. Siempre estaba dispuesto a dar un consejo personal, nunca perdía la calma y tenía un carácter alegre y jovial.

—¿Sí?

—Hola, Laura, ¿dónde estás?

—En mi casa. —Se sintió incómoda por tener que darle explicaciones—. ¿Por qué?

—Quiero hablar contigo.

Se encontraba cansada y deseaba tomar un baño caliente. Abrió el grifo y una dosis de vapor flotó sobre la superficie. Ella cerró los ojos de placer.

Dejó el móvil con el manos libres sobre la balda de una estantería y comenzó a desnudarse.

—De verdad, Varun. Ya hemos hablado de esto hace tiempo. No ha habido, ni hay, ni habrá ninguna relación entre nosotros fuera de trabajo.

—No es eso...

—Creo que fui clara en este asunto. Te considero un compañero de trabajo y, aunque nos une una amistad, solo compartimos temas relacionados con el cometido que se espera de nosotros. Si me vas a hablar de cuánto lo sientes por la pérdida de Alfa...

—No es eso...

Laura resopló y hablando frente al espejo del baño observando su cuerpo en ropa interior, subió el tono, más severo.

—Mira Varun, estoy demasiado convencida de que en estos momentos difíciles quieres aportarme confidencias provocadas por el drama que hemos sufrido. Hoy he perdido no solo a un excelente operativo sino a un amigo. Una intimidad artificial es lo último que quiero oír.

—Goyo es el topo —se apresuró a decir alzando la voz.

Hubo un silencio.

Las posibilidades de que la llamada estuviese siendo interceptada eran nulas. Conociendo a Varun Grover, habría sido extremadamente cauteloso.

—Dime.

—Te estuve buscando, pero ya te habías ido a casa. Necesito verte.

—¿Tienes comida en casa?

—Te aseguro que podrás probar la mejor comida hindú del mundo —dijo Varun, retomando su habitual estado animoso.

—No quiero comida hindú. Con un sándwich me apañaría. Voy para allá.

De la vía convencional de metro se había adentrado por túneles adyacentes mucho más estrechos, parecidos a los de una mina de carbón. Alumbrado por la linterna del teléfono móvil se dio cuenta de que se encontraba perdido. Intentó marcar un número de emergencia, pero seguía fuera de cobertura. Si la batería se apagase, se quedaría ahí abajo en la más completa oscuridad.

Era consciente de la presencia de cientos de túneles debajo de Bombay. Muchos databan desde la época del imperio británico, utilizados para guardar munición o bienes preciados. Para esos fines se necesitaban muchas vías de cara al transporte de las mercancías. Aquellos centenares de túneles quedaron abandonados. Eran demasiado frágiles como para que se usaran como líneas de metro. Con el tiempo constituyeron un refugio perfecto para el crimen organizado.

Si antaño se utilizaban para almacenar y transportar de una punta a otra de la ciudad mercancías valiosas como munición y armas sin llamar la atención, ahora se hacía uso de ellas para el contrabando y su tráfico: laboratorios de metanfetamina, plantaciones de marihuana, tabaco de importación, ropa de marcas de lujo y hasta armas.

David Ribas sabía que mientras anduviera por debajo del territorio controlado por Hassena, no tendría problema alguno. Si lo traspasara, podría encontrarse con gente armada y el recibimiento no sería cordial. Necesitaba moverse rápido. Necesitaba encontrar una salida antes de quedar encerrado en la oscuridad.

El DGP (*director general of police*) de Bombay, Rajendra Pachauri, observaba las imágenes de las cámaras de circuito cerrado del metro. Eran en blanco y negro; aun así, eran muy nítidas.

—¿Sabemos quién es?

—No, señor —contestó el policía informático.

Tenía delante un fotograma congelado de Irfaan tumbado en el suelo del vagón, rodeado de un círculo de sangre. En otra, se veía a los otros tres, yaciendo inmóviles.

—Pon lo sucedido otra vez.

No se trataba de defensa propia. La persona que había matado a esas cuatro personas tenía experiencia. Habían recogido los datos y expedientes de los fallecidos, los cuatro tenían antecedentes e Irfaan era bien conocido por proxenetismo y trata de blancas. Pero ¿quién era el ejecutor?

—Es un profesional —dijo Rajendra, viendo nuevamente las imágenes—. No siente ninguna emoción frente a un hombre sufriendo con espasmos en el suelo, y dispara un arma con absoluta precisión.

Rajendra eructó ruidosamente: la sala se llenó de un olor a verdura frita con aceite de mostaza y mucha masala. Era un hombre orondo, el uniforme de DGP con su rango e insignia le quedaba estrecho. Era sorprendente que ningún botón estallara y saliera disparado. Se mantenida

acicalado. Su pelo era negro teñido como el color del carbón y su piel ofrecía un color marrón chocolate, donde no había lugar para arrugas, a pesar de tener más de cincuenta años.

—¿Y las cámaras de salida en las estaciones?

—Nada, señor.

—No ha debido de salir, ¿eh?

—Una patrulla estará accediendo ahora mismo al interior del túnel.

—Bien, veremos a ver qué encuentran.

Laura llegó al tercero izquierda. La puerta estaba entreabierta. Sacó la pistola SIG Sauer Mosquito que llevaba guardada en una funda a la altura de la axila.

—¿Hola? —saludó vacilante. Cuando nadie contestó entró en el interior. Fue a abrir la boca para repetirlo con más fuerza, pero se contuvo.

El ruido de una persona moviéndose de un lado a otro le llamó la atención. Iba arrastrando los pies. Laura se movió con agilidad y absoluto silencio hasta la siguiente habitación. Asomó la cabeza.

—¡Ah! —gritó Varun, soltando un plato de su mano. Un abultado sándwich de tres pisos cayó abierto al suelo y se desparramó su contenido: huevo frito, lechuga y lonchas de queso y jamón, entre trozos de cerámica rota.

—Dios mío, Varun, pero ¿qué haces? —preguntó guardándose el arma.

—Tu Club sándwich.

Iba con unas zapatillas de andar por casa con forma de perro; las orejas marrones eran tan grandes que rozaban el suelo. Llevaba puesto un pantalón corto de cuadros amarillos y naranjas chillones bajo una barriga que estiraba una camiseta con diseño estampado de Hulk.

—Olvídate de eso —dijo guardándose la pistola. Fue de vuelta al pasillo y cerró la puerta principal.

—Espérame en el despacho. Ahora voy —dijo mientras barría la comida y la metía con ayuda del recogedor en el interior del cubo de la basura, debajo del fregadero.

El carácter cómico de Varun impedía que resultara una persona taciturna. Tenía un síntoma especial, podía entusiasmarse inesperadamente de un modo que Laura lo encontraba infantil. Pero para ella era una buena persona en el sentido más amable del término y era esta la cualidad que más apreciaba de él.

Laura entró. El lugar de trabajo de Varun era más bien una habitación, que podría ser una extensión de un departamento del Cervantes: pantallas planas, sistema informático de última tecnología. Las paredes estaban abarrotadas de equipos conectados entre sí.

En cambio, aquella habitación despedía un ligero tufo a sudor y a olor a aceite. Sobre la mesa había un cuenco lleno a rebosar de papel de celofán de una conocida marca de bombones y chocolates. En el suelo, una caja rosa de galletas La Mallorquina.

Varun entró y le dio un plato con un sándwich.

—Es pan multicereales con jamón y queso —dijo haciendo una mueca—. La sorpresa me la echaste a perder.

—Aquí huele fatal —comentó Laura pegando un mordisco al sándwich—. Además, necesita una profunda limpieza. Por cierto, creo recordar que este tipo de actividades no se permiten a los

empleados.

—¿Qué actividades? —preguntó rascándose la barriga por debajo de la camiseta.

Laura terminó de masticar el bocado.

—¿Cómo que qué actividades? No puedes tener todo esto aquí —dijo abriendo una mano, abarcando todo el espacio del despacho repleto de toda clase de monitores, sistemas electrónicos y teclados cuyas funciones solo conocía Varun—. Es una orden estricta. Tú no puedes trabajar desde casa. El trabajo es en el Cervantes y se queda en el Cervantes.

—Pero...

—Pero nada —le interrumpió con tono imperativo, volviendo a morder el sándwich—. Mañana llamo a un equipo para que desmantele este tinglado.

Varun puso cara mojigata, iluminado por la parpadeante luz de una de las pantallas.

—¿Porque no te haya hecho un Club sándwich?

Laura le miró y le dedicó una sonrisa irónica. Dejó el plato vacío a un lado.

—No tengo ganas de bromas —le señaló con el índice—. Explícate sobre lo que me has dicho por teléfono antes de que acabe contigo.

Varun, sentado en su silla de estilo Gamer, tecleó en su consola. Una serie de columnas alfanuméricas aparecieron en una pantalla.

—Aquí lo tienes.

—Varun, por Dios, ¿qué significan todos esos números?

Él intuyó su impaciencia, así que se giró, apretó varias veces en otro teclado con estudiada deliberación y los mensajes aparecieron legibles: una serie de comunicaciones entre Goyo Lebreo y una persona que se hacía llamar Dante.

Laura se quedó de pie e hizo una mueca. Con voz aguda, exclamó:

—¡Quién se lo iba a creer!

Alguien llamaba su nombre desde algún lugar en la oscuridad.

—David, David...

Apuntó en aquella dirección con la linterna del móvil. Una figura se acercaba. Por sus andares patosos lo reconoció. Era el hacker informático de Hassena; sabía todo lo que había que saber en cuestión de aparatos electrónicos, además, era un experto en vigilancia de datos y ciberrastreo.

—Me alegro de verte, Zakir.

Él se acercó sosteniendo un MacBook Air.

—Y yo a ti. Me mandó localizarte Hassena *madame*. Menos mal que no perdiste el móvil, porque gracias al sistema de seguimiento que pusimos he podido dar contigo —Le mostró la pantalla, se veía un punto rojo y una línea trazada—. Estamos aquí, y yo he venido desde este punto.

—Entonces, solo tenemos que seguir tu recorrido de vuelta.

—Yo pensé lo mismo, que iba a ser cuestión de encontrarte y salir de inmediato. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

Zakir tocó con el dedo la pantalla, a modo de cursor.

—¿Ves estos puntos que se mueven en esta dirección?

—Sí.

—Son policías que están batiendo los túneles. Saben que no has salido al exterior.

—¿Por qué tienes cobertura en tu portátil?

—No es difícil, con tantos cables y cajas de empalmes. Ahora la mayoría de las estaciones tienen wifi. Es cuestión de replicar programas y utilizar protocolos espejo. Tu móvil es de lo más básico, ese el problema. Solo en el exterior funciona.

—Ya, algún inconveniente tenía que tener.

David utilizaba tarjetas SIM desechables y continuamente estaba cambiando de teléfono móvil para no ser rastreado. Ya había sufrido atentados contra su vida y toda precaución era poca.

—Por cierto, ¿el fin de semana que viene tenemos partido de fútbol? —preguntó Zakir.

David había organizado partidos de fútbol en la playa de Juhu. Antes de empezar recordaba a todos los jugadores que debían dejar sus armas, ya que en su mayoría pertenecían al crimen organizado. Para ello David se traía consigo un grupo de personas armadas que custodiaban la seguridad mientras jugaban. El tiempo de juego era absolutamente hilarante. Sudando y bamboleando la grasa del cuerpo unos de otros se reían y soltaban chistes mientras perseguían el balón. Excepto cuatro o cinco, el resto estaba subido de peso. Los pantalones cortos, la camiseta ajustada, cuellos gruesos que colgaban como trozos adicionales de carne y con gorras... Parecían

más gordos aún. La primera vez que los vio reunidos en la playa, David Ribas no pudo reprimir la risa; parecían sacados de un programa de rehabilitación.

—Desde que viniste a jugar la primera vez, no dejas de pensar en otra cosa, ¿eh?

—Nos reímos mucho.

—Bueno, concentrémonos. Ya hablaremos de fútbol ¿Qué hay de las cámaras internas de seguridad? ¿Las borraste?

—No pude. Cuando accionaste la palanca de emergencia, hubo un corte de luz. Todo lo grabado antes fue a parar a otro canal interno que lo salvaguardó en un disco de seguridad. Cuando fui a eliminarlas, ya las habían bajado. Fue demasiado tarde. Sin embargo, con las lentes de cristal que puse en tus gafas, no podrán realizar una lectura de rostro ni con el *software* más avanzado. Las conclusiones serán especulaciones. Estate tranquilo.

—Pero hay otro problema —dijo David mostrándole la mano vendada—. Que posiblemente cayó mi sangre en el vagón.

—Eso se solucionará a su debido tiempo.

Unos largos halos de luz se pudieron ver a pocos metros.

—Vamos a movernos antes de que den con nosotros —dijo David.

—Según lo que pone aquí —comentó Zakir, señalando la pantalla de su pequeño ordenador portátil—. Debe de haber una escalera, un tipo de pasarela de salida a poco más de cincuenta metros.

Siguieron caminando hasta que llegaron a una bifurcación. Había cuatro entradas. A diferencia de los del metro, las construcciones eran más antiguas, con el uso de piedras y ladrillos. Zakir se aproximó al túnel del extremo derecho y accionó una palanca, iluminándose por lámparas de voltaje colocadas a tramos.

—Por aquí —dijo sonriendo.

—Oye —David le agarró de la camiseta y señaló a un cartel de la pared—. Ahí pone «Peligro biológico por residuos contaminados».

—Tranquilo, es para disuadir —dijo Zakir sonriendo de oreja a oreja.

—La barba no te sienta bien —le confesó Laura García—. Sin afeitarse pareces más viejo.

Julián Fernández no dejaba de mirarla a través de sus gafas con sus ojos tranquilos, solemnes. Admiraba a Laura. Faltaban dedos en una mano para contabilizar el número de atentados terroristas que había evitado. Tan solo el año pasado había desbaratado un complot con gas a los participantes de una cumbre sobre el cambio climático, había anulado los planes de un ataque minuciosamente planeado en distintas ciudades de España con el uso sincronizado de coches cargados de explosivos listos para hacerlos estallar contra cuarteles de la Guardia Civil y recientemente se había recuperado de un ataque terrorista contra el consulado de España en Bombay.

—Soy más mayor de lo que crees —admitió pensativo, con la frente surcada de arrugas—. En inteligencia nunca podemos admitir que la guerra contra el terrorismo ha acabado.

Laura tomó asiento frente al escritorio, cruzó lánguidamente las piernas.

—Es como decir que el crimen nunca va a volver a suceder a partir de este mismo instante.

—Sé lo mal que lo estás pasando —dijo él sinceramente—. La muerte de Alfa ha sido una desgracia, terrible para todos, pero mucho peor para ti. Tu comportamiento es como yo esperaba, de una entereza soberbia. Quiero decirte que estoy muy orgulloso de que estés unida a esta organización.

—Gracias. Vamos a trabajar, que el tiempo apremia.

Se concentró en transcribir su reunión con Varun Grover.

Julián sintió que le subía la adrenalina nada más pensarlo.

—Sí, me informó cuando dejaste anoche su apartamento.

Laura le pidió una orden para mandar un equipo para dismantelar la oficina tecnológica que tenía instalada en su vivienda.

—Se lo ordené yo.

—¿Cómo?

—Necesitaba a alguien que mirase a todos los empleados desde el exterior.

—¿*Mirase?* ¿Varun ha estado espiando nuestra vida privada?

—Todo tipo de intimidad o secreto está bien salvaguardado.

Hubo un silencio.

—Últimamente había algo en Goyo que no encajaba —aseguró ella, muy seria. Tras su máscara distendida y buenos modales, había algo más, podía sentirlo.

—En el futuro seguirá habiendo fuentes, topes, agentes infiltrados o como quieras llamarlos. Nunca hay que bajar la guardia. Aunque reconozca lo que hizo o por qué lo hizo, él no se considerará un traidor. Nos soltará una perorata con argumentos que nos hará creer que son

plausibles.

—Y cuando se vea entre las cuerdas, dirá que ha sido víctima de una crisis de conciencia.

Julián se encogió de hombros un poco apesadumbrado.

—No quiero verle. Hazme el favor de evitar que tenga que vérmelas con él cara a cara.

Fuera en el pasillo, Varun Grover pidió permiso para entrar. Julián lo vio en su pantalla adherida en su escritorio.

—Veremos a ver qué nos trae este ahora, parece nervioso —dijo apretando el interruptor.

Fuera, una luz roja cambió a verde, y la puerta automatizada se abrió.

Varun entró y anunció como una declaración de certitud:

—Lo tengo.

—¿Tienes el qué? —preguntó Laura.

—Tengo las imágenes del perímetro de la zona antes de la explosión —dijo incapaz de reprimir su impaciencia. Abrió su ipad, y mostró una serie de imágenes. En una calle se veía a los dos hermanos Hameed entablando conversación con una tercera persona.

—¿Qué sabemos de él? —inquirió Julián.

Varun congeló la imagen, clara y de alta resolución. El rostro que mostraba era el de un joven de pelo negro rizado, de aspecto agradable, delgado, con los huesos de la cara muy marcados, gafas de pasta, vestido con pantalón vaquero y zapatillas Converse.

—Un disfraz —aseveró Laura—. Lleva peluca. —Varun, sorprendido de que se le hubiera pasado por alto esa posibilidad, maximizó la imagen—. Fijaos bien en el fino cabello que le sobresale por la oreja derecha.

Con teclado portátil, Varun utilizó un sofisticado *software* eliminando de la imagen del perfil del sospechoso el cabello rizado y las gafas. Luego cotejó la imagen en otra base de datos y de inmediato apareció en la pantalla su fotografía real con su biografía. Fue leyendo de manera entrecortada, a trompicones:

—Se llama Saif Khan... Tiene treinta y seis años... Nacionalidad española, hijo de inmigrantes de origen indio... Residencia en Barcelona, calle... Condenado por el asesinato de un joven de dieciocho años... Salió de la cárcel de... tras la decisión del gobierno de la Generalitat debido a la pandemia de la covid-19... Por lo visto temieron contagios entre los presos por el coronavirus, y soltaron a los que ellos no consideraban de máximo peligro...

—Válgame Dios, qué desgraciados —exclamó Laura—. Y sin consultar a las fuerzas de seguridad, y sin orden judicial.

—Y quien no quiera creérselo, que reviente —añadió Julián—. Es inadmisibile lo que hacen los políticos autonómicos para ganar votos.

—Enséñame otra vez las imágenes con los hermanos Hameed —dijo Laura.

Contemplaron la pantalla mientras Varun pasaba imagen a imagen. En la siguiente se veía a Saif Khan entrando en la cafetería en la acera opuesta al supermercado.

—Entonces, no miró hacia mí. —El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Julián.

—Antes de entrar los dos hermanos al supermercado, Abdul Hameed se giró hacia la ventana de la cafetería y yo creía que me buscaba a mí con la mirada.

—Tú debías de estar al lado de él. Ambos erais ajenos a la presencia del uno y del otro —aseveró Varun.

A Laura se le puso la piel de gallina.

—Esta rata es nueva —dijo Julián, y señalando a Varun ordenó—: mientras nos ocupamos de un mal igual de canceroso, quiero que se le mantenga vigilado, con discreción.

—Como siempre —respondió Varun antes de marcharse.

—Tengo un plan —dijo Laura mostrándose animada e impaciente.

—No me lo digas. No vamos a añadir sal a la herida. Hasta que no consideremos el capítulo de Goyo Lebrede cerrado, no me parece seguro que lo que se hable en este edificio trascienda a otras personas. —Volvió a mirar a algún punto del fondo de su despacho, aparentemente perdido en sus pensamientos—. Por mi parte, tienes carta blanca en este asunto. Quiero tu máxima dedicación, Laura. Antes de tomar cualquier medida drástica tienes que averiguar cómo ha propiciado este error. Debes taponar para siempre el agujero que ha causado entre esta organización y terceros. —Ella asintió—. Y me mantienes constantemente informado—. Tras una pausa, añadió—: No te adelantes a cualquier acción. Soy yo el que dará luz verde si debes de poner un punto final. —Tendiéndole unos folios, dijo—: Ahora, echemos un vistazo a la biografía de Goyo, porque ahí se encuentra el origen.

Laura leyó en voz alta. Había nacido en Hondarribia, de madre francesa y padre español, de origen vasco. Este último abandonó a su familia cuando Goyo tenía ocho años. Su madre y él se habían trasladado a un barrio de Bilbao, concretamente a Ocharcoaga. Obtuvo una beca en la Universidad del País Vasco, donde fue número uno de su promoción, a una edad muy precoz. Obtuvo becas de investigación en Inglaterra. Su madre volvió a contraer matrimonio, esta vez con un rico comerciante que pronto amasó una fortuna, y la familia se trasladó a vivir a Andorra. Al joven Goyo lo matricularon en prestigiosas universidades, donde continuó estudios de especialidades y postgrados. A parte de tener ya su licenciatura en Derecho y un doctorado en Psicología, terminó sus estudios de Ingeniería en la Universidad de Stanford y obtuvo un máster en Harvard. Su tesis doctoral sobre terrorismo y su implicación en la sociedad actual fue publicada por Oxford University Press, y fue muy aplaudida entre los expertos de inteligencia y antiterrorismo. A su vuelta a España obtuvo un puesto permanente como decano de la facultad de Derecho en la Universidad de Deusto, que simultáneamente compaginó con la de Psicología. Escribió un ensayo, publicado por la editorial Deusto, titulado *Historia del pensamiento y de los movimientos sociales y políticos*, que fue incluido como temario curricular.

—Ahí es donde tienes que ir —dijo Julián, interrumpiéndola—. Cuando yo trabajaba en la creación de esta organización me hablaron de dos profesores de la Universidad de Deusto en Bilbao. Uno de ellos era Goyo Lebrede. Tras pasar una concienzuda criba entre una numerosa lista de candidatos, lo recluté inicialmente como analista de inteligencia.

—¿Y el otro?

Julián bajó la vista para recomponerse.

El pulso de Laura se aceleró cuando escuchó el nombre.

El DGP Rajendra Pachauri señalaba en un ángulo del monitor el contador de fotogramas que dejaba constancia del paso del tiempo. Sus ojos no abandonaban en ningún momento la pantalla. La luz de la lámpara fluorescente del techo hacía que le dolieran los ojos, y el zumbido de las aspas del ventilador le molestaba al concentrarse.

—Para ahí —ordenó finalmente, señalando con el índice. El asesino con turbante y gafas de pasta negra se agarraba a la barra; se veía que dejaba una marca de sangre.

—¿Puede ser que al coger la navaja se cortase la mano?

Arqueando las cejas, Rajendra contestó:

—Quiero que el equipo forense que está peinando el vagón analice estas muestras de sangre.

Rajendra llamó de vuelta al grupo de policías que habían accedido a los túneles. En Bombay debajo de un centro comercial podría haber cuatro o incluso cinco plantas por debajo del nivel de la calle. Cientos de productos estarían guardados en sótanos. Y en cada sótano habría docenas de túneles. Las probabilidades de que diesen con el asesino eran remotísimas, más bien nulas. Confiaba en que en unos días pudieran obtener los resultados de ADN. «Con un poco de suerte, ese asesino tendrá nombre», se dijo.

Abrió la ventana. El aire de Bombay era caliente y húmedo. Rajendra Pachauri había nacido en Nueva Delhi. Tras muchos años de servicio en la capital, fue trasladado a Bombay. Había apoyado y facilitado la corrupción interna entre varios políticos. En la sombra había gente poderosa de Bombay que quería a un jefe de la policía afín cerca de ellos. Aunque el traslado pudiera significar un ascenso y más oportunidad para seguir lucrándose, detestaba la ciudad.

Los olores de los puestos callejeros le producían náuseas; el olor a pescado, mareos. sentía como si todo estuviera putrefacto. El ruido era atronador, mayor que en Nueva Delhi. Más de una vez sentía la necesidad de sacar una metralleta. «Vaciaría cargadores contra los cuervos. Malditos pájaros». Además, los habitantes no eran mejores, muchos hablaban idiomas que él no entendía, como el marathi, el bengalí, el gujaratí, el tamil y un largo etcétera.

Le vibró el móvil en el bolsillo. Observó el número en la pantalla. Una sombra de preocupación le cambió el rostro.

—¡Dios mío!

—¿Qué sucede, señor?

Rajendra le mandó callar, poniendo el índice en sus labios. Apretó el botón circular verde, y contestó:

—Dígame, señor ministro.

—Me ha llegado la noticia de un crimen sucedido en el metro. No me hubiese preocupado lo más mínimo si no fuera porque me han hecho saber los nombres de los fallecidos.

—Señor, le aseguro que quien haya sido...

—No me puede caber duda de que quien haya sido los habrá matado por el negocio en el que estaban involucrados Irfaan y sus hombres. Un negocio lucrativo, muy lucrativo, que me reportaba grandes beneficios. Gracias a ellos han contribuido a engrandecer tu patrimonio personal, ¿no es así? El bungaló que te compraste no te lo hubieses permitido de no haber seguido mis dictados.

—Sí, señor. Debe de haber sido alguna lucha interna entre ellos. —No quiso mencionar la habilidad de aquel hombre matando a Irfaan, ni que llevaba una pistola. Cualquier información de este tipo debilitaría su posición, ya que la presión para cazar al asesino sería mayor.

—¿Qué es lo que realmente ha sucedido?

—Era un sij.

—¿Un sardar? —preguntó sorprendido.

—Sí, y todavía está ahí abajo, dando vueltas por los túneles adyacentes a la línea de metro.

—Bien, quiero que no salga, y que no vuelva a haber ninguna interferencia jamás.

—Así será.

Tras colgar, llamó a su despacho a sus ayudantes y a los comisarios que esperaban fuera.

—A ver, dadme noticias.

—Señor —se adelantó uno blandiendo al aire un mapa—, el tren quedó parado aquí, él se ha internado en los túneles por esta zona. Eso quiere decir que solo hay tres posibilidades para salir al exterior. Una es aquí, otra aquí y otra tercera, aquí.

Otro comisario dio un paso hacia adelante.

—Como está dentro de mi jurisdicción, puedo mandar personal para que vigilen esas salidas.

—Nada más salir, lo cogeríamos —añadió otro.

Rajendra debía evitar que el asesino fuera detenido. Si había matado a Irfaan y a sus hombres era evidente que conocía la naturaleza del negocio que tenían entre manos, y tal vez hablase tras un interrogatorio, se ataran cabos y cayeran el ministro y en última instancia él.

—No. Quiero que selléis las salidas.

—¿Sellarlas, señor?

—¿En qué idioma hablo? Sí, sellarlas. Además, quiero que taponéis la entrada en el metro donde accedió a ese laberinto de túneles. —Hubo un silencio. Todos quedaron expectantes para conocer la decisión del DGP—. Y quiero que inmediatamente fumiguéis.

Se miraron unos a otros sorprendidos.

—¿Fumigar? —inquirió un comisario.

—Sí, fumigar. Hubo una plaga de ratas el año pasado que alarmó a la municipalidad. Si no recuerdo mal, conectaron los camiones cisterna a unas tuberías que metieron por los respiraderos de esos túneles. No quedó una rata viva.

—Sí, era una empresa privada —se atrevió a afirmar.

—Pues que os pasen la factura. Es un caso de fuerza mayor. Más tarde me encargaré de sufragar los gastos.

—Pero ¿vamos a matarlo? —volvió a intervenir el comisario.

Rajendra le fulminó con la mirada. Ya sabía que el bocazas no llegaría muy lejos.

—No. Digamos que vamos a disuadirlo. Por supuesto, ni una palabra a nadie, y menos a la prensa. Es un criminal muy peligroso, y muerto debe quedar ahí abajo, como una mísera rata.

LA IMPLACABLE REACCIÓN

Eran las 8:45 de la mañana y ya estaba a medio camino del País Vasco. Pronto iba a comenzar la época de vacaciones. Por ese motivo el tren estaba atestado y solo a última hora Laura García había conseguido un asiento, en clase turista. Además, al ser día festivo en la Comunidad de Madrid, muchos jóvenes estudiantes de la capital habían adelantado los planes vacacionales.

El pasajero del asiento contiguo sacó un bocadillo de huevo, lechuga y mayonesa envuelto en papel de aluminio. Era un señor muy obeso. La azafata de la cafetería pasó con el carrito de los *snacks* y refrigerios. Laura pidió una manzanilla y el señor una cerveza. El hombre se disculpó por si molestaba. Amablemente, Laura le sonrió y le dijo que mientras no invadiera el espacio de su asiento con el codo del brazo izquierdo no debía preocuparse.

Un numeroso grupo de jóvenes había ocupado todos los compartimentos para guardar el equipaje con mochilas y bolsas abultadas. Por suerte, había podido colgar su chaqueta en el gancho junto a la ventana. La elección de viajar por carretera habría sido arriesgada. Julián Fernández le dijo que podía viajar en avión, utilizando un jet privado del Cervantes, pero hacerlo pondría en alerta a Goyo Lebrede. Además, no había dormido casi nada durante las últimas horas. Esperaba descansar durante el viaje en tren.

Hacía tiempo que no había estado en el País Vasco. Recordaba cómo tuvo que viajar hasta allí en una pasada operación para eliminar a un conocido integrante del inoperante grupo armado ETA, cuyos miembros se encontraban en la actualidad dentro de las instituciones del gobierno español. Habían abandonado las armas para entrar en política, se habían hecho paso a brazo torcido, con la condescendencia y la alianza de partidos políticos constitucionalistas, que no dejaban de ser arribistas, cuyo interés era el de perpetuarse en el poder de la política nacional a cualquier precio.

Miró por la ventana. Contempló cómo las nubes se iban disolviendo dejando paso a un hermoso cielo azul. Había consultado el pronóstico del tiempo en su móvil; predecían lluvias en Bilbao. Ante lo que le esperaba, el paisaje que veía le mejoró el estado de ánimo.

Intentó imaginar la situación desde el punto de vista del topo. Era pura teoría que toda acusación recayera en Goyo Lebrede, pero en pocas horas se confirmaría toda prueba acusatoria. «¿Qué frustrado pudo sentirse Goyo cuando supo que había muerto el operativo Alfa? Pero quizá no tuvo remordimiento alguno. Siempre ha dado las órdenes sin parpadear». «Le habrá sido indiferente», concluyó en sus pensamientos.

Cerró los ojos y, a pesar del ruido de los pasajeros, se quedó completamente dormida.

Al ver la multitud reunida en el pasillo descendiendo al andén de la estación de tren de Bilbao con gran cantidad de maletas, se alegró de llevar únicamente como equipaje de mano un bolso ancho donde había guardado una muda, una camisa limpia y un pantalón vaquero.

Fue al mostrador de una empresa de alquiler de coches y, utilizando un carnet de conducir y de identidad ficticia, salió de la estación conduciendo un moderno Mini Cooper.

En Bilbao el sol había desaparecido, dejando paso a un cielo gris.

Conforme se adentraba en la ciudad no pudo evitar verse envuelta en los últimos coletazos de los atascos del mediodía. Tras pasar la plaza Moyua, enfiló por la calle El Cano, giró en la plaza Euskadi y cruzó el puente de Deusto. Abajo el río y el cielo se fundían, dos barcas de remo deportivas navegaban en medio de la corriente. Vio un espacio libre para aparcar en la calle Ugasko y de ahí fue caminando a la Universidad de Deusto.

Una enorme nube negra se acercaba desde el Archanda y el viento arreciaba, sembrando de hojas el campus.

Eran días de exámenes previos al parón de las vacaciones que se avecinaban. El ambiente en la universidad, inaugurada en 1886 y compuesta de seis edificios, era de un ir y venir de jóvenes cargados de libros. Una vez dentro del edificio preguntó a un bedel por el profesor Urrutia.

Tras salir por el otro extremo y acceder a otro edificio y cruzar más pasillos, llegó al edificio central, concretamente al claustro más antiguo de la universidad llamado La Literaria.

Llamó a la puerta del despacho. Nadie contestó. Entonces una voz desde la esquina del pasillo le llamó la atención:

—Ahora le atiendo —dijo un hombre al tiempo que finalizaba de entablar conversación con una joven estudiante, muy segura de sí misma, como apreció Laura: llevaba una falda muy corta y un top ajustado. La chica le tocó el brazo y le lanzaba miradas significativas que parecían traspasar los límites de una simple relación académica entre profesor y estudiante. Antes de irse por el pasillo, la joven lanzó una rápida mirada por encima a Laura, como si fuera una posible competidora.

El hombre se aproximó. Sus profundas arrugas en la frente le hacían parecer mayor. Llevaba una camisa de cuadros beis, una corbata barata azul oscuro, una chaquetilla verde oscura con coderas marrones y botones, pantalón de pana marrón y zapatos negros de suela de goma.

—¿Profesor Urrutia?

—El mismo —respondió, tendiéndole la mano, seca y blanda—. Usted debe de ser la señora Marta Ruiz.

—Así es.

Él sonrió cortés.

—Pase, por favor —la invitó abriendo la puerta con llave—. Hay que mantener la costumbre de guardar medidas de seguridad. De lo contrario se puede meter cualquiera dentro y hurgar a ver si encuentra alguna pista para encontrar las preguntas de los exámenes. —Se rio por lo bajini de su comentario, mientras le indicaba una silla de madera con respaldo tapizado.

—Me lo imagino —dijo Laura tomando asiento.

El profesor creía que era la consultora independiente de una empresa privada que trabajaba con el Ministerio del Interior a la hora de seleccionar colaboradores y empleados. La elección de personal no iba por los cauces normales de las instituciones al emplear a funcionarios, sino que, como le explicó por teléfono el día anterior, «debido a recomendaciones personales se ha considerado al exprofesor Goyo Lebrede candidato a trabajar en el ministerio, para lo cual necesito elaborar un breve informe personal sobre su vida como docente. Nuestra reunión deberá ser lo más confidencial posible».

El profesor Urrutia comenzó a explicando que durante los dos años que Goyo Lebrede ejerció como encargado de la facultad de Derecho; además había dirigido con mucho éxito el departamento de Innovación Educativa y el máster de Formación del Profesorado.

Laura calibraba el enfoque de sus preguntas. En su experiencia con terroristas islamistas los exprimía como un limón. Hasta el más duro acababa hablando. No obstante, en esos momentos debía enfrentarse a algo muy distinto. Tenía que ser más sutil. Al profesor Urrutia lo animaba, le sonsacaba cosas de menor interés con paciencia. Poco a poco iría al grano. Él se había abierto sin prácticamente darse cuenta.

Le contó que le recordaba «obsesivamente preciso con sus horarios y sus responsabilidades». Añadió que incluso algo enfermiza le parecía aquella demostración de amor con su trabajo, y se rio. Quizá por eso tenía buena fama entre el alumnado y el claustro de profesores, dijo, porque siempre estaba disponible y daba lo mejor de sí mismo.

Laura le preguntó si tenía algún compañero de trabajo especial, algún amigo.

El profesor Urrutia asintió y ella sintió curiosidad.

—Antonio Losada —soltó como un mazazo.

Manteniéndose en su papel, Laura hizo una mueca y abrió las manos para expresar desconcierto, ocultando cualquier atisbo de preocupación que pudiera exteriorizarse en su rostro.

—¿No será el secretario del ministro del Interior?

El profesor Urrutia asintió, continuó y parecía estar saboreando sus palabras. Cada vez que describía la relación profesional de ambos, parecía que puntuaba mentalmente las frases mientras hablaba.

Daban *couching* a los alumnos que se sentían perdidos en la carrera, y ayudaron a muchos alumnos impartiendo clases extra curriculares para explicar mejor los temarios más difíciles de comprensión.

Levantó el índice como si quisiera corregirse.

—Durante los últimos meses de Goyo Lebreo en Deusto, él y el señor Losada se hicieron grandes amigos. Ayudaron muchísimo a este departamento e incluso escribieron muchos artículos conjuntos, que acabaron siendo publicados en sendos volúmenes de la editorial Deusto. En lo que a mí respecta, Goyo Lebreo fue una persona intachable en esta institución académica. No me extrañaría nada que acabase en un ministerio como el señor Losada.

—¿Y amigas?

—Las tenía, sí —puntualizó esbozando una media sonrisa—. Pero no era del tipo de los que salen los fines de semana. No era un mujeriego. —Dejó escapar una risa hueca—. Supongo que tendría sus amores, pero era con su trabajo donde profesaba más devoción.

—Tomo nota —dijo Laura, en el tono de voz más neutro posible, mientras hacía como que escribía en su cuaderno.

—Me sorprendió mucho que después ya no supiera nada de él. Han pasado casi diez años. He oído que ha estado en la empresa privada, en el sector de telecomunicaciones.

—Sí, así es —contestó Laura.

El profesor Urrutia miró su reloj y alzó las cejas. Laura captó su falsa reacción.

—Si no le importa, tengo una clase dentro de cinco minutos.

«¿A quién te crees que estás tomando el pelo?», pensó Laura para sí misma.

—Por supuesto —dijo levantándose—. Muchas gracias por su tiempo

Él se levantó, abrió la puerta y le tendió la mano.

—Espero haber sido de ayuda y si ve a Goyo, dele recuerdos de mi parte. —Sonriendo, añadió—: Y que escriba, que aquí hay gente que aún lo recuerda con cariño.

—Lo haré.

Una sonrisa apareció en la cara del profesor Urrutia viendo marchar a su visita. Cerró la puerta y volvió a sentarse frente a su escritorio. Marcó un número en su móvil.

—Hola, Losada.

Hubo un silencio.

—¿Cómo era?

—Más lista de lo que quería dame a entender. Atractiva, en cierto modo, con un cuidado cabello peinado hacia atrás. De aspecto atlético, ancha de hombros. No creo que su nombre sea el de Marta Ruiz ni que trabaje como consultora de empleo para el ministerio.

—Desde luego que no. Cuando me informaste de que iba a verte puse a un empleado a buscar ese nombre en todo el ministerio. Ha estado rastreando todos los nombres y ese no existe. Esa mujer puede ser de inteligencia.

—O de la Agencia Tributaria, porque parecía una burócrata.

—Venga ya. Ha representado un papel como buena actriz. ¿Qué iba a estar haciendo ahí la Agencia Tributaria investigando a Goyo Lebrede? Hablaré con él esta noche. Si ves algo inusual, házmelo saber.

—Yo creo que fui convincente.

—Lo fuiste porque le dijiste lo que quería oír, con naturalidad.

—Entonces, ¿por qué vino?

—Fue a verte porque conocía mi relación con Goyo. De otro modo, ni se hubiera molestado. Si le hubieses mentido, esa sinceridad no la habrías exteriorizado. Esa gente es muy lista, experta en el uso del HUMINT, inteligencia humana. Mientras te mantengas en tu papel, ellos no podrán probar nada para acusar a nadie.

—Porque la verdad solo la sabemos nosotros, ¿eh?

A unos cuatrocientos kilómetros de distancia Julián Fernández escuchaba la conversación telefónica. Puso una mano sobre el hombro de Varun, sentado frente a un monitor que mostraba imágenes sensoriales y motrices.

—Eso que te lo crees tú, Urrutia. —Dirigiéndose a Varun, ordenó—: Di al Grupo A que se vayan preparando. —Tras una pausa, añadió—: Y dile a Laura que tiene luz verde.

En Barcelona Saif Khan se encontraba en la trastienda de su comercio leyendo por enésima vez las noticias en su ordenador de mesa.

Desde el día anterior no había dejado de intentar localizar en vano a los hermanos Hameed a través de comunicaciones seguras. Nada. Era como si hubieran desaparecido junto al supermercado, convertido ahora en cenizas.

En noticias de prensa mencionaban que en un supermercado de Madrid se había producido un escape de gas en el que habían muerto cuatro personas de origen pakistaní. Y que había sido un accidente doméstico. «Mentira. Solo eran tres. El cuarto debió de ser un cerdo infiel». Pero ¿por qué habían tapado el hecho de que había sido un ataque terrorista? Caviló. «Esto ha sido obra de la inteligencia española», claudicó, no sin el menor resquicio de duda. Y si no había volado todo el edificio como tenían planeado, ¿habrían encontrado pruebas incriminatorias contra él?

Tras la explosión, los cristales de la cafetería de enfrente estallaron y cundió el pánico. Saif aprovechó ese momento para huir a la vecina estación de Atocha y coger el tren de vuelta a Barcelona.

Caminó de un lado a otro de la habitación, utilizada como oficina y trastero. Se devanó los sesos pensando qué pruebas había podido obtener la policía.

Los discos duros de los ordenadores de los hermanos Hameed habrían sido destruidos con la explosión, al igual que los teléfonos móviles. Había sido un desastre porque solo había muerto un infiel. Habían pensado matar a cuantos más agentes operativos posibles mejor. Lo más probable es que el agente encubierto que se encontraba en el interior hubiera peleado con los hermanos Hameed, forzando a estos a detonar el explosivo segundos antes de que todo el equipo especial se encontrase en el interior. «Esto es lo que ha debido de suceder».

Su teléfono móvil vibró sobre la mesa. «Número desconocido» anunciaba la pantalla, pero él sabía quién era. Cogió la llamada.

—Te has sobrepasado —dijo una voz distorsionada electrónicamente al otro lado de la línea—. Podías haber hecho que los dueños de ese establecimiento lo cerrasen, y se marcharan a Pakistán, a la India o Bangladés, donde fuera, pero lejos de España. Pero no, has tenido que hacerlo volar. Hicimos un trato. Se suponía que simplemente tenías que haber advertido a esos musulmanes que iban a secuestrarlos, pero no que se inmolasen queriendo matar a personas. Ahora me has puesto en una situación comprometedora.

—No encontrarán ninguna conexión entre nosotros. Los ordenadores, los móviles y cualquier aparato electrónico los ha destruido la explosión. Además, lo han tapado como un accidente doméstico.

—Levantaré las restricciones en Andalucía para la apertura de veinte mezquitas más, como

habíamos pactado, pero no volveremos a contactar hasta que se enfríe esta situación.

—Te he dicho que no podrán encontrar ninguna prueba.

—No estés tan seguro. Lo han tapado adrede porque saben que ha sido un atentado terrorista.

—¿Quién? ¿Ha sido la policía? ¿La Guardia Civil? ¿El CNI?

—No, por lo visto es un servicio de inteligencia antiterrorista.

—¿Cómo se llama?

—Eso ahora no es lo prioritario. Lo más urgente es que han tapado a la sociedad española que ha sido un atentado terrorista islamista. No solo para que no cunda el pánico sino como señal a los culpables de que andan tras ellos, es decir, tras vosotros.

—Querrás decir *nosotros*.

—Como vuelvas a cometer otro ataque suicida en Madrid, me encargaré de que cierren las mezquitas de Cataluña alegando cualquier excusa, como salubridad, contaminación acústica o utilización de los centros de oración para el contrabando de droga. Meteré a más de un imán en la cárcel por pederastia. No me presiones.

La llamada terminó.

Para Saif Khan era la aprobación de la violencia lo que encontraba sublime, como una catarsis: el aplauso por la pérdida de vidas. Odiaba a los blancos españoles, sus hábitos, el consumo de la carne de cerdo, la cultura de la fiesta, los programas de televisión, el consumo del alcohol, el turismo extranjero en sus playas... Sacaba de contexto sucesos que salían en las noticias en relación con la comunidad musulmana y generalizaba que la mayor parte de la sociedad española los odiaba.

Su mente funcionaba a toda velocidad. Tiró el móvil al suelo, rompiéndolo. Lo buscó con la mirada y vio que parte de la carcasa había caído debajo de una estantería. Alzó la cabeza. En una balda superior había un antiguo monitor de televisor y un reproductor de cintas de vídeo AVH. Aquello le hizo rebuscar en su memoria el carácter de su padre.

Los padres de Saif Khan eran de origen indio, concretamente del Rajastán. Habían emigrado a España cuando él apenas tenía seis años. Su padre abrió un pequeño comercio que tras duros años de trabajo transformó en un supermercado de alimentación.

Su padre se había opuesto a la instalación de cámaras de vigilancia. Nunca pensó en la policía como una aliada, sino más bien como una institución poco fiable y criminal, a la que intentaba no recurrir.

—Aunque el propósito de las cámaras sea el de disuadir y no atrapar al que roba. No soy estúpido. Sé perfectamente quién roba y quién no.

A su hijo se le escapó una risita, asumiendo la torpeza de su padre.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Quien lo hace lo seguirá haciendo a hurtadillas haya o no cámaras. Hijo, en este país, como musulmanes, debemos ser realistas. Yo no voy a perder mi valioso tiempo en mirar las imágenes en la pantalla del pequeño televisor, repasando a diario lo que graban las cámaras.

—Entonces, las miro yo. Seguro que pillo a algún infiel.

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque hay que desconfiar de la policía. No la quiero aquí. Como tampoco quiero ir a una comisaría y realizar denuncias porque me hayan robado un bote de cúrcuma o chat masala. Además, lo que nos roban no interfiere en nuestras ganancias mensuales.

—Cuando sea mayor te haré justicia.

—*Insallah*.

Con el paso de los años los hijos de varios de los compañeros migrantes de su padre terminaron regentando los mismos locales, mezcla de ultramarinos y cibercafés; otros, tiendas gourmets o de alquiler de películas asiáticas. Pero Saif, desde los quince años, experimentó una creciente relación con el islam, con la aprobación de su padre.

Poco tiempo después, junto con un grupo de jóvenes de la mezquita que siempre había frecuentado en Barcelona, decidió ir a un campo de entrenamiento en el desierto del Punjab, en Pakistán, muy cerca de la frontera con la India.

No tuvo el más mínimo escrúpulo en abandonar España y el ambiente familiar porque su animadversión hacia los españoles, en especial hacia los jóvenes de su edad, había aumentado, y todos ellos, incluido sus padres, no tenían cabida en su galaxia mental.

Allí siguió un exhaustivo aprendizaje y se reforzaron sus ideas extremistas.

Expresó su deseo de luchar en Siria, o en Gaza contra los israelíes que tanto había comenzado a odiar o en Afganistán. Sin embargo, el que ejercía de líder, también de origen español como él, le preguntó:

—¿Por qué morir anónimamente en tierras que te son ajenas? Apenas conoces a los habitantes de allí. Morir luchando contra los infieles en estas tierras, es inútil.

De este modo le convencieron de llevar la lucha a su país natal.

—Es allí donde debes tomar las armas contra Occidente. Te haré formar parte de mi célula, y con el paso del tiempo podrás ejercer una independiente.

Con el transcurso de los días, aquellas palabras fueron cristalizando en la mente de Saif, reforzando su renuencia a realizar atentados en España.

Cuando se enteró de que su padre había fallecido y su madre estaba enferma terminal debido a un cáncer de estómago, volvió a Barcelona. Durante los siguientes meses se encargó del negocio familiar. Al mismo tiempo se reunía con islamistas radicales y mantenía comunicaciones con células del Estado Islámico, que veían en él como a un futuro lobo solitario para abrazar el paraíso convirtiéndose en *shahid*.

Sin embargo, todo dio un vuelco de un día para otro. Era una festividad nacional. Todos los comercios y negocios estaban cerrados. Pero el suyo lo mantuvo abierto, tal y como hacían los trabajadores chinos, incluso en domingo. Desde el mostrador, vio en el monitor que proyectaba las imágenes de la cámara de seguridad, a tres chicos metiéndose productos dentro de los bolsillos. Su pulso se aceleró. Cogió un palo, se acercó a ellos y al primero que vio le golpeó en la base del cráneo, dejándolo en el suelo inconsciente, entre un reguero de sangre. Los otros dos echaron a correr. La policía no tardó en aparecer. Arrestado y condenado, permaneció dos años en la cárcel Castellón II de Albocàsser, donde acabó radicalizándose aún más.

Durante su tiempo en la cárcel se relacionó con otros musulmanes radicales, y de este modo fue posicionándose como un futuro líder.

El plan de choque del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), para evitar el colapso de la administración de justicia tras el estado de alarma por la pandemia del coronavirus, permitió que la Secretaria de Mesures Penals, Reinserció i Atenció a la Víctima soltase a un número de presos. Los funcionarios catalanes alegaban que no actuar de inmediato podría originar un brote grave en las cárceles del país, amenazando la vida de los prisioneros. Gracias a que uno de los funcionarios catalanes era de origen pakistaní, viendo tan solo su nombre y apellido, incluyó a Saif Khan en la lista que mandó a Castellón.

Desde que puso los pies en la calle utilizó el supermercado de su padre como pantalla para sus actividades terroristas. Su posición como líder entre los musulmanes de Barcelona había crecido desde su estancia en la cárcel. Un día fue abordado en la calle por desconocidos, y le

entregaron un teléfono móvil, desde entonces estuvo en contacto con cierto político del gobierno español.

Recogió del suelo las piezas del teléfono móvil, quitó la tarjeta SIM, la dobló y lo tiró todo en el interior de una bolsa negra de basura.

Era hora de volver a su casa.

Activó la alarma y cerró la verja automatizada.

Se acercó al contenedor de basura y tiró al interior varias bolsas y cartones de embalaje de productos alimenticios acumulados durante el día.

La penumbra pasó a casi oscuridad en algunas calles de su barrio. Dobló la esquina, prolongada por un largo callejón situado en la parte trasera de unos grandes almacenes. Grandes cubos de basura destinados al reciclaje del cartón y plástico ocupaban parte de la calle.

Por aquella ruta solía llegar antes a su domicilio, de este modo evitaba pasar por las calles más transitadas para no ser captado por las cámaras de seguridad públicas.

Pero cuando dobló la siguiente calle, lo volvió a sentir. «Mierda», gruñó. Aceleró el paso y se giró rápidamente. Aunque estaba mal eliminado, creyó ver a alguien. En un portal de un edificio, escondido en la oscuridad, había alguien.

Pensó qué había podido fallar. Sin duda, en la tienda de los Hameed debían de haber encontrado alguna prueba que había llevado hasta él. Pero, aunque la hubiesen encontrado, no sería incriminatoria. Tendría que hablar sobre esto con su contacto de Madrid. Quizá solo estaban haciendo un seguimiento de sus actividades. «No te pongas nervioso», se dijo. «Han revisado las cámaras de vigilancia callejera. Sí, ha sido eso».

Estaba decepcionado. Ahora tendría que actuar con rapidez.

Antes de salir de esa calle y entrar en otra con numerosos transeúntes, volvió a mirar hacia atrás. Allí lo vio, oscuro y siniestro, escondiéndose detrás de un contenedor.

Continuó hacia adelante, adentrándose en la calle, perdiéndose entre los transeúntes.

David intentó empujar la trampa.

—Parece que está atascada.

—No puede ser.

—Silencio —le ordenó, llevándose el índice a los labios.

—Hay gente ahí arriba —murmuró Zakir.

—Acaban de utilizar un soldador.

—¿Cómo lo sabes?

—El olor a soldadura. Ahora están aplicando asfalto.

Se escuchó unos golpes pesados.

—Están utilizando palas.

—Vamos corriendo a la siguiente salida.

Tras unos minutos recorriendo el siguiente túnel, la situación era idéntica. Estaban sellando la entrada.

David llamó a Hassena desde el móvil de Zakir y le contó lo que estaba sucediendo. Ella se sorprendió, le pidió que se quedaran donde estaban y que averiguaría quién había dado la orden.

A los pocos minutos llamó y les comunicó que la había dado el DGP Rajendra Pachauri. Un modo de proceder extraño.

—Zakir hackeó su cuenta hace unas semanas, nada más tomar el puesto como director general de policía de Bombay. Que estudie lo que pueda, porque hay algo extraño. Yo voy a darle un toque de atención.

Zakir comenzó a teclear en su portátil. Le explicó a David que envió un correo *phishing* al director general de policía con un fichero de hackeo adjunto.

—Era una aplicación gratuita para un juego pornográfico, y el muy cerdo pinchó y se lo descargó. Ahora en tiempo real puedo acceder a su móvil y a todos sus correos.

En cuestión de minutos pudo tener un estudio sobre las actividades delictivas de Rajendra. Su patrimonio no concordaba con su salario mensual de funcionario.

—No es nada extraordinario —le dijo David.

El problema era su nivel de vida, solo el SEO de una compañía extranjera en la India podría permitírselo. La llamada más reciente que había recibido en su móvil era del ministro de Salud Pública de Maharashtra. Escucharon la grabación donde hablaban entre ellos sobre el secuestro de niños en las calles y el tráfico de órganos, y la importancia de capturar al culpable del asesinato de Irfaan. Inmediatamente, David volvió a llamar a Hassena. Puso el sistema de escucha manos libres.

—Para esta inmundicia la violación del cuerpo de un niño indefenso no es más que una manera

de atribuírselo en propiedad —dijo ella.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó David—. Estamos a unos cincuenta metros de la siguiente puerta de salida, que estará sellada.

—He mandado a un equipo a hacer una visita al tipejo de Rajendra, estarán llegando. Por otro lado, respecto al ministro, hay una posibilidad

—¿Cuál? —preguntó David.

—Estáis cerca del ministerio... —dijo Hassena.

—No estarás sugiriendo que yo... —añadió David.

—Un momento —le interrumpió—. Tarde o temprano tenemos que acabar con él, ¿qué mejor oportunidad se nos puede presentar?

Hubo un silencio incómodo.

—Explícate —pidió David.

—En el ministerio hay muchas cámaras de circuito cerrado. Es un edificio antiguo, inmenso. Parece un hospital. Absolutamente nadie sería capaz de acceder a su interior sin pasarse veinte minutos como mínimo recorriendo pasillos laberínticos hasta dar con el despacho del ministro, que para entonces tal vez ya no se encuentre allí. Pero acceder desde abajo ya es otro cantar. ¿Por qué zona estáis?

—Creo que por debajo de Ashok Tekdi —contestó Zakir pulsando teclas en su portátil.

—¿Y por dónde entraremos exactamente? —preguntó David.

—Podríamos acceder al garaje del edificio —añadió Zakir, observando el mapa de túneles en su pantalla.

—Para llegar allí andando tardaremos un día.

—Aquí veo que hay vagones de transporte. Nos llevará poco tiempo llegar a este punto, subirnos y empujar.

—¿Empujar? Esos vagones datan de antes de la Segunda Guerra Mundial.

En el ordenador de Zakir una larga línea roja terminó de bajar una serie de datos que él había solicitado del disco duro del ministro. Una serie de imágenes de niñas desnudas surgió en la pantalla.

—Dios mío.

—¿Qué es? —preguntó Hassena en tono imperativo.

—Una red de trata de blancas.

—Mándame ahora mismo todo el material, Zakir —ordenó—. Y empezad a moveros. Haré que ese cerdo se quede esperando más tiempo en su despacho.

En un primer momento las niñas de las chabolas y los suburbios más empobrecidos de Bombay se creían muy maduras, con su maquillaje y ropa sin estrenar, pero en realidad solo eran niñas con el cerebro tan emponzoñado que no eran conscientes del engaño, de la gravedad física y moral que les causaban unos inteligentes adultos. ¿A qué niña no le gustaba vestirse de princesa?

Unas horas después de su reunión con el profesor Urrutia, Laura se encontraba en su hotel tumbada sobre el edredón mirando un lugar del techo, absorta en sus pensamientos.

Intentó controlar el nudo en el estómago. No había lugar para especulaciones: Goyo, su superior, era culpable de haber infiltrado información confidencial sobre la operación al supermercado Mil Maravillas a Antonio Losada, alias *Dante*, en las comunicaciones entre ambos.

Llamaron a la puerta.

Laura fingió sorpresa cuando la abrió.

—¿Cómo has sabido que estaba en Bilbao?

—¡Qué no voy a saber trabajando en el Cervantes! —contestó Goyo Lebrede esbozando una sonrisa.

Laura mantenía la puerta abierta.

—¿Y a qué has venido?

—A visitar a unos familiares —contestó, sin rastro de su flema habitual: tenía un aspecto alterado y cansado—. Al saber dónde te alojabas, pensaba invitarte a comer en un sitio típico. Te gustará, vamos.

Goyo era consciente de la posibilidad más dañina. Si ella supiera la verdad, tendría que dar por acaba su carrera. No podría maquillar lo sucedido a su propia conveniencia. ¿O quizá sí?

Laura sugirió ir con su coche alquilado, aparcado justo enfrente del hotel, situación que había previsto consciente de lo que iba a suceder.

Arrancó el Mini Cooper.

—Es un restaurante muy aclamado de cocina vasca.

Laura frenó ante un semáforo en rojo. Luego aceleró, situándose enseguida en otro carril para ir más rápido.

Hubo un largo momento de silencio.

Goyo miró desconcertado a su alrededor antes de hablar de forma desapasionada.

—¿Con quién te has visto?

—A decir verdad, estuve en la Universidad de Deusto con un colega tuyo de hace diez años —explicó, esperando que con su tono y contestación directa le sugiriera una molestia.

Goyo sonrió. Alzó ambas manos, que se miró alternativamente, como valorando y estudiando lo que acababa de escuchar.

—¿De la universidad? ¿Para qué?

—Referencias —contestó, susurrando—. La política une a viejos amigos, ¿no es verdad?

El tono de voz de Laura le resultaba cada vez más y más exasperante.

Goyo admiraba la habilidad de ella para sonsacar a la gente. La miró con las cejas arqueadas

por la sorpresa.

—¿Soy sospechoso? —Su tono era sarcástico.

Laura miró el retrovisor y pisó el acelerador, saltándose un semáforo en ámbar: aborrecía la conducción pusilánime.

—Algunos quisieran manejar nuestra información secreta por razones más hipócritas, como el obtener votos para mantenerse en el gobierno, ¿no es así?

Hubo otro silencio, más incómodo que el anterior.

—¿Sabes qué? —preguntó con sequedad. Tenía las mejillas sonrosadas. El pulso se le había acelerado. Dentro de él estaba creciendo una sensación de impaciencia y añadió a regañadientes —: Creo que ya no tengo apetito.

Ella le lanzó una rápida mirada para luego volver su atención a la carretera. No supo decir si los ojos de él transmitían rabia o miedo.

—Yo ya lo perdí. Contaste a alguien algo que no debías, ¿no es verdad?

Goyo apretó los dientes.

—No voy a responder a todas tus preguntas. No porque no quiera, es que sé que he cumplido con mi deber y no debo darte a ti explicaciones.

—No voy a pedirte que salgas a la palestra y lo confieses públicamente en el Cervantes.

Él la miró fríamente, aunque sus ojos intentaban ser amistosos.

Habían salido del casco urbano y cruzado el barrio de Recalde y se encontraban por la zona del parque de Betolaza, en Uretamendi. La carretera comarcal estaba vacía a aquella hora de la noche, iluminada por los faros del vehículo y una luna creciente de un cielo sin nubes.

—¿Lo sabe Julián?

—Sí.

Él le lanzó una mirada gélida. Pero en su interior sintió una punzada de dolor atravesándole.

Por primera vez Goyo Lebrede encontró que su fría imperturbabilidad no le serviría de mucho. Había tomado decisiones por propia iniciativa, sin consultar con nadie. Había ideado operaciones al margen de los demás, pensando que si se llegaran a saber le apoyarían hasta el final. Pero no se había podido imaginar que se volvería todo contra él como un bumerán.

—Mira..., esto es muy complicado para mí. —Su expresión era amarga y torva.

La cara de ella se ensombreció.

Se acercaban a la confluencia con otra carretera comarcal, vieron carteles indicadores del desvío. Laura continuó la conducción, sabiendo hacia dónde iban.

—Dímelo, y ya está.

Tras unos minutos en los que prevaleció el silencio en el interior del vehículo, aceleró por una carretera de dos carriles mal iluminada. No había tráfico. Estaban ya a las afueras de Bilbao.

—Ya sabías lo que había hecho antes de dejar Madrid. —Como para subrayar sus palabras, miró por la ventana hacia algún punto lejano, abochornado porque había caído en una trampa como un novato—. Solo has venido a ver si mordía el anzuelo... y aquí me tienes.

—Así es. Lo has mordido.

—Para el coche, ahí —dijo señalando un lugar cualquiera del arcén; era una zona descampada—. No lo he hecho por mi carrera —reconoció Goyo, y con una voz extraña, temblorosa por la emoción, añadió—: Si he filtrado una información ha sido por el bien de nuestra organización.

—Ha muerto un operativo.

—Tres terroristas, y muy peligrosos.

—Ah, vale, ahora hay que tener en cuenta la aritmética. Podía haber muerto todo el Grupo A.

—En inteligencia se llama *invertir las prioridades* —dijo entre dientes.

—Es decir, ¿el valor humano entre nuestros operativos ya no es importante?

—Alfa era consciente del peligro. No me hables tú de valores morales.

—Y una mierda —dijo ella alzando la voz—. Él podía haber estado vivo y por si fuera poco has confabulado con un político a expensas del Cervantes, rompiendo el código de conducta más esencial.

Él salió del coche y Laura hizo lo mismo.

—Dile a Julián que lo siento —repuso Goyo, dándole la espalda, caminando despacio sobre la hierba húmeda—. Hablé con Antonio Losada únicamente —continuó diciendo—. Yo no he mantenido ninguna comunicación directa con ningún terrorista, eso díselo. Losada me prometió que si le daba información confidencial, conseguiría que grupos terroristas no cometieran atentados en España. El chivatazo lo dio él a algún contacto que debe de tener y este alertó a los hermanos Hameed.

—Lo entiendo —dijo Laura levantando la pistola.

Rajendra Pachauri cada vez más sentía que estaba a punto de iniciar una bajada sin frenos. Era plenamente consciente de que se estaba adentrando en un campo minado. Su futuro estaba en juego. Era el momento de resarcirse, de dar marcha atrás. Solo faltaba encontrar el momento.

—Dime que me traes buenas noticias —le dijo al oficial que acababa de entrar en su despacho.

—Señor, el laboratorio nos ha mandado los resultados.

Hubo una pausa.

—Venga, dime. No me tengas en ascuas.

—Lo han introducido en la base de datos y no han obtenido coincidencia alguna con ningún ciudadano indio.

Le sostuvo la mirada.

—¿Con qué fiabilidad?

—El ADN ha sido identificado con una seguridad del cien por cien. Alegan que es extranjero.

Los ojos de Rajendra se abrieron como platos.

El siguiente proceso sería mandar las muestras a un laboratorio más especializado. Esto requería rellenar formularios, llamadas de teléfono para que dieran prioridad, es decir, llamar la atención a las autoridades, algo que no quería.

—Debió de ser un ruso —zanjó—. Que destruyan las pruebas. Llama ahora al laboratorio.

El subordinado llamó y dio la orden.

—Ya está —confirmó después de colgar.

—Bien.

—¿Entonces?

—Entonces vamos a dar carpetazo a este asunto. Manda a los obreros a abrir las malditas puertas de acceso a los túneles. Fuera toda vigilancia, y dile a ese imbécil de la comisaria de Mulund que no quiero que intervenga en absoluto en este asunto. Invéntate algo.

—¿Algo? —preguntó el oficial arrugando la frente.

—Que es un agente infiltrado de la policía. La posibilidad de rectificar errores no se presenta a menudo.

Rajendra permaneció cavilando sobre lo sucedido.

Si el asesino a sueldo era extranjero, significaría que el crimen organizado de un país como Rusia estaría metiendo sus narices en la red de tráfico de órganos. «O igual solo estén interesados en la prostitución de niños». Lo que le faltaba era que el sospechoso muriese como una rata como había dado la orden, y los gánsteres extranjeros fueran contra él. «Esto cada vez más huele a muerte, fracaso y una carrera destrozada».

Estaba pensando en redactar una jubilación anticipada alegando motivos de salud, cuando oyó

una serie de golpes y gritos que súbitamente eran ahogados.

—¿Pero qué demonios está sucediendo?

Un grupo de hombres armados irrumpió en su flamante despacho acondicionado. A punta de pistola le dijeron que cierta persona quería hablar con él por teléfono. Rajandra cogió el aparato móvil que le tendían y contestó. Cuando supo quién era, se mordió el labio inferior con tanta fuerza que sorbió el ligero sabor salado de la sangre. Se sintió sobrecogido. Aquella mujer tenía fama de ser implacable en castigar físicamente a quienes iban en contra de sus intereses. Había oído cosas tan terribles que harían que los métodos de torturas empleados por el crimen organizado ruso, albanés o procedente de cualquier parte de Europa del Este fueran un simple juego de niños.

Antonio Losada era miembro de un exclusivo gimnasio gay en el centro de Madrid. Allí realizaba ejercicio bajo el atento seguimiento de un entrenador personal. Solía ir de vez en cuando. No mantenía una rutina debido a la cantidad de compromisos que debía cumplir en su agenda de trabajo del ministerio. Pero cuando iba lo hacía a altas horas de la noche. Excepto por alguna personalidad conocida del sarao madrileño, pocos clientes solía haber. Como era costumbre, luego se metía un rato en la sauna y, una vez duchado y cambiado, salía al exterior, donde el conductor y el guardaespaldas lo esperaban para escoltarlo hasta su domicilio.

Aquel día, al ser festivo en la Comunidad de Madrid, había acudido al mediodía. Después de completar su habitual rutina, cuando bajaba las escaleras se encontró con cuatro personas con ropa deportiva discutiendo acaloradamente. El aspecto físico de uno de ellos le produjo una provocación interior, acentuada por la forma de expresarse en español con acento que le pareció ser venezolano o dominicano, no supo concretar. Se quedó quieto en un escalón superior observándolos. Llevaban camisetas ceñidas de tirantes, que acentuaban los muscudos brazos y pectorales. De repente empezaron a empujarse con aspavientos amanerados.

Uno de ellos acusaba a otro de coquetear descaradamente con su novio, mientras que el otro le respondía llamándolo farandulero. Antonio Losada sonrió para sí, disfrutando de aquella escena. Los amigos de uno se expresaban con maneras cursis, los del otro bando le llamaron maricón de playa y mamarracho. El espectáculo era tan hilarante que el ministro bajó unos peldaños con la intención de intervenir, pero en verdad con el fin de iniciar una relación con aquel simpático grupo.

Como obstruían el paso, el guardaespaldas se vio en la necesidad de aproximarse. Sin que lo viera venir, uno de los musculitos sacó un arma.

Todo fue tan rápido que más tarde nadie pudo describir con precisión quién había efectuado el disparo que acabó con la vida del ministro Antonio Losada. El guardaespaldas recibió tal golpe en la cabeza que lo dejó sin conocimiento hasta que llegó la primera ambulancia. En cuanto al chófer, no pudo ver nada, porque al oír el disparo se escondió debajo del asiento.

No se dio la noticia oficial de inmediato, dado el lugar tan comprometido en el que había sucedido el asesinato, y por la decisión de encontrar un motivo plausible que hubiera justificado el magnicidio. Ante la sorpresa de los investigadores policiales, las cámaras de seguridad exteriores no pudieron captar nada porque estaban apagadas.

Fue ya entrada la noche cuando oficialmente se anunció que el ministro había fallecido por una bala perdida cuando se interpuso valientemente en una trifulca entre pandilleros de bandas latinas. Así lo atestiguó el testimonio del guardaespaldas, que aquellas personas hablaban en un español latinoamericano.

Las reyertas entre bandas latinas habían estado sembrando el pánico en barrios de Madrid desde hacía tiempo. El ministro simplemente estaba en el lugar y en el momento más inoportuno. De ese modo se le condecoró póstumamente con grandes honores a su valentía y heroísmo. Los medios de comunicación airearon durante los siguientes días la violenta rivalidad en ciudades españolas entre bandas de ecuatorianos y dominicanos, hasta que otras noticias de diferente ámbito fueron acaparando importancia en la mayor franja horaria de consumo.

Hubo un intento de interponer una demanda para penalizar económicamente a la empresa privada dueña del gimnasio, pero el caso se cerró sin mucho ruido mediático. Más tarde algún inoportuno periodista que acabó como corresponsal en África publicó en su blog, posteriormente suprimido, que aquel gimnasio era una franquicia de la empresa de saunas gays expandidas por distintitos lugares de España, cuyo mayor accionista era el suegro del presidente del gobierno.

Zakir caminaba agarrado a la camiseta de David mientras que con la otra mano observaba el monitor de su ordenador.

—Espera. —Soltó la camisa de David, sujetó por abajo el aparato y con la otra mano tecleó —. Hay dos túneles que pasan por debajo del edificio del Ministerio de Salud. Por motivos de suministro de electricidad y energía abrieron uno más.

—Si siguen así, construirán una nueva ciudad en el subsuelo de Bombay.

—La razón es que es un edificio antiguo, de estilo victoriano, utilizado antaño como administración pública de los británicos. La verdad es que está que se cae.

—Por eso leía hace unos días en el periódico que han anunciado abrir un enorme parking subterráneo para todos los coches de la ciudad. Bombay se ha ido construyendo desde el imperio de Ashoka sobre sí misma una y otra vez.

—Pues lo llevan crudo. Lo sorprendente es que toda esa infraestructura no se venga abajo en cualquier momento.

—Son propuestas vacuas que lanzan los políticos en previsión de las próximas elecciones.

Reanudaron el camino y llegaron al lugar, donde encontraron los pequeños vagones de transporte, paralizados en las vías. Zakir subió un interruptor y se encendió una bombilla proyectando una luz amarilla.

Se oyó un siseo.

—No te muevas —le ordenó David.

Zakir se encontró cara a cara con una cobra.

El siseo continuó a ritmo constante. David intentaba ver las marcas de la serpiente y así evaluar el peligro.

—Es venenosa.

—Vaya, no me digas.

—Tú no te muevas —dijo levantando la mano para llamar la atención de la cobra.

El amenazante animal hacía bajar la cabeza cada vez que exhalaba. Zakir movió el pie derecho, y la serpiente izó su cabeza triangular sacando la lengua. Iba a atacar cuando recibió un tiro. El ruido resonó en el túnel.

David se guardó la pistola en el costado.

—Metete dentro. Yo voy a empujar.

David bajó la palanca y comenzó a empujar. Poco a poco iba cogiendo velocidad, hasta que en un momento determinado saltó de un brinco al interior.

Zakir, sentado con las piernas entrecruzadas y el portátil a sus pies, observaba la ruta.

—Me tendrás que avisar cuando nos acerquemos para ir frenando —advirtió David.

Zakir levantó el pulgar al aire.

En un apartamento del barrio de Santutxu, en Bilbao, el profesor Urrutia se disponía a ver una serie de televisión cuando su móvil vibró. Leyó con sorpresa, pero con entera satisfacción, que una alumna suya estaría tocando la puerta dentro de cinco minutos. El mensaje iba acompañado de una serie emojis y de un gif que no dejaba duda alguna sobre la intención de la visita.

Se frotó las manos, apagó el televisor, fue corriendo a su cuarto, se desnudó, se perfumó, se puso la bata y bajó corriendo patinando por el suelo encerado. Abrió el congelador y sacó una botella de vodka. Puso dos vasos llenos de hielo sobre una bandeja y exprimió unos limones. El interfono de la entrada del edificio sonó. Él se apresuró en llegar a la puerta y, sin ni siquiera preguntar, pulsó el botón de apertura. La chica tardaría dos minutos en coger el ascensor y subir.

Se peinó con las yemas de los dedos frente al espejo del vestíbulo. Oyó detenerse el ascensor, abrirse la puerta y cerrarse. Echó una última mirada a su reflejo en el espejo. El timbre sonó. Abrió la puerta de golpe con una sonrisa incandescente.

—Agur —dijo Laura levantando su pistola con silenciador.

Un disparo le dio en la frente. Al caer, el cuerpo recibió dos más en el pecho.

En el interior del coche quitó el silenciador. Desmontó el arma. De las once balas del cargador, había utilizado solo seis. Tres para cada objetivo. Las piezas las fue guardando en distintas bolsas de plástico. No debía tocar la pistola a menos que llevara guantes. Por eso roció con pulverizador cada parte del arma. La escama de piel más ínfima o incluso una gota de sudor podría identificarla. De camino al hotel donde se alojaba, fue tirando las bolsas de plástico en distintos contenedores de basura. Por último, se deshizo de los guantes.

El ministro de Salud Pública de Maharashtra recibió la inesperada llamada del director general de policía. Le comunicó que tenía una información confidencial que compartir sobre el asesinato de Irfaan y sus hombres. Le pidió confidencialidad en su visita. El ministro mandó a su secretario a casa, pero antes le ordenó que despidiera al enjambre que esperaba en la sala anexa para mantener reuniones con él. A los de seguridad les ordenó que se quedaran en la entrada del edificio y no subieran a la cuarta planta, donde tenía su amplio y ventilado despacho, con grandes vistas a la ciudad de Bombay.

—Desde luego si unos terroristas se lo propusieran, harían volar todos los edificios emblemáticos. —Zakir señaló a David un mapa—. ¿Sabes qué es esto?

—Un mapa, ¿no?

—Es el plano del ministerio. Lo he conseguido de los informes de ingeniería civil. Estos funcionarios tienen sus sistemas tan desorganizados que hasta un tonto les podría birlar toda información.

Comenzó a explicar la idiosincrasia de la construcción de aquel edificio con aburridísimo detalle pero con un orgullo infinito.

—Ahórrate la verborrea y dime cómo entro.

Zakir hizo un gesto de indefensión, esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Fíjate aquí —señaló un punto en la pantalla—. Es el conducto para el suministro de electricidad. Una vez que pases ese pasillo te encontrarás con la entrada de acceso al interior. Hay un ascensor interno —siguió rastreando en el plano accediendo a esquemas—. ¿Ves?

—Sí tú lo dices...

—Tú coge el ascensor que llega hasta el ático del edificio.

—Parece un cubículo muy pequeño.

—Lo es. Quizá esté hecho para un técnico o dos, como máximo.

David se dispuso a marchar por el contiguo túnel lleno de rieles para el transporte de mercancías.

—Si no vuelvo en media hora, tú te marchas de aquí y sales por la siguiente trampilla al exterior, ¿entendido?

—Deseo que vuelvas, porque tenemos pendiente un partido de fútbol.

—Lo digo en serio, Zakir. No más de treinta minutos —le ordenó.

—De acuerdo.

Desapareció por el túnel. Accedió al pasillo lleno de cables y suciedad. Por el suelo había botellas de vidrio vacías y latas de Kingfisher y Tuborg Strong. Una caja de cartón estaba invertida. Encima había un juego de cartas. Aquel lugar era un refugio para los técnicos del

ministerio, que pasaban allí las horas haciendo que trabajaban.

Llegó al final del pasillo. Con una ganzúa forzó la puerta de metal. Vio que no había ningún ascensor. Era un montacargas antiguo.

—Vaya modernidad —dijo observando el interior de aquel armatoste de madera, a imagen y semejanza de un ropero sin puertas.

Estuvo mirando a ver por dónde estarían los botones, cuando se dio cuenta de que no había. Al lado de una palanca anunciaba en hindi en una pequeña placa de metal las palabras «Subir» y «Bajar». Entró en aquella cabina, se mantuvo quieto en el interior y movió la palanca a «Subir». Con un alarmante chirrido, comenzó a ascender.

Pasaron unos momentos hasta que la pared de cemento que tenía delante desapareció y era sustituida por un pasillo mal iluminado. El montacargas se detuvo.

Caminó por un pasillo cuyas paredes eran de un color blanco típico institucional indio, desconchado y con manchas rojas de escupitajos por tabaco de mascar.

Llegó a una puerta, la abrió lentamente. Observó el exterior. Los ojos de David se entornaron. Había cuatro hombres que por sus vestimentas pertenecían al servicio de seguridad del ministro. Uno de ellos estaba fumando, lo que sugería que estaban lejos de su jefe, tomándose un descanso. Observó que otro tenía en la mano una porra de madera maciza.

Sin duda, Hassena habría hecho que el ministro, a través del comisario, los alejase de su despacho, dedujo David. Pero ¿cómo llegar a la cuarta planta sin pasar por delante de ellos?

Cerró de nuevo la puerta y se quedó pensando si volver donde había dejado a Zakir para estudiar otra vía de acceso. El montacargas solo llegaba hasta ese punto, no hasta el ático, como le había señalado Zakir en el plano. Decidió no seguir malgastando el tiempo intentando buscar una mejor opción. Hasta el momento había demostrado qué tenía que hacer y cómo hacerlo. Decidió salir.

—Hola. ¿Alguien tiene un cigarrillo? —preguntó acercándose a ellos con rapidez.

Los cuatro se quedaron sorprendidos al ver a una persona acceder al edificio por aquella puerta que ni siquiera pensaban que existiera.

Aquel intruso no estaba musculado como ellos, inflados de esteroides y de horas de gimnasio levantando pesas. Pero algo irradiaba en sus movimientos, un silencioso aire amenazante.

El hombre de la porra se abalanzó hacia él. Aquel palo tenía una fuerza tremenda, más que ningún pedazo de metal. David apartó la mano, le dobló la muñeca, lanzó el cuerpo en un arco brisco y con el codo doblado se lo hundió en el rostro, partiéndole la nariz.

El segundo corrió hacia él, no tuvo tiempo de lanzar ningún golpe: David le descargó un gancho con el canto de la mano de abajo arriba con todas sus fuerzas que le hizo saltar hacia atrás y caer al suelo. Otro intentó pegarle un puñetazo, David se giró y le golpeó con el canto de la mano en el cuello. El cuarto hombre le lanzó una patada y David le agarró el pie, dio un paso hacia adelante y le lanzó un golpe rápido y seco aplastándole la nuez de Adán; el hombre cayó al suelo mientras jadeaba como un pez.

Tenía que actuar con rapidez antes de que diesen la voz de alarma. Corrió escaleras arriba. Cuando llegó a la cuarta planta, tomó aire despacio, su pecho subía y bajaba. Avanzó hasta la puerta del despacho. Accedió al interior: una amplia recepción con pantalla plana, banderas y revistas en una mesita de café rodeada de un sillón en forma de ele.

—¿Quién es usted? —preguntó mostrando su perplejidad. Su expresión era lúgubre, como la de un cirujano en un quirófano.

Para David era fácil detectar los signos sutiles en las personas. Aquel hombre era un depredador sexual de chicos y chicas que utilizaba su puesto de poder como ministro en perpetrar

sus crímenes.

El ministro de Salud Pública se incorporó asustado.

—¡No serás capaz de tocarme ni un pelo!

—Tengo los medios para mover tierra y cielo y conseguir lo que me propongo.

El ministro cogió el portalápices y se lo lanzó, luego todo lo que tenía a mano sobre la mesa. David se aproximó esquivando los objetos lanzados al aire.

Le dobló el brazo y, empujándole con el brazo en la espalda, le agarró de la cintura, cogió impulso y lo lanzó contra la ventana. El ministro cayó al vacío y su cuerpo se empotró sobre el techo de un coche oficial.

Cuando bajaba la escalera se encontró a tres hombres de seguridad ensangrentados y magullados. Era evidente que estaban cegados por la rabia y sedientos por atrapar a aquel intruso. Con una soberbia sincronización de la mano y breves pero fugaces golpes, David golpeó al primero que subía los escalones de dos en dos en el costado, justo encima del riñón. Los ojos del hombre se abrieron exageradamente. David lo empujó haciendo que cayera sobre un compañero dando tumbos por la escalera. El tercero intentó en vano atrapar a David, pero este le dobló la mano y, retorciéndosela, le dislocó el brazo y le empujó sobre los otros dos hombres que yacían escalones más abajo, aturdidos e incapaces de levantarse.

Tras recorrer el camino de vuelta, desapareció con el montacargas en las profundidades del subsuelo de Bombay.

De camino de vuelta a Madrid Laura García observaba su propio reflejo en el cristal. A diferencia de a la ida, ahora el vagón estaba casi vacío y había conseguido viajar en primera. Solo había pasado un día y sentía como si hubiera estado lejos de casa mucho más tiempo.

La muerte de Goyo le había afectado no más que otro incidente en su profesión. Era consciente de que no le haría ningún bien seguir pensando en ello. Su cuerpo lo encontrarían y, tras las debidas pesquisas oficiales, se llegaría a la conclusión de que había sido un asesinato entre bandas rivales de Europa del Este por el dominio del crimen organizado en España. Dentro del bolsillo de Goyo había metido documentación falsa. Desde el Cervantes se encargarían de manipular cualquier referencia electrónica que se mencionase al respecto, dando carpetazo administrativo.

Cuando lo vio en el umbral de la puerta de su hotel parecía el mismo Goyo de siempre. Pero ¿quién era el Goyo de siempre? ¿Cómo se le pudo ocurrir compartir información de una operación del Cervantes con un político? ¿No pensó que había puesto en peligro a toda la organización?, se preguntaba amargamente. Ni remotamente Laura habría pensado que él hubiese podido caer tan bajo. Cerró los ojos dividida entre verter lágrimas de rabia o de tristeza, no derramó ninguna. Mientras abandonaban el País Vasco, los bajos bancos de nubes taparon el sol, convirtiendo el cielo en una espesa bruma gris. Empezó a llover, primero en cortas, pero luego en densas cortinas de agua que caían sobre el cristal del vagón.

Echó un vistazo a los periódicos digitales en su móvil: el fichaje de un futbolista estaba causando furor en determinado club de primera división, los políticos se abroncaban en el parlamento sobre la crisis que había socavado el coronavirus durante la época de confinamiento, que la oposición denominaba «arresto domiciliario» y un largo etcétera aburridamente familiar.

Llegó a mediodía a Madrid. Un Mercedes-Benz Clase C con los cristales tintados le estaba esperando en la salida de la estación; le condujo directamente al Cervantes.

Julián estaba pensando en Goyo Lebrede. Lo había adiestrado y reclutado. Había sido su amigo y era bueno en su trabajo. En un pasado no muy lejano lo había considerado un digno sucesor suyo. «¿Por qué desde un primer momento no le puse contravigilancia?». Recordó las palabras que Varun Grover le dijo en su momento: «Si no me mantengo silencioso en este contraespionaje a mi superior, lo detectará y, antes de que obtenga un texto implicatorio, cabe la posibilidad de que descubra que le están espionando».

Sentado a su mesa todo aquello daba vueltas y más vueltas en su cabeza.

Apretó al interruptor al ver en la pantalla que Laura llamaba a su despacho. Al entrar cerró despacio la puerta detrás de sí.

El cabello de Laura, normalmente peinado hacia atrás para remarcar sus rasgos, ahora

destacaba un rostro ojeroso y cansado.

Julián le indicó con un gesto que se sentara.

—Ha debido de ser duro para ti —dijo jugando con su estilográfica entre el pulgar y otro dedo.

Ella se dio cuenta de que Julián intentaba animarla.

—Sí que lo ha sido —dijo encogiéndose de hombros—. Lo conocía desde hacía años. Pero su traición ha causado la muerte de un operativo y ha puesto en jaque a esta organización. A ti, a mí, a todas las personas que hay trabajando en este edificio y al presupuesto millonario que manejamos.

—Era un auténtico solitario —aseveró. Dejó la estilográfica sobre la mesa y juntó las manos.

—Hasta los mejores agentes del mundo acaban con la necesidad de confiarse a alguien. Él lo hizo con el ministro Losada. Al fin y al cabo, en el mundo de la espiocracia todos somos humanos.

—Cuando tengamos un respiro debemos pararnos a analizar lo ocurrido y cómo ha ocurrido. Era bueno en su trabajo, dedicado, lo disfrutaba, pero llevaba a cabo una actividad con unos fines distintos a los tuyos y a los míos, y esto es lo que le ha hecho caer. Tenemos que comprender por qué nunca notamos nada raro en él.

—Tendremos que hacer una investigación interna. Ha puesto en riesgo todo aquello por lo que nosotros trabajamos, la esencia más elemental. Negarlo sería admitir que el operativo Alfa murió por nada. Goyo se equivocó al moverse en el laberinto de espejos.

—Eres valiente y muy fuerte —aseguró Julián, frotándose pensativo la mandíbula—, pero debes empezar a preocuparte por ti misma.

—De acuerdo —aceptó ella tranquilamente. Detestaba mostrarse sentimental.

—Tengo una idea de lo que estás pasando en estos momentos. —Titubeó ligeramente—. Si quieres tomarte unos días de descanso, de verdad que lo comprenderé.

—Estoy bien, no quiero que pase ningún día más sin que tengamos cogido a Saif Khan —dijo con voz tranquila y razonable.

—Este es el informe elaborado sobre él.

Laura lo leyó por encima. Observó la foto de perfil del terrorista. Tenía el cabello liso y de color negro, el mentón ancho y la nariz chata. Parecía un joven Javier Bardem.

—Es alguien potencialmente explosivo.

—Gracias a unas ansias de ser revolucionario más un incubado rencor contra Occidente.

Desde la sala de operaciones del Cervantes Laura García dirigía la operación al asalto de la residencia de Saif Khan en Barcelona por el Grupo A, el equipo de Acción Rápida.

A través de las cámaras adosadas a los cuerpos de los operativos, según su importancia Varun iba colocando en la pantalla principal una imagen detrás de la otra, como si fuera el mejor editor de películas de acción de Hollywood.

Los hombres cubiertos con pasamontañas y chaleco antibalas portaban rifles de asalto. Uno de ellos colocó un artilugio cilíndrico sobre la puerta. Se oyó un crujido, la puerta cayó derribada tras un pesado estrépito. Se abalanzaron todos al interior.

La pulcritud y la modernidad eran abrumadoras. El suelo era de madera. Los muebles y la decoración parecían que habían salido calcados de un catálogo de IKEA.

—Qué bonito lugar —dijo Laura viendo las imágenes—. Le gusta la vida, está atado a bienes materiales, nunca será un *shahib*.

Era difícil imaginar cómo podía permitirse ese apartamento tan espacioso y más que confortable, en una zona exclusiva de Barcelona.

—O siempre habrá sido así de ordenado o habrá hecho limpieza antes de poner pies en polvorosa —dijo un agente a través de su pinganillo.

Los vecinos del edificio se sobresaltaron. En el rellano de las escaleras un operativo llamaba a la calma y, fingiendo que eran del cuerpo de policía, les indicaban que permanecieran dentro de sus viviendas.

—Somos del cuerpo especial antidroga —le dijo a una pareja de mediana edad, que se asomaron por la puerta y le cuestionaron.

—Ay, Jesús —dijo la señora—. ¿Qué apartamento?

—El sexto izquierda. Por favor, manténgase en el interior hasta que acabe el registro.

—Se marchó ayer por la tarde —dijo de sopetón el marido.

—¿Llevaba equipaje?

—Sí. Una maleta.

—Gracias, permanezcan en el interior.

En el Cervantes habían escuchado la conversación.

—Varun, repasa las imágenes del aeropuerto de El Prat. Debió de coger un vuelo a la India o Pakistán con conexión a otra ciudad. Mira los vuelos que hay Barcelona-Catar, Londres, París, Frankfurt, Milán. Estos son en los que habría obtenido asiento en tan breve plazo.

Varun asintió impaciente mientras rápidamente tecleaba otra consola como si tuviera tentáculos por manos.

Un operativo entró con un perro labrador. Le soltó la correa y el perro comenzó a oler todo

agitando la cola sin parar. Olisqueando por el suelo se detuvo en una alfombra de baño mezcla de chenilla y algodón, junto a un armario. Cuando lo abrieron se encontraron fertilizante.

La voz del encapuchado operativo se escuchó alta y clara en la sala de operaciones al tiempo que veían a través de la cámara las imágenes de distintos botes de diferente tamaño.

—Ha estado preparado explosivos. Se nos ha escapado precipitadamente.

En la sala de operaciones Varun levantó el brazo, llamando la atención.

—Ha cogido un vuelo a Bombay —anunció mostrando las imágenes del aeropuerto de El Prat.

—¿Qué hora era? —preguntó Julián.

—Seis de la mañana.

—A esta hora ya habrá cogido el segundo vuelo de enlace a la India —añadió Laura.

Se veía a Saif Khan empujando una pequeña maleta de ruedas y su otro brazo en cabestrillo.

—Desde luego viaja con poco equipaje para poder moverse rápidamente —dijo Laura.

—¿Y ese brazo en cabestrillo? ¿Un accidente doméstico?

—No lo creo —aseveró Laura—. Es un truco para distraer al personal de seguridad del aeropuerto, para que no se fijen en su rostro.

Lo vieron cruzar el control de seguridad, luego el de pasaportes y esperar frente a la puerta de embarque. Varun accionó la grabación para evitar los treinta minutos de espera, y le vieron con absoluta normalidad formando la cola para acceder al avión. Hasta tuvo la deferencia de recoger la tarjeta de embarque que se le había caído a una señora de mediana edad situada delante de él.

LA CONFIANZA EN DAVID RIBAS

Bajando las escaleras metálicas calculó que abajo habría más de doscientas personas en las diferentes colas. Habían coincidido vuelos internacionales procedentes de distintos países. Jugaba con unas horas de ventaja, quizá un día, hasta que supieran que había huido de España. Una vez que hubieran revisado las imágenes del aeropuerto de El Prat, sabrían que su destino era la India.

Se ajustó el brazo en cabestrillo. Una docena de funcionarios con rostro inexpresivo comprobaban los pasaportes de los recién llegados al Aeropuerto Internacional Chhatrapati Shivaji de Bombay. Enseguida se encontró aprisionado en medio de una conglomerada cola de gente de todo tipo.

Los niños lloraban. El aire acondicionado luchaba por hacerse notar. Le pareció que los dos indios que tenía enfrente iban vestidos en un estilo de los años ochenta: chaqueta oscura, camisa chillona de color carmín y amarilla con las solapas por fuera, y zapatos negros de cuero de imitación terminados en punta, a simple vista excesivamente largos para el tamaño normal del pie. Al lado de ellos un grupo de mujeres, posiblemente las esposas y las suegras, vestidas con coloridos saris, portaban pasaportes británicos y hablaban a sus pequeños en un perfecto acento inglés.

A Saif Khan le vinieron a la memoria las películas antiguas de Bollywood que sus padres solían ver en casa cuando él era pequeño, y que su padre tenía puestas durante todo el día sin volumen para verlas en el monitor que hizo instalar en un rincón alto sobre la caja registradora del supermercado.

Cuando le tocó el turno Saif entregó su pasaporte con una sonrisa y mantuvo la cabeza recta, sin perder el contacto visual con el oficial: junto con el truco del brazo en cabestrillo, sabía que este era uno de los efectos para conseguir que el hombre se sintiera molesto y quisiera quitárselo de encima enseguida. El funcionario pasó su pasaporte español por el lector, lanzó una mirada a Saif, escudriñando su cara un par de segundos, realizó un leve asentimiento, cerró el pasaporte y se lo devolvió.

Se dirigió a una de las diversas ventadas de cambio de divisas. Tras observar cómo estaba mejor el cambio, se decantó por una de ellas y cambió mil euros a rupias indias. Los numerosos fajos de billetes los guardó en su mochila.

La zona de llegadas estaba atestada de gente que esperaba recibir a los pasajeros. Chóferes privados y de cadenas hoteleras sostenían carteles y papeles con nombres escritos; familiares y amigos propinaban codazos y berreaban para hacerse ver a través de las pasarelas metálicas.

Saif estuvo a punto de perder la paciencia con una familia numerosa que acababa de ser recibida por sus parientes indios y que le bloquearon el paso. «La típica falta de civismo entre los indios, el no pensar en los demás», recordó que un día le había dicho su padre sobre la falta de

empatía de los indios al ver en una parada de bus en Barcelona como una pareja de origen indio se saltaba la cola para subir al autobús que acababa de parar.

Tras obtener permiso a regañadientes, salió al exterior.

Tuvo que hacer caso omiso de un hervidero de conductores privados que andaban a la caza y búsqueda de los recién llegados. Se dirigió a la cola de taxis administrada por el gobierno.

Mientras esperaba su turno quedó aturdido por aquel enjambre de gente por doquier. Era la primera vez que había visitado la India. Cuando viajó al campo de entrenamiento en Pakistán, prácticamente no vio nada urbano desde que le recogieron en el aeropuerto de Lahore con una furgoneta sin ventanas traseras. Más tarde solo veía campo y montañas. Lo que presenciaba en la India le daba asco. Ahora comprendía por qué sus padres habían emigrado a un país occidental como España.

Una vez que obtuvo el papel con el número de matrícula, se dirigió al parking, donde cogió el taxi negro en dirección a la estación de autobuses. Por el camino se quitó la correa que mantenía ajustado el brazo en cabestrillo, y lo guardó dentro de su maleta de ruedas.

Los había visto en la terminal de llegadas, y ahora en la estación de autobuses. No llevaban equipaje. Cuando él entró al autobús esos dos hombres hicieron lo mismo. Se sentaron al fondo, ocupando cada uno un asiento de pasillo.

Saif se jactaba de tener una prodigiosa memoria fotográfica. Cuando era pequeño y su padre no se acordaba del precio de un determinado artículo, le preguntaba a él qué precio estaba puesto en la estantería. En pocas ocasiones olvidaba lo que veía. El instructor que tuvo en Pakistán supo sacar partido de ello. Le dijo que el cerebro humano era capaz de registrar todo, pero que no todo el mundo podía recordar lo que la mente almacenaba.

Tras siete horas por carretera para recorrer ciento setenta kilómetros, el autobús Volvo con aire acondicionado llegó a la ciudad de Nashik.

Denominada como la capital del vino de la India, Nashik es famosa por su entorno pintoresco y su agradable clima, un elevado nivel de vida y sus zonas verdes. Además, está considerada una de las ciudades de mayor crecimiento en toda la India. La ciudad vivió un gran desarrollo en el año 2002 con la apertura de grandes centros comerciales, la creación de infraestructuras e instituciones educativas.

Saif salió de la estación empujando su maleta de ruedas, se volvió hacia atrás distraídamente: los vio en la parte interna de la acera, para poder esconderse dentro de una de las múltiples tiendas en caso de necesidad.

A través del reflejo de un escaparate de una tienda de ropa vio a uno de ellos caminando por su misma acera. ¿Dónde estaba el otro?

Sumido en sus pensamientos casi tropezó con un ciclista que frenó en seco mientras le soltaba un improperio en un idioma que no supo entender. Pero Saif aprovechó el incidente para mirar distraídamente hacia atrás, y lo vio. Tenía sentido, el segundo hombre tomaba posición en paralelo en el lado opuesto de la calle.

Dio unos pasos hacia adelante, agarrando el manillar de la bicicleta.

—Se la compro —le dijo en inglés.

—Ni hablar. No se vende.

Saif sacó un fajo de billetes.

—Al cambio en cualquier Western Union tendrás para dos bicicletas.

El hombre, vestido con su lungi, bajó del asiento y cogiendo el dinero le dijo, sonriendo:

—Toda tuya.

Saif se subió y, cogiendo del asa la pequeña maleta, se introdujo pedaleando en el denso

tráfico. Detrás de él un SUV Fiat Avventura de color marrón recogió a los dos hombres.

Saif serpenteó entre los coches. Un semáforo en rojo le obligó a parar y bajar un pie. El tráfico lo encontró caótico, una locura. Lo que menos quería era tener un accidente y que sus perseguidores lo capturasen. ¿Quiénes eran? ¿El servicio de inteligencia indio? ¿Aquel que llamaban RAW? Había desestimado la capacidad de los indios a localizar sospechosos. Miró hacia atrás, el coche SUV deportivo en el que los había visto subir rugía por delante de otros vehículos. Decidió no demorarse más. Haciendo caso omiso del semáforo, pedaleó hasta subir a la acera. La lentitud del tráfico dejó a sus perseguidores atrás. Pasó como un misil por una rotonda. Cuando ya se dio cuenta de que los había perdido, dejó la bicicleta apoyada en una pared, y buscó un autoricksaw.

Una vez en el interior del vehículo, cogió un sobre del bolsillo lateral de la maleta, sacó una serie de documentos, entre ellos un mapa por satélite, que indicaba la localización exacta de un campo de viñedos a las afueras de Nashik. Con el dedo le señaló al conductor el lugar al que quería que le llevara. El conductor hizo un gesto al aire con las yemas de los dedos indicando que la tarifa sería muy alta, ya que estaba muy lejos. Saif le mostró dos fajos de billetes atados con gomas. El conductor apretó el pedal y la peste a tubo de escape llenó el interior del autoricksaw; lo hizo tan irrespirable que Saif tuvo que sacar la cabeza para tomar aire.

La carretera irregular estaba tan agujereada que parecía que jamás habría visto una apisonadora.

Tras una hora de viaje, cuando se acercaba a la bodega, vio que el edificio construido en aquel viñedo lo dotaba de cierto misterio. Parecía el caserón de un narcotraficante en Latinoamérica. El campo de vides incluso le pareció un enorme cementerio. Absolutamente siniestro.

Al entregar el dinero al conductor, alzó la cabeza y más allá vio el coche de sus perseguidores. «¿Cómo habían sabido adónde me dirigía?», caviló.

Entró al tranquilo vestíbulo y se dirigió a la recepción. Pasaron a su lado raudos empleados vestidos con batas blancas y con aires de absoluta seguridad. Conociendo la verdadera ocupación del dueño de todo aquello, siendo los vinos una pantalla para legitimar el verdadero negocio del contrabando, Saif pensó que esos dos perfectamente podían haber salido de un laboratorio donde se purificaba la heroína.

Preguntó a una mujer de anchos pómulos y pelo largo muy negro y recogido en trenza por el señor Arbaaz Ali.

—¿Y a quién debo anunciar?

—A Saif Khan.

Lo recibió un hombre con los cabellos muy oscuros y frente baja como la de un prehistórico. Era demasiado alto y corpulento como para ser de la zona. Iba vestido con un mono de trabajo. Le indicó que le siguiera. Saif se dio cuenta de que llevaba una pistola al costado.

Cruzaron varias parcelas en el exterior y entraron en otro bloque de edificios.

El hombre que quería ver estaba trabajando en la sala de fermentación. El olor dulzón a fermentación que había en el aire de aquella habitación hizo que a Saif le escociera la nariz.

En un rincón había muchos barriles de plástico de color blanco y tapa azul, productos químicos que se utilizaban en la bodega para la limpieza periódica de las cubas.

—No creo recordar haberte llamado. —Le miró a la cara y luego a su maleta de ruedas. Estampó una sonrisa falsa en su rostro.

Aquel hombre irradiaba un silencioso aire amenazante que impresionó a Saif.

—No he tenido más remedio.

Arbaaz Ali era un hombre grande, tenía un cuello de toro, levantaba pesas en un lujoso gimnasio y montaba en bicicleta estática cuarenta y cinco minutos todos los días.

—¿Te han seguido?

—No, no creo

Sus ojos lo traicionaron.

—No lo dices muy convencido.

—¿Por quién me tomas?

—Por un eslabón débil de mi cadena. —Arbaaz miró hacia el exterior.

Saif vio a los dos hombres que le habían seguido desde su llegada.

—¿Trabajan para ti?

Él asintió.

—Es decir, te han seguido, pero tú me has dicho que no.

—Pero si trabajan para ti —se excusó.

—Me has mentado, sabías que te seguían. Podía haber sido una organización de inteligencia o la policía.

Saif se dio cuenta por la expresión ceñuda de su cara que algo no marchaba bien. Además, había captado algo en su tono. Se mantuvo alerta.

—Yo he hecho mucho por la causa. —Se golpeó el pecho con el puño.

—Claro que sí. Nadie lo pone en duda.

—Pero siento que te molesta mi presencia, que no soy bienvenido. He huido de España y vengo a ti en búsqueda de ayuda. Porque ¿adónde voy a ir si no?

—Soy un fabricante de vinos. Concretamente de champán. Aunque los franceses no quieren que usemos ese término.

—Tu negocio es una tapadera como el mío lo fue en Barcelona.

—Ah, sí. La tienda de comestibles de tu padre.

—Pero la diferencia está en que el tuyo es más lucrativo.

—No, Saif. La diferencia está en que durante años yo me he labrado una reputación. Nadie se ha entrometido conmigo. Pero a ti te han detectado y si te relacionan conmigo, irán a por mí.

—Solo en estos momentos saben que dejé Barcelona. Nadie sabe que he venido hasta aquí.

Arbaaz asintió.

—Debes de tener hambre. Con el estómago vacío la mente no funciona a pleno rendimiento. Pero antes demos un paseo por el exterior. Deja tu maleta aquí.

Salieron a una amplia explanada. A lo lejos se veía un campo de viñedos. Sacó un porro de un estuche de metal, lo encendió y, tras una profunda calada, se lo ofreció.

—Esto te tranquilizará.

Saif lo cogió, se inclinó protegiendo con la mano la punta del porro. Pegó una bocanada profunda. Con los pulmones llenos de humo soltó un pequeño graznido cuando por detrás una sombra le puso una mano sobre la boca mientras que Arbaaz avanzaba y le clavaba un cuchillo en el costado izquierdo, entre la tercera y la cuarta costilla, hasta perforar el corazón.

Saif gimió, intentó en vano desasirse. No lo había podido imaginar. No quería morir así, tan lejos de España. Nadie sabría nada de él. Estaba acabado. Su vida había llegado a su fin.

—Haz desaparecer el cuerpo y la maleta —ordenó.

Mientras se mantuviera el cuchillo clavado no caería una gota de sangre al suelo.

El hombre empujó a Saif Khan hacia atrás; las piernas le cedieron y tuvo que ser sujetado por las axilas. Sufrió un espasmo: toda la sangre del corazón le había encharcado los pulmones.

Laura García era una mujer que no se dejaba intimidar por nada o por nadie. Desprendía una insólita serenidad sentada en la silla, con una pierna cruzada sobre la rodilla. Su asombrosa inteligencia se combinaba con una feroz determinación, características que la llevaron a lo más alto del organigrama de la inteligencia.

Desde el despacho de Julián Fernández llamó por una línea segura a su informante Saleem Abbasi, un musulmán perteneciente al círculo del extremismo islámico en Barcelona.

Mientras Julián permanecía con el aspecto serio sentado en su sillón, Varun estaba en un rincón de la mesa con su portátil encendido, grabando la conversación para analizar los tonos de voz y cualquier ruido de fondo que pudiera surgir solo perceptible a través de sus intrincados programas tecnológicos.

—Sabemos que Saif Khan ha viajado a la India —dijo Laura a través del auricular—. Quiero saber con quién se va a ver.

—Yo me ocuparé de él mientras tú mantengas la promesa de sacar de la cárcel a Souhail Belkassem y a Elkebir Maalouf.

—¿Hay una célula en alguna ciudad india que vaya a dar cobertura a Saif Khan?

—¿Tú me has oído lo que te he dicho?

—No sigas tentando a tu suerte.

—No me amenaces o dejaré de mantener contacto contigo.

—Eres un hijo de puta, Saleem.

Él se rio.

—No te voy a contestar empleando los mismos términos porque no caigo tan bajo. Soy una persona conciliadora y dispuesta al diálogo. Sé lo importante que fue que en su día tu gobierno mantuviera una línea de contacto con la banda terrorista ETA. Lo mismo hicieron los británicos con el IRA. Siempre ha sido así. Si se rompe la comunicación entre el representante en España del Estado Islámico con el gobierno español, será por culpa tuya y surgirá un reguero de sangre por todas las ciudades. Saif Khan ya no es nadie para nosotros. Su futuro no es ya de nuestra competencia. Dos semanas. Te doy dos semanas para liberar a Belkassem y a Maalouf.

La llamada terminó abruptamente.

Tras finalizar la conversación Varun Grover levantó la mano, llamando la atención.

—Saleem ha viajado fuera de España. Ha estado hablando contigo desde el extranjero, utilizando un teléfono satélite.

—¿Desde dónde?

—Bombay.

—Uf —suspiró Julián—. Esto se está desmadrando. ¿Cómo es posible que se nos haya

escurrido de las manos?

—Esperemos que mantenga un perfil bajo —dijo Laura—. No quisiera que los servicios de inteligencia indios lo detuvieran. Nos hace falta vivo.

—¿Cómo sabes que no te está dando largas? —preguntó Julián.

—En el pasado ha compartido información con nosotros.

Laura pensaba que la mejor forma de combatir el terrorismo islámico era pararse a comprender sus motivaciones. Entonces, en sintonía con los motivos de los radicales, podría conseguir adelantarse a sus movimientos.

—Él cree que está en comunicación con la Policía Nacional, por eso nos da la información que él quiere y cuando quiere —aseveró Julián—. Ten cuidado con que no esté jugando contigo. Puede filtrar comunicaciones cuyo propósito sea un plan de desinformación muy elaborado. Esta gente son expertos en estos embrollos, sobrados vamos de experiencia en la lucha contra el terrorismo.

Laura estaba pensando frenéticamente.

—Hemos detenido dos células gracias a la información que nos ha dado.

—¿A cambio de qué?

—Que dejásemos pasar un camión desde Francia.

—Que estaba lleno de explosivos.

—Los hicimos inservibles, Julián.

Él sonrió débilmente.

—El fanatismo nunca tiene sentido.

—Por este motivo es tan difícil de contrarrestar, pero no imposible.

—Aun así, ¿hasta cuándo vamos a jugar al ratón y al gato? —Julián volvió al tema—. Se dará cuenta de que no puede hacer uso de los explosivos y cometerá un atentado de lo más vil para hacernos saber nuestra traición. Nos llamará y exigirá nuevas demandas.

—Creo que es un buen momento para poner a Belkassem y a Maalouf de patitas en la calle. Hay que perseguir el dinero con el entusiasmo de sabuesos detrás de un preso fugado. Les seguiremos, accederemos a sus teléfonos, a sus cuentas bancarias, pondremos cámaras y micrófonos en sus viviendas y en las de sus familiares y amigos. Si les seguimos el rastro, daremos con Saleem una vez que vuelva de la India y con el mecenas de su célula terrorista.

—¿Fotos? ¿Imágenes?

—De Saleem tenemos hasta en el cuarto de baño. Pero del financiador de su célula, no. Es todo un profesional. Ha permanecido fuera de nuestro radar. No viaja al extranjero. No sabemos si está en Pakistán, en la India o en Gran Bretaña. Es un caso diferente. Mientras mantengamos suelto a Saleem, más probabilidades tendremos de dar con el que mueve el dinero.

La cara de Julián mostró preocupación.

—Cuando lo tengas, neutraliza a esas dos amenazas.

Julián pensó que Goyo Lebreo se había comportado de forma censurable. Había demostrado que era de la vieja escuela: mientras hiciera el juego con políticos, se aseguraría una permanencia en su puesto, pero con ansias de tomar en un futuro próximo las riendas del Cervantes. En cambio, Laura demostraba que era de una nueva época: la colaboración, sin darse cuenta de que estaba creando un ambiente de cinismo. ¿Estaría sobreestimando su capacidad? Los subalternos cometían errores garrafales por el deseo de complacer, esto es lo que les hacía vulnerables. «No tengo ni aliados ni amigos permanentes. No debo permitir que mis sentimientos personales entren en mi vida. Solo tengo intereses permanentes», se hizo recordar. Pero ¿había tomado una decisión inconsciente de que ninguna otra persona excepto Laura García podría ser la candidata perfecta

para ocupar tal puesto de responsabilidad?

—Tenemos que tomar una decisión sobre Saif Khan —intervino Laura.

En medio del silencio, Julián tomó aliento.

—Conocemos su relación con el terrorismo islamista en España, pero no su conexión con la India. Necesitamos allí a un excelente operativo. Alguien con un olfato único.

—Si quieres le llamo —dijo Laura con una sonrisita de complicidad—. No hace falta que menciones su nombre. Es un momento oportuno. No hay lugar para ceñirse a protocolos habituales. Es lo más ortodoxo que tenemos en la mesa.

—Aunque él esté de acuerdo contigo, no creo que acepte.

—¿Lo dices por lo mal que acabó vuestra relación?

Julián asintió.

—Creo que odia a esta organización —dijo con convicción absoluta—. ¡Cómo no iba a hacerlo después de enterarse de que ordenamos su asesinato!

Laura meneó la cabeza.

—Estoy convencida de que puedo convencerlo. Él confía en mí.

Julián se lo pensó un momento.

—Dudo muchísimo que se deje convencer.

—Tiene una personalidad inestable y, por tanto, manipulable.

—No lo sé. —De repente asintió con decisión y añadió—: Pero te doy mi aprobación. Exprímele todo lo que puedas. Menciónale solo a Saif Khan. A Saleem lo queremos de vuelta en España, lo que haga en la India nos trae sin cuidado.

—Puede que si atrapa a Saif, precipite el viaje de Saleem de vuelta a Barcelona.

Julián asintió, comprensivo.

—Cuando hables con él mantén una expresión neutra. Es importante que te sinceres con él. No le mientas, porque se daría cuenta de inmediato.

Rajendra Pachauri estaba recuperando la conciencia. La fenotiazina que le habían administrado perdía su efecto.

Un perro ladró en la lejanía. Le dio la impresión de estar dentro de un profundo lugar, quizá en un almacén vacío.

Parpadeó cuando le quitaron la capucha.

El techo alto estaba cubierto de planchas de aluminio. Unas palomas ululaban entre las vigas de hormigón. Hizo un movimiento para levantarse, pero se balanceó hacia un lado, se dio cuenta de que le habían atado a una silla de madera. Miró hacia abajo y vio que estaba fuertemente atado por los tobillos. Le habían quitado los zapatos y los calcetines. Todos sus músculos ardían. Aquel grupo de personas le habían metido una paliza en su despacho. A él, el máximo poder policial de Bombay.

Un miedo le corroía; si eran de la mafia rusa, le esperaba lo peor. Sintió que debía de tener alguna costilla rota. Intentó girar la cabeza, pero no pudo. Tenía la cara hinchada. Su ojo derecho estaba medio cerrado y de un color gris.

—Rajendra —oyó que alguien le llamaba; era una voz femenina.

Alzó la vista de golpe y la fijó sorprendido en una figura. De pronto la reconoció.

—El rango de DGP creo que se te ha caído, después de saber en qué actividades estabas metido. Por cierto, el ministro de Salud Pública ha tenido un accidente. Se cayó por la ventana. Murió en el acto.

—Esto es criminal. Ahora mismo estarán buscándome.

—Nadie te busca. Nadia va a querer saber nada de ti. He dado orden de nombrar a un nuevo DGP, alegando que te has dado de baja. Has presentado tu dimisión hace unas horas, la han aceptado y te han dado una jubilación anticipada. Has vendido tus propiedades en Bombay y ahora mismo estás en el norte de la India. Créeme si te digo que nadie te está buscando. A los periodistas más avezados los hemos mantenido ocupados con otras cuestiones. Ya me he encargado de disipar cualquier rumor o búsqueda. Has desaparecido, te has esfumado, no existes, no eres nadie.

—Hassena *madame*. Creo que has ido muy lejos.

Ella hizo un gesto a un hombre apostado en un rincón.

Los ojos de Rajendra se abrieron aterrados al ver a un hombre aproximándose con unas tenazas de jardinero.

—¿Qué me vas a hacer, desgraciado? Soy el DGP de Bombay...

Sin mediar palabra y con absoluta rapidez y destreza, de una tajada le cortó dos dedos del pie. Rajendra apretó los dientes reprimiendo unos chillidos que cuando abrió la boca hizo que toda

paloma en el interior saliese volando espantada.

Hassena se encogió de hombros, miró a uno de sus hombres. Este se acercó, agarró bruscamente el cabello del comisario con una mano y con la otra le golpeó en la articulación de la mandíbula.

Hassena se acomodó en una silla frente a él. Intercambiaron una mirada rápida e intensa.

Él abrió la boca para suplicar por su vida, pero era consciente de que nada de lo que dijera lograría impedir lo que le esperaba.

—Quiero que me digas todo sobre el entramado de la red de tráfico de personas. —Meneó una mano en el aire para aclarar dudas, si es que ya Rajendra tuviese la capacidad de albergar alguna—. Según tengo entendido, estáis traficando con órganos. Si me lo cuentas todo, te llevaré a un hospital para que te curen.

Él asintió, visiblemente impresionado. Los ojos le centelleaban, le castañeaban los dientes, apretó la mandíbula, tragó saliva y comenzó a hablar. Hassena sintió que la dominaba la rabia.

Después le apalearon y lo metieron dentro de un baúl industrial metálico. Lo cerraron con candado y entre dos hombres se lo llevaron para hacerlo desaparecer en las profundidades del mar arábigo.

Bodhisattva entró sujetando una bandeja con dos tazas. David estaba sentado frente al escritorio de Hassena. Ante cada uno dejó un vaso de té humeante en la mesa. Tras ser despedido por Hassena con un movimiento de cabeza, cerró la puerta.

—El ministro mantenía una cuenta bastante abultada en Suiza —dijo ella—, sacando provecho de la reputación bien merecida de discreción en el servicio de ese paraíso fiscal. Como muchos actores de Bollywood, que evaden del fisco, se sienten completamente a salvo de los ojos fisgones de la ley. Sabemos que, para ganar dinero, los políticos son capaces de robar, extorsionar, mentir descaradamente, chantajear incluso torturar y matar, pero esto sobrepasa todo.

Como en todas partes de la India el papeleo burocrático era tan engorroso que prácticamente paralizaba el trabajo. Cualquiera recién llegado a la India sería incapaz de comprender cómo en el país al que denominaban la mayor democracia del mundo lograban hacer nada en el sector público. Una de las muchas razones era la corrupción entre los funcionarios.

Hassena le comentó que, para salvar que la tecnología de interceptación por parte del gobierno indio y de sistemas de desciframiento de organizaciones extranjeras, detectaran las transferencias de sumas de dinero, utilizaban el sistema denominado como *hawala*.

Ese método se basaba en el concepto de confianza entre las partes. Era muy conveniente para el lavado de dinero y el traspaso de fondos a grupos terroristas ubicados en Occidente. El pagador le daba en metálico una suma a un proveedor en la India, denominado *hawaladar*; este tenía un pariente con fondos económicos en Occidente y le informaba que proporcionase tal cantidad en metálico al amigo del pagador que iría a presentarse en su negocio local o punto de encuentro. Teniendo en cuenta los millones de musulmanes en Occidente y que todas las transacciones eran en metálico y no había resguardos, era prácticamente imposible rastrear el dinero.

—Por cierto, me llamó el director del Cervantes para decirme de manera urgente que detuviésemos a un terrorista que había huido de España a la India. Pero por lo visto llegó cuando nosotros estábamos ocupados con el DGP. Laura quiere hablar contigo al respecto.

La última vez que se vieron en persona fue cuando ella viajó a Bombay para matarle. Hubo un atentado suicida en el consulado de España donde fue herida y más tarde secuestrada por los terroristas. Antes de ser liberada, recibió un disparo. Tras ser expatriada a España permaneció convaleciente y en rehabilitación durante muchos meses antes de reincorporarse al trabajo.

Observándola a través de la gran pantalla de plasma parecía más guapa. Llevaba un ligero maquillaje que subrayaba sus pómulos salientes y los labios gruesos. El pelo negro lo tenía recogido en una coleta.

—Hola —saludó David, al tiempo que extendía la mano frente a su monitor—. ¿Cómo estás?

—Como nueva, prácticamente. —Vio que los labios carnosos de Laura se doblaban con una sonrisa.

—Qué raro verte a ti sola en un despacho sin Goyo ni Julián a tu lado.

—A Julián le hubiese gustado hablar contigo, pero actualmente se encuentra de viaje. Y respecto a Goyo Lebreo, ya no trabaja con nosotros. He asumido el mando como subdirectora.

—Para serte sincero no se me ocurre nadie que pueda hacerlo mejor que tú.

—La verdad es que sufrimos un desastre debido a una infiltración en nuestra organización.

—Cuánto lo siento.

—Fue al más alto nivel. Ha sido necesario implantar unos medios de seguridad y controles más firmes.

—Me alegra saber que os hayáis repuesto. La recopilación de inteligencia humana que lleváis a cabo desde luego no tiene comparación con ninguna otra agencia.

Pero en su fuero interno David Ribas sabía que la autoridad que poseía el Cervantes con su legado de operaciones ilegales, derroche económico y fiscal y su flagrante desprecio a la vida humana se había convertido con el paso del tiempo en una organización aterradora. Incluso le habían intentado matar, y nada menos mandando a la persona con la que en esos momentos entabla conversación, como si nada hubiese pasado. Sin embargo, era consciente de que su existencia era necesaria para la protección de los ciudadanos españoles y sus intereses.

David se echó hacia adelante y apoyó los brazos en la mesa.

—¿Qué quieres de mí?

—El panorama de la inteligencia está cambiado formidablemente —dijo Laura con énfasis—. Estamos en guerra, David. España ha tenido que ampliar sus gastos en sistema de seguridad de manera radical. No solo nosotros —alzó los brazos abarcando la sala de conferencias— sino todo el cuerpo de seguridad del Estado. Todos los días tenemos que estar supervisando a todo tipo de sospechosos, contratando personal clandestino y realizando operaciones de contraespionaje en el extranjero. Al grano, se nos ha escurrido de las manos un terrorista español, de origen indio.

—¿Dónde está?

—Llegó ayer a Bombay. Se llama Saif Khan. Lo necesitamos vivo para conocer la cúpula de su célula.

—Ese hombre no estará integrado completamente en la sociedad india. Sería fácil su localización.

—¿Por qué piensas así? —preguntó Laura al tiempo que tomaba notas en un cuaderno.

—Porque está occidentalizado. Si es español y no ha vivido en la India, sus movimientos serán indecisos.

—Está bien entrenado, por lo que sabemos.

—Aun así, carece de una red de contactos locales. Ponte en su lugar: ¿qué harías si estuvieras huyendo?

—Esconderme.

—¿Dónde?

—En un lugar donde no me encuentren.

—Efectivamente, y él para esconderse necesita contactar a alguien.

—¿Y ese alguien es...?

—Su líder.

—Queremos que vayas a por él. —Se pasó los dedos por los cabellos mientras se apoyaba en el respaldo—. Eres el candidato perfecto, ya que estás en el país y puedes aplicar medidas no convencionales.

David tensó la mandíbula.

—¿Por qué no contratáis a mercenarios a través de una empresa de seguridad privada?

—Por propia experiencia deben lealtad a quien les pague más, no por convicción del trabajo bien hecho. Durante el proceso pueden ser tentados por otros grupos y traicionarnos. Julián me ha hecho saber que te comunicara que no hay ninguna otra persona en quien confíe tanto como en ti.

La cara de David se entristeció. Julián Fernández había sido su mentor. Hubo un tiempo en que consideraba a esa persona más que como a un amigo, como a un padre. Ese sentimentalismo fue el que traicionó a David sacudiendo sus más férreas convicciones personales. El Cervantes se estaba convirtiendo en una fábrica de matar. Fue Julián quien dio el visto bueno al asesinato de David. Más tarde se arrepintió y le pidió perdón por aquella terrible decisión.

—Para mí, nuestra relación está muerta.

—Ese episodio está enterrado. —Cerró un momento los ojos, pretendiendo que no había percibido la falta de convicción por la expresión de David—. Tomó una decisión influenciado por terceros. Fue una equivocación. Estaban convencidos de que eras un agente voluble y tráfuga, un esquizofrénico deambulando por el extranjero.

Cuando murió la esposa de David Ribas en el atentado contra el hotel Taj Mahal Palace de Bombay, donde se encontraba él estudiando las medidas de seguridad previa a la visita oficial de los reyes de España a la India, casi entró en una profunda depresión. Lo que necesitaba era orden y estabilidad. Fue Hassena quien rompió la coraza con la que se protegía. Pero el Cervantes también supo sacar partido de su ansia por obtener venganza. Desde entonces la vida de David Ribas había estado envuelta en un reguero de muertes que parecía tener tantos cadáveres como el río Ganges.

Ella sentía el corazón en un puño. Vio la angustia en la cara de David; después, con cuidado, apartó sus pensamientos de la mente.

—Tú tienes una ideología como la nuestra, los mismos fines.

—Estás confundida. La ideología la tienes tú. Yo me muevo por convicciones. La ideología te

limita. Si no te ajustas a los límites impuestos, estás fuera. Yo he dejado de ser manipulado.

—Eres un cazador de terroristas.

—¿Un cazador? No soy un sicario.

—Quiero decir que cuando se trata de algo personal, todo cambia, ¿no es verdad?

—¿Ahora soy un vigilante? ¿Me vas a llamar justiciero?

—No lo he dicho para ofenderte. Has construido con ayuda de esa mujer que llaman Hassena *madame* una red de personas que recogen información. Como Alemania y Gran Bretaña, España se está convirtiendo en un foco de terrorismo islámico. Mataron a tu esposa, por el amor de dios, David. —Él sintió un hormigueo en la nuca—. Si ese desgraciado está en la India es tu deber cazarlo. No hay nadie a quien podamos pedir ayuda en la India capaz de acabar con esta locura de una vez por todas.

Dentro de él sentía una ola de pura adrenalina.

—Mi punto de vista acerca de eliminar a terroristas en potencia no ha cambiado. No tomo decisiones de índole moral. No dudaría en matar a un terrorista aunque en ese momento no represente ninguna amenaza.

—Lo sé, porque es tu instinto de supervivencia lo que te convierte en una profesional absolutamente excepcional. Al igual que tú, David, yo no pierdo el sueño por la gente que he matado o he mandado asesinar. Ni siquiera padezco traumas o aparecen fantasmas en mis sueños. Porque sé que lo que hago es por una causa justificada. —Se inclinó hacia adelante, y añadió—: David, si no detienes a Saif Khan, seguirá sembrando terror y muerte en víctimas inocentes.

Después de la conversación Laura le envió la fotografía de perfil de Saif Khan y las recientes imágenes captadas en el aeropuerto de El Prat.

Ella tenía la seguridad de que mientras David Ribas permaneciera con vida, lucharía para erradicar el terrorismo islamista.

Un perro ladró, se oyeron voces, el tráfico con motores comenzó a ronronear y el insaciable sonido de los cláxones fue en aumento. La mañana en Bombay había empezado.

Zakir había trabajado toda la noche en su despacho equipado con ordenadores de mesa, portátiles y módems de conexión de alta velocidad. Había realizado un rastreo en el aeropuerto de Bombay y localizado a Saif Khan analizando los rostros de sospechosos, procesándolos por una sucesión de programas de identificación de personas.

Luego, a través de las cámaras internas del aeropuerto internacional de Bombay, dio con el número de matrícula del taxi, identificó al conductor y accedió a la lista interna de pasajeros de aquel día que guardaba la compañía en ficheros excel. Una vez localizado en la estación de autobuses, supo que había viajado a Nashik.

Rastreó sus movimientos a través de numerosos informantes hasta descubrir la información facilitada por el dirigente de la unión de conductores de autorickshaws de Nashik. Aquel viaje a las afueras de la ciudad había sido muy inusual; además, el pasajero había mostrado una gran cantidad de dinero en efectivo.

—Se llama Arbaaz Ali —anunció Zakir a Hassena y a David, que habían permanecido detrás de él—. Este lugar ha sido la última parada de Saif Khan desde que salió de Barcelona. Arbaaz Ali ha creado una red de terroristas islámicos muy potente bajo la tapadera de su legítimo negocio.

—Que es... —comentó Hassena con tono de curiosidad.

—La fabricación de vinos.

—Eso sí que es innovador, y con clase —dijo David—. Me voy para allá a ver qué averiguo.

—Te mando las coordenadas a tu nuevo móvil —le dijo Zakir.

—Suerte, y ten cuidado —le advirtió Hassena, viendo salir al español con paso decidido.

El suelo estaba lleno de hojas. Todo estaba tirado por los suelos. Una alfombra grande, redonda y deshinchada cubría el centro de la recepción.

Conforme caminaba por la propiedad David se daba cuenta que Arbaaz había desaparecido. Consciente de que su tapadera había sido descubierta, había abandonado la bodega. Los ordenadores estaban rotos, los discos duros los habían extraído. Dentro de barriles de metal habían quemado todo tipo de documentación. Los edificios que componían la bodega pronto se convertirían en edificaciones fantasmas y el campo de cultivo abandonado.

Cuando estaba dispuesto a salir, un hombre alto y corpulento, con los cabellos muy oscuros, apareció en medio del pasillo. David levantó los brazos al aire al tiempo que se aproximaba despacio hacia él. El hombre cometió un error garrafal de gesticular con la pistola en la mano, un movimiento que utilizó David para agarrar el cañón, apartarlo y empujar al hombre armado contra

la pared. Le golpeó el diafragma con las dos manos, le bajó la cabeza contra su rodilla levantada y lo tiró al suelo.

David se agachó. Le abofeteó.

—¿Dónde está Arbaaz?

—Se ha ido —por la comisura de su boca resbalaba sangre. Sus ojos se estaban volviendo vidriosos.

—¿Qué ha pasado con Saif Khan?

—Muerto.

—¿Muerto? ¿Quién lo ha matado?

—El señor Arbaaz me lo ordenó. Su cuerpo fue incinerado en un horno eléctrico.

David, sorprendido por esta noticia, se irguió, momento que aprovechó el hombre para levantarse con rapidez y atacarle con un derechazo. David lo esquivó y le dio un violento golpe en la nariz con el canto de la mano. A pesar de eso, se mantenía en pie. Con absoluta rapidez, David le asestó dos golpes seguidos en el estómago y lo hizo caer de nuevo.

Aquella mañana, en el primer vuelo a Bombay procedente de Nueva Delhi salía del avión un pasajero pulcramente vestido con traje y corbata de entre el puñado de turistas en pantalón corto, camisetas y sandalias. La azafata de vuelo le había tratado con especial consideración en su asiento de primera clase. Llevaba como único equipaje un maletín con ruedas. Para evadir los controles en las terminales de vuelos internos, había hecho uso de un pasaporte diplomático.

Se dirigió a la salida, donde vio un cartel con su nombre escrito. El chófer le mostró el camino al aparcamiento, hizo amago de coger el maletín al recién llegado, pero el hombre le indicó con un brusco gesto con la mano que no lo hiciera.

Una vez dentro del vehículo, el BMW serie 7 se puso en marcha.

—Hay una botella de agua mineral en un lateral —dijo el chófer.

—No me hace falta.

El pasajero contempló la cabeza del conductor y su rostro a través del reflejo en el espejo retrovisor. A Jalid Al-Hijaz no le gustaba la India ni los indios. Menos aún Bombay. Una ciudad sucia y asquerosa a la que evitaba viajar. Pero había tenido que ir a Nueva Delhi a reunirse con cierto diplomático de la embajada de su país, Arabia Saudí. Tenía que recoger un dinero en metálico para la visita de ese día en Bombay. Era el método de siempre: de Riad viajaba sin el dinero, este circulaba por los países extranjeros a través de los medios oficiales, las embajadas.

Al llegar al pórtico del lujoso hotel Four Seasons, dos botones uniformados lo esperaban. Él explicó que no llevaba equipaje y, subiendo con determinación las escaleras, cruzó la impoluta bien acondicionada recepción hasta llegar a la zona de los ascensores. Subió a la sexta planta y llamó con los nudillos en la puerta de una suite.

Arbaaz abrió y le invitó a entrar.

—Haga el favor, siéntese aquí —dijo señalando un moderno sofá junto al gran ventanal que dominaba la ciudad—. ¿Quiere tomar un té?

—Estoy bien. No quiero nada.

—¿Me ha traído el dinero?

Jalid abrió su maletín. El interior estaba lleno de paquetes con billetes de cien dólares. Arbaaz cogió un fajo y lo examinó.

—No son falsos —dijo el saudí.

—Soy un profesional —contestó el indio.

La sonrisa de Jalid se tensó ligeramente. En realidad, para él, Arbaaz era un sucio animal, algo para ser usado. Si moría o era capturado, negociarían con otro. En cambio, Arbaaz, aunque se consideraba un buen musulmán que había leído el Corán varias veces y visitaba la mezquita con regularidad para comunicarse con Dios, mataba por dinero, no por creencias. Sabía que los

sauditas, financieros del Estado Islámico, habían manipulado las palabras del libro sagrado a su propia conveniencia para lograr sus fines, la expansión de la ideología wahabí. Pero a él le daba sinceramente igual, no solo porque se estaba haciendo inmensamente rico, sino porque también le gustaba la idea de un mundo dominado por aquel islam que enarbolaba la bandera negra.

—Por eso confiamos en usted.

—Dígame, ¿qué quieren ahora?

—Queremos que realice un atentado contra intereses americanos. Contra quién, dónde y cuándo, lo dejamos a su criterio. También queremos que mate a una prominente mujer, cuyo nombre le revelaré ahora mismo.

—¿La mujer también es extranjera?

—No.

—Entonces, ¿es india?

—¿Habría algún problema?

—No querrá que mate a Sonia Gandhi, ¿verdad?

La sonrisa de Jalid Al-Hijaz se ensanchó.

—No, a ella no. Pero si fuera necesario, lo ordenaríamos. Al fin y al cabo, es usted un profesional.

—Un profesional en un mundo lleno de aficionados. Somos una especie en extinción.

—Algunos se extinguen más deprisa que otros.

—No sé por qué se muestra tan irónico conmigo. Lavo vuestro dinero con mis empresas y es a través de mí como financio a células del Estado Islámico en Europa.

—Es usted bueno en su profesión —respondió Jalid, sosteniendo su mirada—. No me malinterprete. No he viajado hasta aquí para discutir. Actúo en nombre de personas muy poderosas que le tienen estima, eso es suficiente como demostración de la confianza que nos une.

—Aunque de orígenes diferentes, somos los dos musulmanes.

—Sin religión, ¿qué somos? Animales.

—Lo que hagamos tenga por seguro que será recordado.

Jalid sonrió y asintió satisfecho.

—Tanto los americanos como la mujer deben morir con violencia.

—Sí —dijo Arbaaz; su tono de voz sonó como un graznido ronco.

Jalid se inclinó hacia adelante, para que sus palabras tuvieran mayor significado.

—Una cosa más, debe ser grabado.

Arbaaz asintió entusiasmado y se dispuso a escuchar. Turistas extranjeros en Bombay eran fáciles de encontrar, pero ¿quién sería la mujer?

El Haji Ali Dargah es una peculiar mezquita construida en 1431 en un islote frente a la costa de Worli, en la parte sur de Bombay. Fue erigida en memoria de Pir Haji Ali Shah Bukhari, un santo sufi y rico comerciante de Uzbekistán.

A veces, especialmente los viernes, varios músicos sufíes interpretan una forma de música devocional llamada qawwali.

Aquella mañana la sala estaba abarrotada. Los hombres ataviados de indumentaria musulmana tradicional se encontraban de pie, inclinados y arrodillados. Las esterillas estaban todas encaradas hacia la Meca. Otro grupo de fieles con vaqueros y camisetas informales estaban situados en otra parte de la sala.

Músicos abrían sus estuches y colocaban sus instrumentos. Otros estudiaban la situación de los altavoces mientras varios electricistas extendían cables, haciendo uso de rectangulares regletas.

Mientras rezaba, Arbaaz paseó la vista alrededor. Su mirada chocó con otra, la del hombre al que había ido a ver, Saleem Abbasi.

Arbaaz salió al exterior. Saleem corrió hacia él y los dos hombres se abrazaron. Saleem besó a Arbaaz en ambas mejillas.

—Me alegro de verte —dijo Saleem.

—¿Cuándo llegaste de España?

—Antes de ayer. Saif Khan nos puso en peligro.

—¿Le dijiste tú que viniera a verme?

—Ni se me hubiese ocurrido. Lo hizo en un momento desesperado.

Como método de seguridad si un miembro de una célula se veía perseguido o vigilado, debía de cortar toda comunicación y contacto con los demás.

—Sentí tener que acabar con uno de los nuestros —confesó Arbaaz—, pero si hubiese permanecido en la India pronto habría caído bajo vigilancia y no podría habérmelo permitido, porque me arrastraría a su radar estando asociado conmigo. Por lo pronto, el muy imbécil me hizo perder la bodega.

—¿Le hiciste la prueba?

—Lo mandé seguir desde que aterrizó en Bombay y cuando le pregunté me lo negó. Si esos hombres hubiesen sido policías, él no me habría dicho nada por salvar su pellejo y ahora yo estaría entre rejas. Si me hubiera dicho la verdad, ahora estaría trabajando conmigo.

—Estaba asustado. Lo entrené en Pakistán. Era el mejor, pero cuando se encuentran en una situación a la que jamás se habían podido plantear, se derriten.

Saif Khan como muchos otros jóvenes de diferentes nacionalidades, habían sido instruidos en un campo de entrenamiento de Pakistán como guerreros. La primera finalidad de la yihad era

morir felices como *shahids* gritando a más no poder *Allahu Akbar*, Dios es grande. Para los mártires les inculcaron que en el paraíso les esperaba una eternidad de sexo con setenta y dos vírgenes y muchos sirvientes que cuidaran de ellos. A más de uno le hizo sonrojarse mientras que otros sonreían de placer creyéndoselo a pies juntillas. El español Saif Khan, en vez de acometer este principio, había salido huyendo de España.

—¿Los españoles han dejado de vigilarlos?

—No, por eso hice que mis hombres permanecieran en la sombra, cambiasen de piso franco y no contactasen entre ellos hasta que yo volviese. Allí el gobierno se cree superior vendiendo el multiculturalismo y no se da cuenta de que aunque tenemos pasaporte español no nos consideramos como ellos. Estúpidos. —Se dio un golpe en el pecho—. Aunque tenga la tarjeta de la Seguridad Social y carnet de identidad español, ante todo soy musulmán. Los españoles, como el resto de europeos, nunca nos entenderán.

—Así es, nuestra religión es lo que nos define. Los españoles que no creen en Alá son inferiores a un animal, más inferiores que la cucaracha y los insectos que se arrastran por el suelo. Pero estamos trabajando para que esto cambie. El islam se está fortaleciendo cada vez más, mientras los valores occidentales se están marchitando. Mira cuánta gente hay aquí. Ninguna Iglesia, católica o protestante, se puede jactar de esto. Al contrario, cada vez tienen menos fieles. Cada vez son más débiles. ¿Tienes ya a alguien a quien reemplazar a Saif Khan?

—Cerca de Barcelona tenemos a un chico ansioso de convertirse en *shahid*. Solo le falta un empujón más para dar el gran paso final. Hablé con la persona del gobierno español con quien mantenemos el contacto. Le exigí la liberación de Belkassem y Elkebir Maalouf; si no lo hacen, utilizaremos al chico.

—¿Cuándo crees que podréis intentar?

—Pronto. Muy pronto. La Generalitat de Cataluña queriendo sumar votos para su independencia del resto de España, nunca se ha preguntado por qué tantos musulmanes piden trabajar en el aeropuerto de El Prat —alzó el índice al aire—. Lo que llegaremos a hacer no tendrá parangón ni con los atentados del 11 de marzo de 2004.

—*Inshallah*. ¿Cuánto tiempo te quedas en Bombay?

—Dos semanas más. Necesitamos más fondos para invertirlo en apoyo logístico, compras de armas, material para fabricar explosivos... Por eso quería verte. Saif ha echado a perder nuestra infraestructura.

—El dinero no es problema. Fondos tendrás cuando cumplamos los últimos deseos de nuestros hermanos sauditas. Tenemos que realizar dos operaciones de inmediato.

—¿Qué puedo hacer por ti? Mis contactos de aquí en Bombay han estado reclutando a chicos de las zonas marginales —explicó Saleem—. Llevará tiempo convertirlos en *shahids*. Pero desde hace unos días he estado entablando conversación con uno en concreto. Sus padres murieron asesinados por hindúes radicales del Shiv Shena; vive solo con su abuela, que poco caso le hace.

—De momento, no se trata de hacer uso de ataques suicidas con explosivos —repuso Arbaaz—. Ven, deja que te invite a tomar algo y hablemos.

Arbaaz rodeó la espalda de Saleem con el brazo y se encaminaron al puesto más cercano de té.

Los tres estaban sentados dentro de un Mercedes Clase C con las lunas tintadas de color negro oscuro.

Sentado en el asiento del copiloto, Saleem terminó de comer un doner kebab. Tiró el envoltorio de papel aluminio por la ventada. Lo mismo hizo el hombre sentado frente al volante.

Saleem se limpió la boca con el dorso de la mano. Sacó del salpicadero un pasamontañas de lana negro y se cubrió con él.

—Haz lo mismo —dijo Saleem, girándose hacia el asiento posterior.

Gulzar, apenas un adolescente, respiraba con dificultad y sus ojos se paseaban entre los dos adultos que lo acompañaban. Hizo lo que le dijo. De estómago liso y pelo lustroso, tenía un aspecto razonablemente similar al del actor indio Hrithik Roshan.

—Tu padre estará orgulloso —dijo Jahangir sentado frente al volante, al tiempo que se cubría también el rostro con un pasamontañas.

Jahandir era el principal contacto local en Bombay de Saleem cuando este viajaba a la India. Como medida de precaución nadie excepto Saleem conocía la existencia de Arbaaz Ali, de este modo si uno de ellos era arrestado no sabrían su paradero.

—*Inshallah* —contestó el joven. Tragó saliva antes de volver a hablar—. Tengo mucha sed. ¿Tenéis agua?

Jahandir se maldijo, miró a Saleem y se encogió de hombros, se metió las manos en el bolsillo y sacó un paquete de chicles en pastillas sin envoltura.

—Toma uno, pero no lo escupas ni lo tires, ¿me oyes?

—Sí —contestó metiéndoselo en la boca.

—Te cansas del chicle, te lo tragas. Nada de hacer una bola con los dedos o dejarlo pegado en cualquier sitio.

—Sí —volvió a decir. Tenía las palmas de las manos empapadas de sudor, se las secó en los pantalones.

Saleem había seleccionado a dos personas para llevar a cabo el primer trabajo que su líder Arbaaz le había encomendado. Él era quien financiaba la célula en España, y si los sauditas le habían pedido en primer lugar la muerte de norteamericanos, debían de cumplir sus deseos.

El objetivo estaba en la habitación treinta y cuatro del City Guest Budget Hotel, un establecimiento de mochileros frecuentado por turistas extranjeros.

En el edificio de al lado vivían migrantes que trabajaban durante el día en fábricas de textiles. A esa hora de la madrugada la recepción del hotel estaba controlada por un joven que se pasaba más tiempo durmiendo y viendo el plasma colocado encima del mostrador que controlando quién entraba y salía. Nadie se interpondría.

Saleem respiró hondo, ajustó el silenciador a su pistola. Jahandir miró a su jefe al tiempo que su corazón martilleaba de impaciencia. Gulzar estaba expectante, dominado por la angustia y el miedo.

—Vamos —ordenó Saleem.

Los tres salieron del coche y entraron como un torrente en el hotel. Jahandir, blandiendo un garrote de madera cuya punta estaba reforzada con acero, golpeó tan brutalmente el cráneo del recepcionista que lo mató al instante.

Saleem, con la pistola pegada a la pierna, subió las escaleras seguido por el cada vez más nervioso Gulzar y por Jahandir.

Llegaron a la segunda planta. Saleem se metió una mano en el bolsillo y sacó una llave. Le dio una y dos vueltas. Giró el pomo, pero la puerta no se abrió. Habían subido el cerrojo desde el interior. Una situación prevista. Entonces Jahandir sacó de su pechera un instrumento de la forma de un borrador de pizarra. Lo situó en la parte superior de la puerta y fue moviéndolo despacio. Desde el interior el cerrojo era imantado. Tras notar que la puerta cedía, se guardó el pequeño aparato electrónico, abrió silenciosamente y los tres entraron, encendieron el interruptor y cerraron la puerta tras ellos.

Una figura desnuda de cintura para arriba se inclinó en la cama.

—Fuera de aquí —gritó.

—Cállate o te mato —ordenó Saleem, apuntándole con una pistola.

Una joven se despertó y a punto estuvo de soltar un alarido cuando vio a los tres intrusos.

—Un grito y os mato —advirtió de nuevo Saleem.

Los dos extranjeros tenían los ojos abiertos de par en par y jadeaban.

—No nos hagan daño —suplicó la chica.

—Puedo darles dinero si prometen que nos dejan en paz —dijo él.

Sin prestar atención a lo que decían, Jahandir y Gulzar colocaban a los pies de la cama un trípode con una cámara.

Saleem le tendió un papel al joven.

—Vas a leer esto.

Él miró a la chica y esta asintió.

Jahandir comenzó a grabar.

—Yo, Mark Peterson —comenzó a leer a trompicones; la mandíbula le temblaba—, ciudadano norteamericano, he sido secuestrado por el Estado Islámico. —Alzó la mirada con intensidad.

—Sigue —ordenó Saleem.

Él continuó leyendo con los dientes apretados y voz trémula.

—Como consecuencia de la política exterior del presidente de los Estados Unidos, he sido ajusticiado junto con mi novia Elisabeth Cook, de nacionalidad británica. Si no se retiran las tropas de la zona de Al-Hasaka en Siria, muchas más muertes se sucederán, víctimas de la invasión del ejército norteamericano a países musulmanes. Afirmo que no existe otro Dios en este mundo que Alá, y también que Mahoma es su profeta.

Saleem hizo un gesto con la cabeza a Gulzar y le tendió un rollo de cinta aislante.

—Tapa la boca al chico —le dijo en hindi.

La joven comenzó a llorar hundiendo la cabeza en el pecho de su novio.

—Cálmate —dijo él sujetándola con fuerza.

Gulzar se aproximó, pero el americano le empujó, tirándole al suelo. El chico se levantó, estaba más nervioso. No sabía qué hacer. No se atrevía a infligir ningún daño, no se sentía capaz.

Saleem le dio la pistola. Mientras, Jahandir, después de extender un plástico en el suelo,

colgaba una bandera negra del Estado Islámico en la pared.

—Mátalo. Lo haremos a la chica.

Los extranjeros no entendían lo que hablaban, pero al ver que la pistola cambiaba de manos, quedaron horrorizados.

—No, por favor —imploró la chica—. No nos hagan daño.

Ambos jóvenes cerraron los ojos abrazados con fuerza.

Gulzar levantó la pistola. Su mano no dejaba de temblar. Su dedo se curvó sobre el gatillo. Disparó. La bala se incrustó encima del cabecero de la cama.

—Adelante, otra vez —le instó Saleem.

Gurzar respiraba con dificultad, cerró los ojos y volvió apretar el gatillo. La bala se hundió en el armario.

—No están ni a diez metros de distancia y lo que sostienes no es una pistola de feria.

—No puedo.

—Sí que puedes.

Viendo que los extranjeros no dejaban de gimotear y que pasaba el tiempo, Saleem hizo una señal a Jahandir. Este cogió la pistola de la mano temblorosa de Gulzar, alzó el brazo y disparó. La sangre del chico salpicó el rostro de su novia, que quedó paralizada en estado de shock.

Saleem la cogió del brazo y la tiró al suelo, encima del plástico. La amordazó con cinta aislante y le ató las muñecas y brazos.

—Graba —ordenó.

Jahandir apretó al botón verde.

—¿Estás preparado Gulzar? —preguntó Saleem, tendiéndole un cuchillo.

El joven se dobló sobre las rodillas y vomitó.

La chica se revolvió sobre el plástico.

—Está bien, lo haré yo —dijo Saleem—. Pero mira lo que hago porque la próxima vez lo harás tú.

Allahu Akbar, se escuchó.

De vuelta en el interior del coche, Jahandir arrancó y condujo con rapidez.

—Lo siento —admitió Gulzar entre lloros.

—Es normal ponerse nervioso —repuso Saleem—. Ha sido tu primera vez. Jahandir te enseñará.

—Es tu oportunidad de acércate a Alá, de luchar por el islam —insistió Jahandir conduciendo con rapidez por las calles de Bombay.

—Pero procura que la próxima vez no vuelva a suceder —añadió Saleem.

—La próxima vez lo haré mejor.

—*Inshallah* —pronunciaron al unísono los dos adultos.

David paró la motocicleta en un almacén abandonado. Se bajó y caminó hacia el interior con una pesada bolsa en la mano.

Abrió la bolsa y sacó dos armas, una más delgada y larga que la otra; aunque de la misma marca, eran diferentes versiones. Las revisó: el cerrojo, el cañón y el cargador.

Utilizaba aquel lugar alejado como galería de tiro. Se acercó al final de la nave y clavó dos papeles cuyos dibujos representaban a terroristas, figuras de la altura media de una persona. Volvió hacia atrás.

Se puso unos tapones de espuma amarillos para los oídos, a modo de protección contra disparos ensordecedores en un lugar cerrado. Levantó el arma hasta la altura del hombro y disparó contra uno de los dos blancos situados a varios metros. El sonido del disparo fue ensordecedor en el angosto espacio.

No le gustó el arma. Los proyectiles eran de un calibre grande, lo que significaba que debía sujetar la pistola con más fuerza de lo que estaba acostumbrado debido al retroceso. Hizo una mueca cuando dejó el arma y cogió la otra pistola.

Estudió el arma. Tampoco se sintió cómodo: tenía un gatillo al que no estaba acostumbrado. Habían fabricado aquella pistola con un nuevo sistema de seguridad, con el gatillo menos sensible impidiendo un disparo accidental. No comprendía este método. Si una persona fuese propensa a disparar accidentalmente un arma, desde un primer momento no debería manejarla.

Alzó de nuevo el brazo y disparó vaciando el cargador. Se acercó a sus dos blancos. Un grupo de agujeros estaban situados sobre el corazón y la cara de las dos figuras.

Su móvil vibró dentro de su bolsillo posterior. Lo sacó y miró la pantalla. Era Hassena.

—Tu amiga española te ha estado intentando localizar.

—Ya le comenté que Saif Khan estaba muerto y que su líder Arbaaz Ali se había esfumado.

—Es por el asesinato de la pareja de turistas americanos. —Hizo una pausa para asegurarse de que había captado la atención incondicional de David. Las imágenes habían salido en YouTube. Minutos después habían sido eliminadas de la plataforma, pero ya habían sido descargadas y se difundían por blogs y otras redes sociales; también se habían hecho eco los medios de comunicación. La embajada de los Estados Unidos en un comunicado instaba a sus compatriotas a no viajar a la India. El primer ministro indio, en rueda de prensa, había expresado sus más sinceras condolencias y manifestado que el crimen no quedaría impune—. Me ha pedido que le mantuvieras informada.

—Ya he iniciado mis averiguaciones. El hecho de que hayan venido a la India dos terroristas no es buena señal. Algo huele a podrido.

—Algo parecido le dije yo a Laura. No debió de tomárselo a buenas, porque colgó la llamada

después de pedirme que la llamas una vez que tuvieras la situación controlada.

—¡La situación controlada! Como si esto fuera mantener la calma a un puñado de bañistas en una playa veraniega porque han avistado un tiburón.

—Mucho ojo con esa mujer. Es de armas tomar. Te lo dije en una ocasión y te lo repito: es su rutina de siempre, ganarse la confianza de las personas y luego traicionarlas. Así de fácil. Por cierto, ¿qué vas a hacer hoy?

—Tengo una reunión con un informador muy especial.

—¡No me digas! —dijo riéndose.

—No te lo puedes imaginar.

—En alguna ocasión yo he hecho uso ellos, son infalibles, sobre todo en pasar desapercibidos. Por cierto, ¿quieres información confidencial acerca de tu informador?

—Soy todo oídos.

—No ha pasado por la escuela desde hace cuatro días.

—Cuatro días, dices, ¿eh? —repitió con un tono irónico—. Hablaré con él.

—Ten cuidado —susurró, y después colgó.

Tras finalizar la llamada, David estuvo conduciendo cerca de media hora. Cuando llegó al centro ciudad, aparcó. Se metió en una tienda de artículos deportivos.

Después condujo la moto hacia el norte de Bombay. El tráfico era muy denso.

Por fin llegó a su destino.

Las raíces de los árboles se abrían paso entre las lápidas y el moho ocultaba las fechas y nombres de los muertos. El cementerio cristiano de Sewri en Bombay fue establecido durante el Imperio británico como un lugar básicamente para los entierros de los europeos. Desde entonces fue considerado como parte integral de la historia de la ciudad.

Atestado de tumbas y pequeños monumentos, la mayoría presentaba un aspecto descuidado y sucio. El recuerdo de los muertos no solo estaba invadido de zarzas y plantas silvestres, sino que muchas cruces estaban rotas y tiradas por el suelo, y los numerosos ángeles de piedra presentaban amputaciones.

David Ribas caminaba sobre las hojas caídas. La imagen no solo era deplorable, sino de precaria atención. Los que habían vivido quedaban olvidados. Sintió la opresión de la vida, solitaria, triste, que solo podía acabar de una manera.

No podía evitar que la visión de aquel paisaje le hiciera meditar sobre el hecho de que la gente vivía, moría y era olvidada. Él lo prefería así, no ser recordado. Sus pensamientos se volvieron hacia Cristina, su esposa asesinada. Se juró a sí mismo que mientras se mantuviera con vida, mantendría vivo el recuerdo de ella. Y mataría a cuantos más terroristas islamistas mejor. No tenía tiempo para estar preparándose para lo que le pudiera esperar después.

Zigzagueando entre tumbas un chico se acercó corriendo con una sonrisa de oreja a oreja. Se llamaba Sameer. David Ribas le financió las clases para aprender a comunicarse con signos, además de la compra de material escolar para que terminase los estudios primarios que tenía atrasados.

—*Estoy enfadado contigo* —dijo David moviendo los dedos a la altura del pecho a sus labios y al aire.

Sameer cambió de aspecto.

—*Pero...*

—*Pero nada. Hicimos una promesa.*

—*Tú me dijiste que hiciera averiguaciones.*

—*Pero no que te saltaras las clases.*

—¿Quién te lo ha dicho?

—Sameer... *Que yo sepa eres el único estudiante del profesor Manjit que tiene quince años y saca tres cabezas a sus compañeros. Lógico que se note tu ausencia.*

Él volvió a sonreír de oreja a oreja.

—*Pero ha valido la pena. Tengo noticias muy importantes.*

—*Cuenta.*

—¿*Me has traído el nuevo bate?*

—*Sameer, por favor. Estamos hablando de una situación delicada.* —David dio una vuelta a la bicicleta, abrió una bolsa que tenía atada en el lateral. De su interior sacó un bate de cricket y se lo dio—. *Aquí está, el que anuncia Sachin Tendulkar.*

El chico no pudo disimular su estado de alegría.

—*Gracias.* —Subrayó la palabra dándose un golpe en el cuerpo delgado.

—*Pero de nuevo me tienes que prometer que no vas a faltar a ninguna clase a partir de mañana.*

Sameer cogió la mano de David y le hizo sentarse en un bloque de mármol junto a él. El semblante del chico había cambiado.

—*Tengo que contarte algo muy peligroso que está sucediendo.*

—*Tienes que ser muy cuidadoso con quien hablas, Sameer. Hay gente muy mala que no quiere que personas como tú y yo sepamos lo que hacen.*

—*Tranquilo, yo solo te lo digo a ti. Me lo ha comentado Gulzar, un amigo con el que juego al cricket por las tardes.*

—*Cuéntame.*

Sameer le había hablado de un hombre llamado Jahandir que estaba radicalizando a jóvenes musulmanes procedentes de los barrios más marginales de Bombay. Sameer conocía a Gulzar desde que tenía nueve años y recientemente se pasaba más tiempo con aquel adulto que solía recogerle en moto cuando jugaban partidos de cricket en el parque. El propio Gulzar incluso le había animado a ir con él, pero Sameer se había negado. El día anterior Gulzar fue al parque y desde la distancia llamó a Sameer, que dejó el juego y fue a su encuentro. Apartados de la vista de los demás niños que practicaban el cricket, Gulzar le confesó entre lloros lo que había sucedido con la pareja de americanos, y le habló de Saleem Abbasi, el jefe del grupo terrorista que además era fan de Leo Messi, hincha del Fútbol Club Barcelona y que vivía en España. Además, Gulzar le dijo de la existencia de una casa donde mantenían secuestrados a niños adolescentes. No supo decirle para qué, ya que no le permitían acceder.

—¿Te suena el nombre de Saleem Abbasi? —le preguntó David Ribas a Laura García desde su móvil, cuya tarjeta desmontable tendría que destruir una vez terminada la llamada: el Cervantes poseía una sofisticada tecnología de telemetría como para localizar su teléfono en el rincón más apartado de la India—. Según he sabido, ha llegado hace unos días a Bombay procedente nada menos que de España.

—Me suena, sí.

Hubo un silencio.

—Laura, no me estarás ocultando algo, ¿verdad?

—Cualquier información valiosa que tuviera para deshacernos de terroristas la compartiría contigo.

—Que un español de origen indio hubiera huido a la India habría sido una primicia. Lo normal siempre ha sido al revés, de Asia a Europa. Pero es que ahora son dos. ¿Quién es Saleem Abbasi?

Hubo un prolongado silencio.

—Es nuestro contacto —dijo ella por fin.

—¿Perdona? ¿Quieres decir que es un agente infiltrado?

—No, es nuestro contacto de comunicación con la célula terrorista que actualmente consideramos más importante en Cataluña.

—¿Me estás diciendo que el Cervantes dialoga con terroristas?

Laura se reclinó en su asiento con un codo sobre la mesa mientras que con la otra mano sujetaba el teléfono móvil.

—La vida es complicada, David —dijo con firmeza—. Y no me pidas explicaciones porque no te las voy a dar.

—Vaya cambio de actitud. Cuando me pedías que atrapara a Saif Khan tenías otro

comportamiento conmigo. Ahora te muestras enfadada. Os habéis pasado de la raya, Laura.

—¿Quieres saber por qué estoy enfadada? —su tono era hora como el de un psicoanalista intentando calmar a un paciente cada vez más nervioso—. Porque hoy en día nuestra mayor amenaza se encuentra en los terroristas nacidos en España, con el inminente peligro de un devastador atentado biológico en cualquier momento.

—¿Qué les estáis dando a cambio? Si hay dialogo, hay propuestas, demandas. Como los políticos y la banca pactando entre ellos como si no existiera separación de poderes. ¿Os dais cuenta de lo equivocados que estáis en la lucha contra el terrorismo islámico?

—A ver, dime.

—En un futuro no muy cercano entrarán en política. Se meterán en las instituciones. Exactamente lo mismo que ha sucedido con la banda terrorista ETA. Cuando esto ocurra, decidirán poner en libertad a esos terroristas encarcelados, a los que han pretendido mutilar y matar a ciudadanos españoles. Impondrán a la sociedad española sus costumbres, su cultura.

—No fue el Cervantes quién decidió dar el primer paso.

—¿Quién? ¿El primer ministro?

—No me encuentro en situación de darte información clasificada. Vivimos en un mundo de secretos, David. Tú lo sabes. Las personas como nosotros tenemos que estar dispuestos a pagar un precio por conseguir nuestros propósitos.

David soltó un bufido.

—Vaya, ahora la máquina de las miserables conspiraciones en la sombra se ha puesto en marcha. El juego que estáis practicando traerá consecuencias muy graves a la sociedad española, quizá irreversibles, porque cuando entren en política no habrá nadie capaz de echarlos.

Laura sonrió sin calidez.

—No entrarán, y será mejor dejar las cosas como están. Como he expresado, queremos que Saleem Abbasi siga vivo y vuelva a España. Cuando esto suceda, aquí le seguiremos hasta dar con la cúpula de su célula y a los lobos solitarios que tiene a la espera de sus órdenes.

—Crees que conoces a alguien, y entonces llega el día en que te das cuenta que es otra persona, que ha sido todo una fachada.

—La vida es así, David. Parece que te des cuenta a estas alturas. Ya eres mayorcito.

—Ya capto la analogía. Mentir es tu trabajo, es de lo que me doy cuenta y me llena de rabia.

—Nosotros somos los únicos que nos enfrentamos entre lo que tenemos y la anarquía.

—Ya, lo sé, por eso se fundó el Cervantes, porque el gobierno no hace su trabajo.

—Solo hay que leer los periódicos digitales para darse cuenta de ello. Los políticos son débiles, han reducido las fuerzas de seguridad del Estado a una sombra de lo que eran. Promueven nuevas leyes para satisfacer a los promulgadores y todopoderosos de la agenda globalista en favor del multiculturalismo, la ley de género y los derechos humanos que impiden deportar a terroristas. ¿Qué te crees que hacemos en el Cervantes? Somos una mezcla de inteligencia y una especie sofisticada de paramilitares. Nuestras operaciones contra el terrorismo están aprobadas al más alto nivel. No hay jueces, ni documentación, ni posibilidades de que nos hagan responder públicamente por nuestras acciones. No bordeamos la ilegalidad, es que estamos fuera de ella. No existimos. Como tú, que oficialmente tampoco existes.

—Creía que Julián era de los que pensaban que sobre la ley existe la moralidad.

—No me hables tú de moralidad. Un asesino que se ha puesto al mismo nivel que ellos.

—Ten cuidado con tus palabras.

—¿Es una amenaza?

—Hace tiempo que existen en la India cientos de células terroristas como hormiguitas

consiguiendo armas, venenos o explosivos, viajando a campos de entrenamiento en Pakistán, yendo al extranjero, todos dispuestos a matar y obtener un lugar en el paraíso. Lo único que me importa es matarlos antes de que lleven a cabo una carnicería. Como verás, no tengo tiempo para amenazas.

—Si matas a Saleem Abbasi, los jóvenes que tiene en Cataluña listos para convertirse en *shahids* puede que encuentren en este hecho el motivo suficiente para alertarse y dar el paso adelante para atentar.

—A mí no me vengas con cargos de conciencia. Como ya has dicho, ya soy mayorcito.

Tras colgar, destruyó la tarjeta SIM y añadió otra que sacó de su monedero. Dejó a un lado las preocupaciones que le había causado Laura y se concentró en lo que tenía que hacer.

Era hora de ponerse en marcha. Por la información que le había proporcionado Sameer, el factor tiempo era decisivo.

LA RESOLUCIÓN

Detuvo la motocicleta frente a la casa. Se guardó la pistola en su espalda. De una de las dos mochilas en bandolera que colgaban a los extremos de la moto sacó una barra de hierro que se utilizaba para montar y extraer los neumáticos de las llantas. Con el paso decidido se dirigió a la entrada de la vivienda.

Tocó la puerta con el puño. Se oyó a alguien gritar en el interior. Volvió a golpear con más insistencia. Desde el interior alguien soltó improperios en idioma urdu. La puerta se abrió de par en par.

—¿Y tú quién eres? —preguntó un hombre en pantalón vaquero y camiseta gris de tirantes.

David levantó el brazo y le atizó tal golpe que el hombre cayó fulminado contra el suelo. David entró y le golpeó una y otra vez en la cabeza hasta romperle el cráneo.

La puerta de la habitación principal se abrió. Un hombre levantó una pistola dispuesto a disparar. David se abalanzó blandiendo el hierro; le golpeó primero en la muñeca y cuando se inclinó, en la nuca, derrumbándolo hacia adelante sin aliento.

Se quedó escuchando. Alguien estaba escondido detrás de la pared.

—Sal, no estoy armado —dijo David manteniendo un tono de voz lo más cordial posible; escondió a su espalda el hierro—. Solo quiero hablar.

Pasó un instante de silencio en el que solo se oía la trabajosa respiración del hombre. Finalmente dio la vuelta a la pared.

—¿Quién eres?

David lo sujetó de la garganta y lo empotró contra la pared.

—Dime dónde están los niños.

—No sé de qué me hablas.

Lo abofeteó de izquierda a derecha una y otra vez.

—Tienes cinco segundos.

Pasado el tiempo, David blandió el hierro y le golpeó en una rodilla, se oyó romperse el cartílago.

El tipo lloriqueaba.

—En el sótano.

—¿Por dónde se accede? —le preguntó agarrándole fuerte la nariz hasta que sonó un crujido.

—Cocina —llegó a pronunciar; manaba sangre de sus ventanas nasales.

David levantó el hierro y lo descargó con todas sus fuerzas contra su cabeza. La sangre salpicó la pared.

Entró sin vacilar en la cocina. Una delgada figura con camisa blanca de tirantes se abalanzó contra él con algo punzante. David se apartó, pero su cuerpo chocó contra el faldón de la puerta y

el hombre le clavó una jeringuilla en el costado. Por un instante pensó que había sido un cuchillo.

David soltó instintivamente el hierro de sus manos, sacó la pistola y le disparó en plena cabeza. El hombre se desplomó contra los azulejos blancos del suelo, dejando manchas de sangre sobre la encimera.

Se apoyó en la pared. Comenzó a sentir náuseas. Se arrancó la jeringuilla. La aguja era muy larga. Comenzó a manar sangre y a sentirse mareado. Sabía que se desmayaría de un momento a otro. Se apoyó en la encimera y puso la cabeza debajo del grifo del fregadero. Sabía que necesitaba agua. Bebió mucha cantidad. Necesitaba eliminar las sustancias químicas que habría en su organismo. Se enderezó. Sus músculos estaban perdiendo fuerza rápidamente. Fuese lo que fuese, presintió que no duraría mucho tiempo despierto. No tenía tiempo para huir. Solo podía hacer una llamada. Cada vez le costaba más concentrarse. Sacó su móvil y marcó un número especial cifrado. Dejó sonar tres veces y colgó. Con el GPS instalado en el teléfono móvil darían con su localización.

Se sentó en el suelo. Desde aquella posición vio la puerta de la trampilla debajo del frigorífico. Apoyándose en la pared, se levantó. Aferró por los lados el pesado frigorífico Samsung, y dándole vaivenes consiguió tumbarlo. Estuvo a punto de perder el equilibrio. Era una sensación como la de un borracho. Se agachó, agarró la anilla de la trampilla y la levantó. El olor era nauseabundo, como el de los urinarios públicos. Se subió la camiseta hasta la nariz. Estaba oscuro el interior. Bajó por las estrechas escaleras muy despacio. El olor era tan fuerte que no sabía si podría seguir aguantándolo. Subió el interruptor y se encendieron las bombillas sin pantallas que colgaban de cables metálicos.

El interior apestaba a medicina, orina y sudor rancio, una mezcla terrible. Nunca había visto nada igual. Las paredes estaban revestidas de azulejos blancos. Tres cuerpos desnudos de niños yacían tumbados en camillas metálicas. Aquello parecía una sala quirúrgica o incluso, quizá, el almacén de una carnicería. Producía un efecto intimidante y la sensación como la de visitar a un pariente en su nicho de mármol. Había muchas neveras industriales a los lados. Dando tumbos llegó a la que tenía más cerca. La abrió. Entre pequeñas bolsas de hielo había órganos almacenados dentro de botes y tarros herméticos. Desde algún lugar le pareció oír su nombre. Antes de llegar a darse la vuelta, perdió el conocimiento.

David Ribas entró en el despacho de Hassena.

—¿Cómo te encuentras?

David se frotó las sienes con la parte baja de las manos.

—Se está yendo el dolor de cabeza que me dejó aquel sedante.

Bodhisattva entró en la habitación y le ofreció un vaso con agua efervescente.

—Un paracetamol no le vendrá mal, señor.

—Muchas gracias, Bodhisattva —dijo David cogiendo el vaso.

—Qué haría yo sin él —añadió Hassena.

—Qué haríamos nosotros sin él —dijo David con énfasis, esbozando una sonrisa, y tomando asiento frente al escritorio—. Es el mejor árbitro de fútbol que pudiéramos tener, considerando que todos los jugadores pertenecen al crimen organizado. Se mete de lleno en el sudor y el fragor del partido, y no se amedrenta al pitar un penalti, lo cual ya le honra. La verdad es que todos lo respetan porque saben que es justo.

—Gracias, señor —respondió Bodhisattva, inclinándose antes de marcharse y cerrar la puerta.

David se tomó el medicamento y dejó el vaso en un lateral de la mesa, sobre un colorido posavasos de cerámica de Jaipur. Se levantó.

—Pentobarbital es lo que me ha dicho el doctor que te habían inyectado. Este potente sedante se introduce en la fórmula de la inyección letal. En Estados Unidos incluso se ha utilizado como sustituto debido a la escasez nacional de pentotal sódico, el anestésico normalmente utilizado en las ejecuciones.

—Suerte la mía de que acudiste a tiempo a mi llamada. —Dio unos pasos hacia adelante. Su mente estaba trabajando de forma frenética—. Tengo que hablar de nuevo con Sameer. Tenemos que dar con la persona que va al parque a captar jóvenes. Este sería la clave para dar con Arbaaz Ali, el cabecilla.

—Coge a los hombres que necesites. Y por el amor de Dios, sé prudente. No quiero que me des más sobresaltos.

—Creo que dejé de ser prudente hace ya mucho tiempo.

David Ribas fue al colegio situado en un lateral del parque público donde en la amplia zona verde jugaban al cricket por las tardes. El colegio no pertenecía al gobierno ya que, de hacerlo, y debido a las trabas administrativas, acabaría corrompiéndose, llegando a tener que pagar sobornos hasta para conseguir permisos de luz a ciertas horas o incluso por la distribución del agua. David había aportado una gran cantidad para financiar los estudios de los pequeños pupilos, y en el pasado además había ayudado en la remodelación del pequeño edificio.

Con permiso del profesor Manjit, y único docente además de director, sacó de la clase a

Sameer. Este le contó que Jahandir estaba enseñando Gulzar a disparar con pistola.

—*Gulzar me ha dicho que puedo ir solo a mirar.*

—*Ni hablar. ¿Me oyes?*

—*De acuerdo.*

—*Tú mantente alejado.* —David extendió la mano alborotando el cabello del chico—. *¿A qué hora suele ir a recoger a Gulzar en el parque?*

—*Empezamos el partido de cricket todos los días sobre las 18:00, y sobre las 19:00 suele llegar. Accede por la entrada de la izquierda, la que está al lado del vertedero de basura.*

En el parque jugaban al cricket números jóvenes. A lo lejos se veía a Gulzar disfrutar junto a Sameer y otros niños de su edad.

En la sombra, apoyado junto a una palmera, David Ribas observaba el juego sin poder evitar esbozar una sonrisa. Veía con profundo placer a los jóvenes divertirse. Al igual que él y los adultos que jugaban al fútbol en los partidos que organizaba en la playa, ellos se divertían de igual manera. Se daba cuenta de que no era el deporte en sí. Igual hubiera podido ser baloncesto si hubiera canchas, o incluso el tenis. La razón estaba en el disfrute durante ese tiempo de juego de la autonomía, la libertad, la alegría... Viendo a Gulzar, a Sameer y a los demás niños, se dio cuenta de que aquel momento del día en el que empleaban para practicar el cricket era el espacio ideal para fomentar amistades y darles a aquellos jóvenes la oportunidad para crecer sanos y tener un buen desarrollo emocional.

Jahandir aparcó su coche en el borde de la calzada. Un grupo de devotos de Hare Krishna, entre los que se encontraban varios extranjeros de cara pálida, aporreaban címbalos y canturreaban cánticos al tiempo que golpeaban tambores y pegaban saltos al aire.

David se fijó en Sameer, situado en el rectangular *pitch* del centro del campo, pendiente todo el tiempo de la llegada de Jahandir, que se quitaba y se ponía en la cabeza la gorra tres veces, señal de que había llegado.

David no perdió un instante. Lo identificó e hizo una señal a sus hombres, apostados en diferentes puntos del parque.

—*Si intentas huir, te disparo* —dijo David situándose a su espalda.

Jahandir giró en redondo absolutamente sorprendido. Sus ojos se abrieron de par en par. Antes de que pudiese reaccionar, dos hombres le agarraron de ambos brazos.

Jahandir sostuvo a David una mirada de odio mientras era empujado hacia el otro lado de la calle.

—*Sé quién eres. Eres el español que trabaja para Hassena madame.*

—*Debo de considerarlo un halago.*

—*Tenemos a gente que está dispuesta a ir por ti* —rezongó Jahandir—. *Eres un objetivo nuestro.*

—*Los estaré esperando. Gracias por el cumplido.*

Jahandir gruñó.

Dentro de una furgoneta Maruti Omni un hombre abrió sus puertas. Se introdujeron todos dentro. Con Jahandir tumbado en el suelo boca abajo, el vehículo arrancó.

En un puesto ambulante un vendedor de té había sido testigo del suceso. Sacó el teléfono móvil de un bolsillo y marcó un número.

Arbaaz Ali estaba terminando su oración hacia la Meca. Arrodillado, con las manos sobre la alfombra, se inclinó ligeramente hacia adelante y se levantó. Puso una mano sobre el hombro de Saleem.

—¿Cómo pudieron saber que Jahandir iría precisamente a ese lugar y a esa hora?

Saleem frunció el ceño y se humedeció los labios.

—El chico.

—¿Qué chico?

—Ha debido de ser Gulzar —contestó—. Jahandir lo estuvo preparando para convertirlo en *shahid*. Lo traje con nosotros cuando matamos a los turistas americanos, pensé que pudiera ser el empujón que necesitaba. Me equivoqué.

—Sí, te equivocaste.

—Averiguaré con quién ha hablado.

—Hazlo, y después acaba con él.

Unos hombres fueron a buscarlo al apartamento donde vivía. Su abuela no se inmutó ni hizo movimiento alguno para prevenir de que se llevaran a su nieto. Le hicieron entrar en un coche Ambassador negro con los cristales tintados.

—¿Con quién juegas al cricket en el parque? —le inquirió Saleem, poco tiempo después.

—Con mis amigos.

—Tienes alguno cercano, en especial.

—Sí, claro.

—Le has hablado de lo que haces con nosotros, ¿no es verdad?

—¿Sobre mi entrenamiento para convertirme en *shahid*?

—Sí, sobre tu entrenamiento.

—Pues no sé.

—¿Cómo que no sabes? Como te he preguntado, ¿tienes algún amigo cercano al que hayas hablado sobre nosotros?

—Sí.

—Me parece muy bien, Gulzar. ¿Sabes por qué?

El joven temblaba, parecía que se iba a echar a llorar.

—Pero ¿por qué te pones nervioso? —volvió a preguntar.

—No lo sé.

—Pues deberías saberlo. Una de las primeras normas que debes asumir es que no debes

ponerte nervioso. No debes exteriorizar tus sentimientos. ¿Sabes por qué?

—No.

—Pues porque darás a entender que hay algún problema en ti. Tú no tienes ningún problema, ¿verdad?

—No, no.

—Todos tenemos problemas, Gulzar.

Al joven le estaba confundiendo la trayectoria que estaba llevando la conversación.

—Sí, yo tengo problemas.

—Bien, pero, vamos a ver, volviendo a lo que te estaba preguntando... Por cierto, ¿cómo se llama tu amigo al que hablaste sobre nosotros?

—Sameer.

—¿Juega bien al cricket?

—Muy bien. Es el mejor bateador de todos nosotros.

—Tengo una idea, ¿por qué no le llamas y le dices que venga? Me gustaría mucho conocerlo. Seguro que le gustaría... —Vio que Gulzar desviaba la mirada: algo había que le estaba ocultando. Según su experiencia, el movimiento corporal y la reacción del chico lo estaban delatando—. Hablaste con la policía, ¿no es eso?

Antes de que Gulzar pudiera reaccionar ante aquella acusación, Saleem le abofeteó tan fuerte que lo tiró al suelo.

—Me vas a decir qué les dijiste —ordenó pegándole un puntapié tan fuerte que lo dejó sin respirar.

En pocos segundos el rostro de Gulzar se transformó en un torrente de lágrimas.

—No dije nada.

—Ahora mismo sabremos la verdad. —dijo dándole su teléfono móvil—. Llama a Sameer y convéncele de que venga aquí.

Gulzar cogió el móvil entre sonoros sollozos.

—No puedo. Él no puede...

Saleem le atizó fuertes bofetones. Comenzó a chorrear sangre de la nariz. Con el canto de la mano le había roto el tabique nasal.

—¡Cómo que no puedes! —gritó fuera de sí—. ¡Dirás que no quieres!

Le agarró la mano con fuerza, le estiró un dedo y con unos alicates a presión, le cercenó un dedo a la altura de la falange.

Gulzar gritó a más no poder.

—No puede oír ni hablar —se le pudo oír con el rostro cubierto de lágrimas y sangre. Sus gemidos, gritos y lloros iban en aumento.

Saleem, enfurecido, agarró el pelo de Gulzar con la mano izquierda, al échasela para atrás dejó expuesta la garganta, con una navaja le cortó la tráquea antes de que volviese a gimotear, en su cuello quedó marcado un arco de sangre producido por la arteria rota.

Tras una hora de tránsito sorteando el tráfico de Bombay accediendo por estrechas calles, llegaron a una fábrica. Cuando abrieron la puerta corrediza del vehículo, un fuerte olor a sustancias putrescibles entró en la furgoneta.

Desnudo y aterido, dejaron a Jahandir sentado sobre el frío suelo de hormigón atado de pies y manos.

Los hombres que acompañaban a David Ribas eran musculosos. A Jahandir le dio la impresión de que tenían experiencia en matar.

De pie frente a él, David le miró.

—Bien, ¿dónde está Saleem y Arbaaz?

—Eres un perro infiel. Te mataremos.

David hizo un ademán a uno de los hombres. Este trajo una pesada mesa con patas de hierro que tenía adherido un grueso tablero de madera, puso encima un machete de trinchar y varios utensilios, como cuchillos y cizallas industriales.

—¿Quieres que comencemos a cortarte un dedo del pie o de la mano?

—Vete a la mierda.

David hizo un ademán en dirección a los dos hombres. Lo levantaron y lo tumbaron sobre la mesa. Lo ataron al mueble con cinturones de cuero a la altura del pecho y sobre las piernas.

—Abrid la puerta —ordenó David.

Una puerta metálica se levantó y todos vieron un corral de cerdos grandes y sucios. La media docena de cerdos corrió a meter el hocico por los barrotes metálicos. La atmósfera hedía a heces y orina.

Jahandir temblaba y respiraba con dificultad.

—¿Qué pretendes?

—Dadles de comer. Es precisamente ahora cuando el encargado les echa el pienso. La verdad es que son animales tranquilos, si se les deja en paz. —David asintió a uno de los hombres.

De un tajo le cortaron tres dedos. Jahandir soltó un chillido ahogado y con absoluta incredulidad vio cómo el hombre los lanzaba a los corrales.

—¿Pensabas que no podríamos ser capaces de cometer esta bestialidad contra una persona? No ha sido la primera vez. Te lo vuelvo a preguntar: ¿dónde están Saleem y Arbaaz?

—Eres un hijo de puta.

David asintió de nuevo a los dos hombres. Uno mantuvo la pierna derecha presionada con fuerza a la altura de la rodilla mientras el otro descargó sobre el tobillo un cuchillo de trinchar.

Tras varios minutos de agonía, Jahandir se dio cuenta de que si no se sinceraba, aquellos hombres cuya frialdad era igual a la misma con la que él había matado y presenciado el

degollamiento a personas, entregarían por completo su cuerpo a los cerdos. A pocos metros los animales destrozaban a mordiscos su pie derecho.

—Esta es tu última oportunidad —amenazó David—. Los cerdos se comerán todo tu cuerpo. Pero si me dices dónde están Saleem y Arbaaz, te prometo que te dejaré frente al cementerio Bara Qabristan para que te entierren dignamente como un musulmán.

La mandíbula de Jahandir se tensó. Rodaban lágrimas por sus mejillas. Empezó a hablar deprisa. Mientras que sobre Arbaaz Ali desconocía su paradero, no era así con Saleem Abbasi.

Tres hombres vestidos con pantalón vaquero y camisetas apretadas iban por el parque preguntando a los jóvenes si conocían a un tal Sameer, sordomudo. Después de varios minutos, volvieron al vehículo que estaba aparcado en la acera de enfrente.

—Ya lo tenemos —dijo uno de ellos—. Parece que quiere educarse.

—¿Dónde está?

—Allí —contestó otro señalando una edificación fuera de lugar, situada en un lateral del parque, cubierta de palmeras y vegetación.

Un grupo de hombres irrumpió en la clase. Manjit, el director del colegio; en ese momento se encontraba enseñando inglés a veinte niños de diferentes edades.

—¿Quién es Sameer? —preguntó Saleem poniendo una navaja en el cuello de Manjit.

Hubo un silencio espectral.

—No tengo a nadie con ese nombre —dijo Manjit.

—Mientes. Te aseguro que soy capaz de cortarte el cuello delante de todos estos niños.

Los pequeños miraban la escena llenos de pánico.

—No ha venido hoy —volvió a decir.

Un niño empujó la silla hacia atrás y con movimiento marcial se puso de pie. Levantó el brazo en dirección a un chico.

—Es él —dijo señalando a Sameer—. No puede oír ni hablar.

—Pero sabe leer los labios —añadió otro, pensando que la información sería importante.

Saleem hizo un ademán a sus hombres y estos se lo llevaron a la fuerza. Antes de marcharse golpeó a Manjit en el rostro, tirándole al suelo.

Una vez dentro del vehículo, Saleem se reclinó en el asiento y durante un instante cerró los ojos, mientras se ponían en marcha. Tenía muchas cosas en la cabeza. De repente pensó cómo podría comunicarse con el chico sordomudo.

—Para —bramó al conductor—. Entrad de nuevo. Nos llevamos también al profesor.

Manjit se encontraba hablando por el teléfono móvil cuando volvieron a irrumpir en el colegio. Antes de que le asieran por los codos, se guardó el apartado en un bolsillo posterior del pantalón.

David Ribas no había perdido un instante. Había dejado a los dos hombres ocupándose de Jahandir y se había marchado rápidamente tras la llamada de Manjit.

Paró la motocicleta. Sacó el móvil. En la pantalla del buscador apareció el punto indicado donde el teléfono móvil de Manjit se encontraba.

Jahandir le había confesado la misma dirección que el GPS le había llevado. Era una zona industrial a las afueras de Bombay y, por lo tanto, un lugar anónimo.

Desde que policías amenazaran a Manjit con echar abajo su colegio y expropiarle el terreno ilegalmente para la construcción de un edificio de apartamentos, había colocado un dispositivo de seguimiento en su aparato móvil, en caso de que fuera secuestrado. Por esa razón, cuando le llamó para comunicarle que se habían llevado a Sameer y habían vuelto otra vez, le dijo que escondiera su móvil en su ropa para tenerlo localizado.

Del bolsillo de cuero en bandolera que colgaba a ambos lados de su motocicleta sacó una bolsa de tela y se deslizó junto el borde posterior de la vivienda.

Miró por la ventana. Todo parecía estar a oscuras. Siguió caminando agachado y miró por la siguiente ventana. Era una cocina. Por todas partes había cartones de pizzas y cajas de cartón de comida rápida.

Se arrodillo, sacó la pistola y enroscó el silenciador. La dejó en suelo. Sacó de la bolsa una hoja de plástico adherente y la ajustó al cristal más cercano de la manivela de la ventana. Pegó un golpe seco con el canto de la mano. El cristal se quedó pegado en el cristal y David lo sostuvo depositándolo en el suelo con cuidado.

Cogió la pistola, introdujo la mano a través del agujero y abrió la ventana muy despacio. Se aupó de un salto al alfeizar y entró conteniendo el aliento.

Sujetando la pistola con las dos manos caminó muy despacio por la cocina, mirando hacia todos los lados, atento ante cualquier peligro. Escuchó un ruido, ladeó la cabeza. Alguien caminaba por el pasillo hacia la cocina. Su dedo estaba sobre el gatillo. El hombre le dio al interruptor y la luz parpadeó antes de encenderse. David le voló un gran pedazo de la cabeza antes de que pudiese percatarse de su presencia.

Decidió tomar la iniciativa: con ambas manos alrededor de la culata de la pistola caminó deprisa hacia el pasillo. Un televisor estaba puesto en alguna habitación del fondo. Otra vez la retrasmisión de un partido de cricket, de esos que duraban días. Avanzó por el pasillo pegado a un lateral. Oyó la voz de dos hombres comentando el partido. La puerta estaba abierta. Cerró de nuevo el dedo sobre el gatillo. Levantó el arma. Efectuó cuatro disparos. A cada uno, un tiro

hundido en el pecho y otro en la cabeza.

Oyó pasos que subían de una escalera. «Sin duda, un sótano», pensó David. Levantó el arma y se situó a un lado, dispuesto a disparar. Pero cesaron los pasos. David prestó atención. «Me ha descubierto. Sabe que hay algo que no cuadra. Quizá no oye las voces de sus compañeros viendo la retransmisión del partido. Es eso». Caminó con sigilo hacia la puerta. Oyó correr escaleras abajo. David salió al pasillo apuntando al frente. Bajó las escaleras.

La habitación estaba en penumbra. Vio a Sameer amordazado en una silla: tenía la cabeza agachada sobre el pecho, como si estuviera muerto, de los oídos le brotaba sangre. A su lado estaba Manjit con un ojo hinchado y de un color morado. Ambos presentaban síntomas de haber sufrido una paliza, estaban ensangrentados y magullados. Manjit giró la cabeza hacia la izquierda y David captó un movimiento por el raballo del ojo. Una figura se abalanzó sobre él y los dos rodaron por el suelo. David se desprendió de la pistola.

Se le notaba ducho en artes marciales. Repelía de manera adecuada a todos los ataques de David. Utilizaba los codos, las manos, los antebrazos.

—Ahora vas a morir como un perro infiel —dijo Saleem, sacando una navaja, blandiendo la hoja hacia él.

La mejor forma de hacer frente a un ataque con arma blanca es acercarse al adversario. David se levantó de un salto y le pegó un fuerte derechazo, se oyó el crujido de la mejilla fracturada.

—Eso ni lo pienses.

Dolorido y furioso, Saleem se abalanzó de nuevo describiendo un arco con la navaja sobre el pecho de David, dejando un rastro de sangre. David se le echó encima, al tiempo que le sujetaba la muñeca le golpeaba el mentón con el canto de la mano izquierda. Saleem se tambaleó, chocando por detrás contra la pared. Doblándole la muñeca, David invirtió la dirección de la navaja, realizó un golpe seco en la empuñadura como el que clava una estocada, y la hoja se hundió en el pecho del terrorista.

Saleem abrió con fuerza los párpados y le miró con estupor tras aquella rápida secuencia golpes. Intentó respirar, pero no pudo: sintió como si le hubieran golpeado en pleno estómago, dejándole sin aire.

—Eres el español, ¿verdad? —logró pronunciar.

—Soy tu verdugo —contestó hundiéndole aún más el cuchillo y haciéndolo girar entre las costillas.

Saleem suspiró dolorosamente, su respiración se iba volviendo cada vez más y más débil mientras los pulmones se llenaban de sangre. Enseguida cesó.

Hassena dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesita. Se quitó las gafas. Aquella hora diaria de lectura en aquel sillón orejero era sin duda la mejor recompensa con la que se premiaba al final del día, antes de ir a acostarse. Leía muchos ensayos, pero le apasionaban los *thrillers* de escritores americanos y británicos.

Había pasado tan rápido el tiempo que no se había percatado de que Bodhisattva no había entrado a recoger la bandeja con los platos de su ligera cena diaria, que se componía de una tortilla de dos huevos, tres rotis y chutney picante.

Se levantó, abrió la puerta de su despacho. Le pareció demencial aquella falta de responsabilidad en sus deberes. Ya le había dicho en una ocasión que debía priorizar su trabajo.

—Bodhisattva, ¿dónde estás?

Volvió a entrar en su despacho, cogió el teléfono móvil y marcó. Apretó el aparato contra el oído mientras volvía a salir fuera dispuesta a llamar a su guardaespaldas para que lo buscara. Nada. Bodhisattva tenía ordenado que nunca debía de desprenderse del móvil durante el trabajo, ya que la casa era grande, y podía ser solicitado en cualquier momento. Volvió a llamar.

Oyó sonar el estribillo de una canción clásica en hindi en algún lugar. Era el tono de su móvil. Apagó la llamada.

Se quedó de pie intentando percibir el menor ruido. Notó que había en la vivienda un silencio inusual. Algo iba terriblemente mal. Una oleada de frío le invadió. No esperó. Marcó un número de tres cifras.

El doctor que atendía a Sameer y a Manjit era un hombre alto y delgado, con una nariz prominente que se balanceaba cada vez que hablaba. Estaban en una clínica en el sur de la ciudad, muy cerca de la residencia de Hassena. David necesitaba ducharse y descansar un poco, estaba agotado.

—El chico se recuperará pronto —Sameer había dejado de llorar. El doctor le había suministrado un sedante. En esos momentos se le cerraban los párpados, y enseguida se quedaría dormido—. Pero usted, señor Manjit, tendrá secuelas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Podrá usted seguir al frente de su colegio, esa es la buena noticia —contestó el doctor.

—¿Y la no tan buena? —se adelantó a preguntar David, de pie junto a Sameer y Manjit.

—Cuando la hinchazón disminuya, le quedarán secuelas en ese ojo. Tendrá dificultad durante un tiempo para distinguir los movimientos. Necesitará medicación.

El móvil de David sonó dentro de su bolsillo. Miró la pantalla. Era el número de emergencia de Hassena.

—¿Dónde estás? —respondió, sin dejar que sonara por segunda vez.

—En casa. Escúchame, me quedaré en mi despacho. Ya sabes lo que hay que hacer. Y si no llegas a tiempo, sabes que te quiero.

La comunicación se cortó.

David sabía que el día podría llegar. ¿Sería aquel el fin de la jefa del crimen organizado? Hassena le había advertido que su muerte sería por asesinato, no por causas naturales. Demasiada gente deseaba su muerte. Demasiadas conspiraciones. Demasiadas traiciones. Demasiados intereses. Aunque tuviera la capacidad de movilizar a políticos y gánsteres para satisfacer sus propósitos y gozase de una red de contactos en el submundo de Bombay que nadie pudiera tener, sus enemigos siempre estaban las veinticuatro horas de los siete días de la semana pendientes en la sombra para acabar con ella en el momento menos imprevisto.

Hassena avanzó con el móvil en la mano. Volvió a marcar el número de su criado. La canción en hindi cobró vida de nuevo. Sonaba en la habitación de Zakir. Empujó la puerta.

Se quedó boquiabierta cuando vio a Bodhisattva tendido en el suelo con la garganta cortada. Se percató de que la sangre estaba húmeda. Zakir estaba sentado en su silla de trabajo frente a cuatro pantallas planas; la cabeza la tenía echada hacia atrás, degollado también con un corte limpio. El asesino estaba ahí, escondido en la sombra. Reprimió el temblor que sintió en el cuerpo. No se rendiría. Si iba a morir, lo haría peleando.

Entró con apremio en su despacho y cerró la puerta. Fue a un armario y sacó una pistola.

La puerta se abrió de un empujón.

Arbaaz Ali sonrió. Sus ojos café oscuro brillaban como bombillas en una cara de color aceituna. Unas gotas de sudor recorrían su rostro.

—No está cargada —dijo muy seguro de sí mismo.

Hassena apretó el gatillo. Nada. Se la lanzó. Él se apartó. El arma golpeó la puerta de madera.

Hassena no había aprendido técnicas de defensa personales, no sabría hacer frente a un ataque físico. Por lo tanto, su mejor opción era escapar. La ruta de escape era la puerta y él la bloqueaba.

—Lo has preparado minuciosamente con antelación, según me doy cuenta —dijo Hassena, caminando hacia el centro de la estancia.

Arbaaz sacudió la cabeza.

—Tus empleados me tomaron por un inocente cartero musulmán que iba a entregar correspondencia. Se mostraron muy ingenuos. Nunca creyeron que alguien sería capaz de entrar.

Ella hizo una agradable sonrisa de circunstancias.

—¿Y pretendes salir? En el patio tengo como quince personas que, tan pronto sientan que algo raro sucede, no dudarán en subir corriendo.

—Tardarán. La puerta principal está cerrada a cal y canto.

—¿Qué quieres?

Arbaaz taladró a Hassena con una mirada penetrante.

—El placer de matarte.

—¿Quién te lo ha ordenado?

—Cierto saudí.

—¿Tiene nombre? Me gustaría saberlo antes morir.

Arbaaz guardó silencio, pero la imperturbabilidad de aquella mujer le hizo compartir el secreto.

—Jalid Al-Hijaz.

—No, no lo conozco —dijo Hassena tomando asiento en su sofá—. No significa nada para mí.

—Pues él a ti sí que te conoce —refutó Arbaaz. Colocó una pequeña cámara GoPro 4K sobre una balda superior de una estantería, enfocando el objetivo hacia el lugar donde se encontraba

Hassena.

—¡Ah!, ¿además de un asesino profesional eres documentalista?

Arbaaz se rio.

—Es para satisfacción de Jalid Al-Hijaz.

—¿Cómo sabías que tenía una pistola en el cajón del armario?

—¿Te acuerdas de que pintaste esta habitación, el pasillo y el patio? Uno de los pintores era uno de mis hombres. Tomó nota del número de gente, la ubicación de las habitaciones, tus horarios... —Comenzó a aproximarse muy lentamente; en una mano tenía un cuchillo.

Hassena quería mantener la conversación. Conversar con su verdugo era lo único que podía retardar lo inevitable.

—Dime, ¿por qué Jalid Al-Hijaz quiere verme muerta? —preguntó señalando la cámara.

Arbaaz entornó los ojos y le señaló con el dedo

—Supongo que porque has estado interfiriendo en contra de sus intereses desde hace ya algún tiempo.

Hassena cogió el libro de la mesita y se lo arrojó con fuerza. El lomo le alcanzó en pleno rostro. Arbaaz avanzó. Ella saltó hacia su escritorio, agarró el portátil y se lo estampó en la cabeza. Arbaaz chilló.

—No creo que nuestra pelea resulte muy atractiva —dijo ella—. Quizá deberíamos seguir ensayando la coreografía. ¿Qué te parece Arbaaz Ali?

Arbaaz se irguió sorprendido.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó mientras apretaba con una mano la herida que le había causado el golpe en la cabeza; su respiración era acompasada.

—Sé quién eres. Sabía que me andabas buscando.

Una expresión de absoluta confusión fulguró en el rostro de Arbaaz. Ahora lo comprendía, le había desvelado el nombre del saudí, cuyo secreto se debía haber guardado. Pero lo más peligroso es que él se había entregado a ella. Se puso tenso, enfadado consigo mismo.

—Dos de tus hombres están muertos y tú eres la próxima —dijo irguiéndose y señalándola con el cuchillo.

—No supe prevenir el momento —continuó diciendo mientras bordeaba de nuevo el escritorio, alejándose de él—. Quería atraerte en el momento adecuado, pero me has ganado, anticipándote.

Arbaaz gruñó. Se movió a la derecha blandiendo el cuchillo al aire. Cuando Hassena se echó hacia un lado para esquivarle, vio a David Ribas en la entrada, en la postura clásica de tirador, con las piernas separadas y las manos en la pistola. Tras aquel breve instante de contacto visual, ella se tiró al suelo al leer sus labios: «Agáchate».

Arbaaz se giró y vio al hombre que acaba de entrar, ignoró su pistola y, con una mirada implacable, se abalanzó sobre Hassena.

David apretó el gatillo. Arbaaz cayó hacia atrás golpeando la librería. Con la espalda apoyada contra el mueble todavía mantenía el cuchillo en la mano derecha. David se aproximó rápidamente y le disparó dos veces en la cabeza. Entonces corrió a auxiliar a Hassena.

—¿Estás bien?

—Esto parece el final perfecto del *thriller* que estaba leyendo —contestó apoyándose en el brazo del español.

Se oyó un sonoro ruido que retumbó por todo el edificio. Alguien había echado abajo la puerta principal de la vivienda. Se oían aproximarse numerosas pisadas. Un grupo de hombres fuertemente armados irrumpió en la estancia apuntando sus armas en todas direcciones.

—Tranquilos —dijo David—. Todo ha acabado.

Hassena respiró hondo y se dejó ayudar por David, que la hizo sentar en el sofá. Él le cogió la muñeca, su pulso era firme y constante.

—Relájate. Toma aire.

Un hombre cogió la cámara GoPro, la apagó y se la llevó a Hassena, que dio instrucciones de destrozarla.

—Me sentí tan inútil... Le tiré a la cara el libro que estaba leyendo.

—Se dice, y creo que se dice bien, que la realidad supera cualquier ficción, por rocambolesca que esta pueda parecer al espectador.

Los hombres registraban el cuerpo de Arbaaz. Uno daba instrucciones a otros para limpiar las marcas de sangre, y recoger todo lo tirado por el suelo.

—Zakir y Bodhisattva han muerto, degollados —dijo Hassena. Alzó la cabeza para observar la reacción de David, consciente del aprecio personal que les tenía a ambos: percibió la misma mirada de Arbaaz, la de un animal salvaje, fuera de su elemento en un mundo civilizado—. ¿Te has llegado a preguntar cuándo estos locos van a parar de querer hacer el mal? Porque yo creo que nunca.

—No —contestó poniéndose en pie—. Al menos que hagamos algo.

—A tus amigos españoles no les va a gustar cómo han acabado las cosas.

—Ya estoy vacunado contra todo tipo de desafortunadas eventualidades.

—Quizá no debieras continuar en la India.

—¿Por qué?

—Porque el camino que has elegido no te lleva a ninguna parte.

—Solo hay un camino que debo seguir.

—¿Cuál?

—El de la venganza.

No estaba loco. Era un hombre que vivía en el repulsivo presente y el vivo pasado. La venganza era la única razón de vida, lo único que le quedaba.

Fuera, la noche se había vuelto bochornosa: una calidez húmeda y densa pendía en el aire presagiando la tormenta.

NOTAS

CAPÍTULO 2

1 Palos de bambú revestidos de acero.